

MARTA DILLON

APARECIDA



SUDAMERICANA

Marta Dillon

Aparecida

Sudamericana

A mis hermanos, Santiago, Andrés y Juan.

*A los nietos de Marta Taboada: Naná, Tomás, Renata, Furio y Julia. A
sus bisnietos, Jade y Marco.*

*Y a quienes vengán llegando a inscribirse en esta genealogía, a tomar
su palabra.*

Quiero ver con mis ojos la desaparición. Lo intolerable es que la muerte no tenga lugar, que me sea sustraída. Que no pueda vivirla, tomarla en mis brazos, gozar sobre su boca del último suspiro.

HÉLÈNE CIXOUS

Frente a mí hay una foto de mi mamá conmigo. Estamos tendidas sobre la arena, apenas se ve la espuma del mar en un ángulo. Ella tiene la cara tapada por el pelo, a mí sólo se me ve la nuca y su mano enredada en mis rulos. No sé cuántos años puedo tener en la foto, puedo decir que su codo se apoya justo en el nacimiento de mi espalda y sus dedos se pierden en mi pelo. ¿Qué edad hay que tener para que el antebrazo de tu madre tenga la exacta medida de tu torso?

Veníamos de ser reinas con nuestro pequeño príncipe arrugando el protocolo. Vuelo en primera a España, hotel cinco estrellas en Donostia y almuerzos que podrían haber valido la hipoteca de nuestra casa durante los que nuestro hijo Furio era capaz de revolear el menú infantil antes de que los mariscos explotaran en nuestra boca. Había ganado mis privilegios como consorte, la verdadera invitada al Festival de Cine de San Sebastián era Albertina. Como jurado de ópera prima, a ella le tocaba ver más de una docena de películas, sostener tertulias, farfullar en inglés y pelear para que la mirada romántica de los europeos sobre la marginalidad en América Latina no se llevara los premios; el cine es su arte, tanto como la pelea. A mí, en cambio, me tocaba recorrer la ciudad encantada empujando el cochecito, evitar que Furio comiera arena de la famosa concha y poner cara de nada frente a los mozos que ya conocían el escándalo de cubiertos y platos estallados que era capaz de provocar en el desayuno y que yo no me pensaba perder de ninguna manera porque oportunidades así una no sabe cuándo se van a repetir.

Terminado el festival, iniciamos un viaje de exploración, perdiéndonos de a ratos por los caminos del país vasco en un auto alquilado y con un mapa de papel. No era un gran plan para Furio, odiaba la sillita y el amarre del cinturón de seguridad pero nosotras estábamos dispuestas a aprovechar. A gastarnos los últimos dólares de la herencia que Albertina recibió saltándose la generación de sus padres por razones de fuerza mayor. Cuando entramos a Irún, tan perdidas como siempre, nuestro viaje y nuestra paciencia de madres estaba terminando. No había ningún encanto

en esa ciudad industrial más que las banderas rojas y negras que colgaban de los balcones pidiendo por la vuelta a casa de unos presos políticos en euskera. Ese rasgo militante me daba alguna sensación de pertenencia, siempre me tocaron el corazón las causas populares y aunque no tenía la traducción exacta y olía cierto tufillo a nacionalismo, los trapos flameando me daban la ilusión de una lucha que no se abandona. Creo que habían pasado ya un par de horas desde el mediodía. No sabíamos a dónde íbamos porque por toda seña teníamos la afirmación de un músico contestatario, jurado del festival y único aliado de Albertina en las discusiones finales, que nos había invitado a pasar la última noche en su casa supongo que por razones parecidas a esas que a mí me ligaban a las banderas negras. “Cuando entren a la ciudad pregunten por mí, todo el mundo sabe dónde vivo”, había dicho Fermín antes de despedirnos. Pero ¿a quién le íbamos a preguntar? ¿A la mujer de portafolios, al hombre de overol, a los chicos que fumaban con uniformes de colegio? Las dimensiones de Irun nos hicieron dudar de inmediato de su voluntad de alojarnos. Avanzamos de todos modos hacia el centro histórico porque eran los únicos carteles con alguna indicación prometedora. Furio ya no soportaba el encierro y el hambre y nosotras apenas podíamos con él y con nuestro propio malhumor. Además, nos hacíamos pis. Como siempre en circunstancias como esa, discutíamos, y para colmo mi teléfono empezó a sonar una vez, dos, tres. Imposible encontrarlo, nada más inútil que un teléfono celular argentino en España. Sólo estaba prendido por las dudas, el último tramo del cordón umbilical con mi hija que había quedado en Buenos Aires. Que sonara así, insistente, sólo podía ser una mala señal y el aparato se escondía. La última vez que había despreciado su timbre de emergencia estando fuera del país, Naná me había llamado para decirme que se casaba, que se casaba al día siguiente de ese llamado y era obvio que no tendría manera de estar en la ceremonia. Mi hija sabía que para salir de donde

estaba tenía que tomar un camión que me sacara de en medio de los médanos, un ómnibus y un ferry para cruzar el Río de la Plata; lo sabía porque en ese lugar habíamos pasado nuestras mejores vacaciones juntas. ¿Por qué me hacía eso?

—Bueno, mamá, es difícil hablar con vos.

—¿Es difícil decirme que te casás?

—Te lo estoy diciendo, ¿no? Además, no invitamos a nadie.

La conversación se cortó enseguida, la mala señal de los teléfonos en una playa donde no hay luz eléctrica ni agua corriente me dejó lagrimeando junto al único enchufe disponible para cargar baterías en ese pequeño poblado de pescadores y bohemios donde flotan juntos el olor a transpiración, a marihuana y al cadáver de los lobos marinos que mueren en la playa.

No quería imaginarme qué podía pasar ahora que el océano entero me separaba de mi hija mayor. El timbre musical del teléfono me enervaba y ni siquiera me servía para ubicarlo; el auto entero era un descontrol de abrigo, sanguchitos, bebidas, carteras despanzurradas, juguetes y un bolso a medio abrir. A los gritos pedí que estacionáramos. Albertina encontró lugar en una esquina; de un lado, una plaza seca y negra rodeada de plátanos; del otro, un descampado de pasto verde con un baño público de esos a los que se entra con monedas como un faro en medio de la nada. Corrí con Furio hacia el baño, las verdaderas urgencias siempre son las que reclama el cuerpo y a quince horas de avión de mi casa era poco lo que podía hacer antes que pis. Inmersa en olor a orín y desinfectante encontré el teléfono en la cartera, entre las llamadas perdidas no había ninguna de Naná así que alivié mi vejiga y mi corazón de madre al mismo tiempo. Antes de que Furio terminara de desenrollar dos kilómetros de papel higiénico volví al auto.

—¿Y? —me preguntó Albertina.

—Está limpio, andá.

—¡Te estoy preguntando quién llamó!

Volví a mirar el teléfono y entonces vi que tenía un mensaje de voz. Lo escuché:

—Hola Marta, soy Paula Jiménez, te llamo porque mi novia trabaja en Antropólogos y me dijo que estaban tratando de ubicarte. Bueno, eso... fijate.

¡Claro! Entre las llamadas perdidas yo había visto el número de Antropólogos, lo había marcado suficientes veces en el último año; si no hubiera estado tan concentrada en una desgracia posible lo hubiera reconocido perfectamente.

Era un teléfono que estaba en mi memoria tanto como tenía que recurrir a Internet para buscarlo cada vez que lo necesitaba. Lo había hecho sonar a lo largo de los últimos veinte años con esa regularidad arbitraria del impulso de buscar a un desaparecido. O de buscar los rastros de ella, mi mamá. Un impulso urgente por un breve lapso de tiempo en el que a veces algo más se encuentra: una testigo que la nombra, una coincidencia de fechas, la comprobación de que las voces que yo escuchaba la noche del secuestro no venían del baño sino de la cocina. Cada detalle brilla como una gema pero su luz se apaga de inmediato.

Es la confirmación de todo lo que no se sabe, de todo lo que se ha ido.

Cada vez que el resplandor me iluminaba, yo había llamado a Antropólogos; acercaba un dato que se podía completar con otros, buscaba una confirmación, ajustaba una línea del relato. Los puntos suspensivos me devolvían a mi vida.

Desde Antropólogos nunca me habían llamado a mí.

Ellos siempre en la misma oficina, las computadoras siempre encendidas, los testimonios que podía buscar titilando siempre en las

pantallas electrónicas, todo ahí siempre, la ilusión de que la búsqueda podía empezar cada vez y yo siempre abandonándola.

Cuando tenía 18 años encontré el nombre de mi madre en el Diario del Juicio, que transcribía los testimonios de quienes se habían sentado frente al tribunal en la causa 0, la que juzgó a los comandantes de la dictadura a principios de los años 80, apenas comenzada la democracia. Una y otra vez releí el párrafo “una médica, Elena de la Rosa, y una abogada, Marta Taboada”. Era ella, sin duda, la profesión y el nombre. No retuve más del testimonio, salvo la prueba de la existencia de mi madre, la ratificación de que no había ido a ningún otro lado más que a las orillas de la muerte, que su desaparición no me pertenecía del todo sino que era parte de algo grande, algo de lo que se hablaba en la esfera pública aunque no en su familia. Elena Corbin de Capisano se llamaba la testigo y eso es todo lo que supe. No sé cuántas veces leí esa página. Miles, probablemente.

“Una médica, Elena de la Rosa, y una abogada, Marta Taboada.”

En las noches de insomnio, entre los apuntes de las materias que tenía que rendir, todo el camino en micro desde Mendoza, donde vivía, hasta Buenos Aires a donde finalmente viajé para saber algo más. Sin embargo, no pude retener ningún otro detalle de lo que dijo esa mujer.

Era de Mar del Plata. Mi tía Graciela me contó que fue a verla y que ella le dijo: ¿Que mamá hablaba de sus hijos para evitar el sufrimiento en el cautiverio o que mamá *no* hablaba de sus hijos para evitar el sufrimiento en el cautiverio? La confusión se instaló en el primer momento en que escuché la frase. Supongo que el tono recogido, casi de media lengua que se usaba para decir cualquier cosa relacionada con mi mamá no ayudó, como tampoco ayudaban a mi propia locuacidad los meses pasados escuchando en la televisión, en completo silencio y total inmovilidad, ese anuncio del principio de la democracia llamando a todos los que tuvieran un familiar, a cualquiera que hubiera visto u oído algo en relación a un

desaparecido para que se presentara y lo dijera. Suponía mal que algún adulto de mi familia habría concurrido a la cita. Con un poco de coraje podría haber ido yo misma, acababa de cumplir dieciocho; lo pensé, pero no lo hice. Ni siquiera me animé a indagar quién de todos ellos, mis abuelos, mis tíos, mi papá, lo había hecho. Era una señora desconocida la que nos salvaba a todos nosotros y mi duda sobre sus dichos, en aquel momento, me resultaba hasta egoísta: ¿Mamá pensaba en mí y no lo decía? ¿Se sumergía en el puro presente para no extrañar nada más? ¿O contaba de los suéteres que nos tejía en su knittax, cuatro iguales, cuatro del mismo color, los mismos ochos bajando desde el cuello, todos empezados y terminados en el mismo día en que teníamos que ir a un cumpleaños? ¿Le contaba a esta mujer de lo que le costaba peinarme, de las lágrimas que me saltaban cuando me recogía el pelo en la coronilla para que se me vieran los ojos? ¿Tejía con esos relatos una realidad paralela para acallar los gritos de los torturados? ¿Me quería mi mamá?

Nunca pude preguntárselo a esta señora y mi tía no tiene respuesta. A veces ni siquiera se acuerda de haberla visto. Ella tiene su propio sistema de amnesia, como lo tenemos todos, incluso los que declamamos que no hay olvido ni perdón. No me llevó de viaje a Mar del Plata para visitarla y es seguro que yo no fui tan enfática en el pedido. Me conformé con una jornada del Juicio a las Juntas, un día en esa sala inmensa y solemne de la que recuerdo sobre todo los tronos de los jueces y la diminuta silla de los testigos. Me acuerdo también de la iluminación que sentí cuando después de escuchar en la voz de un compañero de cautiverio el largo calvario de una mujer desaparecida llamada Hilda Cardozo, su apodo y su cara se dibujaron en mi memoria.

—¡Es Katy! ¡Es ella! ¡Vivió en casa! —le dije a mi tía, sentadas las dos en lo que yo creo que es un palco aunque no sé si hay palcos en esa sala.

Era cruel lo que se decía de ella, se habían ensañado, resaltaba entre el resto de sus compañeros de cautiverio por las marcas que le habían impreso. Pero yo me alegré de escuchar su nombre. Era darle relieve a lo que solamente yo sabía y no tenía con quien compartir. Todos esos nombres y esas caras que había retenido desde niña hasta adolescente a pesar de que mi tarea militante era olvidarlos no eran una comparsa de fantasmas sino historias y cuerpos animados, capaces de sufrir, de resistir y de morir; no sólo de desaparecer.

Dejé en un pliegue de mi memoria a Elena Corbin de Capisano.

Diez años después quise buscarla. Estaba muerta.

Así se anda en la reconstrucción de la zona desaparecida; como en un juego de la oca, se avanzan unos casilleros y se retroceden otros tantos. Cuando el deseo de saber urge, el dado impulsa hacia delante. Un breve éxito es suficiente. Después volverá el silencio, la vida cotidiana, los años que pasan.

Tenía una hija en tercer grado cuando pude hacer el siguiente movimiento. Alguien más había hablado, por primera vez, cuando se cumplían veinte años desde el golpe de Estado. Nos encontramos en un bar de la Avenida de Mayo. Cambá había concertado la cita, era un exmilitante de la agrupación con la que mi vieja se había comprometido en sus últimos años y que había hecho por mí lo que mi parálisis histórica no había podido: buscar. Buscar es una palabra peliaguda cuando se trata de desaparecidos, porque a decir verdad no está claro que los busquemos a ellos, a ella en mi caso. Lo que se busca es un material residual, el sedimento de su vida antes y después de convertirse en esa entelequia que no es, que no está, que no existe. A buscarla de verdad me desafiaron una vez. Tenía doce y estaba en Pinamar con dos amigas circunstanciales,

niñas ricas que vivían en un caserón frente a la casita que había alquilado mi papá con su esposa y los siete niños que convivíamos entonces, tres de ella y nosotros cuatro más una empleada doméstica. Debía ser un día de lluvia porque estábamos encerradas en una habitación y no sé por qué conté que mi mamá era desaparecida. Tampoco sé de dónde había sacado la palabra, tal vez el sentido común me la había dictado, en definitiva todo rastro de ella, sus amigos, los hijos de sus amigos, su auto, su ropa, la estela de su perfume, todo se había esfumado. Y nadie la nombraba. Dije la palabra y sin que me lo pidieran conté mi última noche con ella de un tirón mientras mis amigas escuchaban con el ceño fruncido y la nariz arrugada como si estuvieran viendo algo que les daba mucha impresión, una rodilla sangrando o un sapo aplastado sobre el asfalto. Cuando terminé y las miré me arrepentí de haber hablado, nadie se movía, nadie era capaz de cambiar de cara. Una de ellas, la más grande, fue la primera en decir algo después de ponerse compulsivamente brillo de labios con gusto a frutilla; entonces estaba de moda.

—Bueno, pero a lo mejor está en otro país.

—No, me hubiera mandado una carta —dije con seguridad aunque la duda quedó titilando.

—A lo mejor no puede —dijo la menor, pasando una mano sobre mi hombro.

A esa altura lo único que quería era que volviéramos a hablar de la Suzuki 90 de Martín Oberst, el chico que me gustaba.

—¿Pero la buscaste, la buscaste bien?

¿Qué gesto pude haber hecho?, ¿qué clase de pregunta era esa?

—¿Y si te disfrazás de provinciana y vas a preguntar por las cárceles?

Esa idea les dio un entusiasmo inusitado: sin que pudiera parpadear, estaban haciéndome dos trenzas, enseñándome a caminar encorvada, a pronunciar las erres como si tuviera la boca llena de saliva, planeando qué

andrajos me podría poner. Ellas estaban felices por el juego y yo me dejé hacer con tal de salir del embrollo, ni siquiera cuestioné qué clase de cobertura, qué clase de extranjería significaba ser provinciana; a mi mamá se la habían llevado con una salteña y un jujeño, ella misma se sentía más ligada a la Salta natal de su padre que a Buenos Aires. Pero me habían dado una misión y eso encendía una luz intermitente. Cuando me desperté esa madrugada en que mi casa parecía que iba a derrumbarse por los golpes que escuchaba, Susi, la joven que nos cuidaba cuando mamá no estaba, me dijo al oído mientras me volvía a aplastar sobre la almohada: “Quedate quieta, cayó la cana. El Negro está herido, tu mamá está bien, acordate que la Gorda se llama Porcel”. ¿Dónde más iba a estar si había caído “la cana”?

¿Tengo que decir que nunca fui a preguntar por ella a ninguna cárcel?

¿Tengo que perdonarme describiendo lo inescrutables que son los edificios penales?

¿Tenía alguna importancia que haya sido otro y no yo quien haya encontrado a la única persona viva que podía hablar de mi madre en su cautiverio?

Ahí estaba Cristina con su mirada de niña asustada, en una mesa contra la pared en un bar de Avenida de Mayo, casi dos décadas después de la primera búsqueda que no concreté. Afuera había algún tipo de manifestación. Era la primavera de 1996 y recuerdo haber cruzado entre los bombos para llegar como quien camina a ciegas por un paisaje conocido. Mi tía también tenía ojos de nena. Acumulaba colillas con rouge en un cenicero y la voz le temblaba hasta para decir hola. Cambá sonreía, para él este encuentro era una especie de triunfo, podía darme algo más que esa postal que ya me había ofrecido: mi mamá en una reunión con sus ojos color cielo, sentada en el fondo y ningún intercambio de palabras. Yo estaba inquieta, tenía otras cosas en la cabeza, después de muchos años de

trabajar como periodista *free lance* había conseguido que me tomaran en el diario que siempre había leído; escaparme de la redacción era una zozobra todavía y lo peor era que no iba a poder volver. En una hora más tenía que estar en la sede de Antropólogos, del Equipo Argentino de Antropología Forense, para acompañar a dos hermanos que habían encontrado el cuerpo de su padre. Ellos mismos se habían reconocido como hermanos hacía pocos meses. Era una historia extraordinaria: Gastón es músico y tocaba en una banda a la que Claudio —entonces todavía llevaba su nombre de adopción, ahora es Manuel, como le puso su madre— había ido a ver más de una vez, tenía el disco y pidió que le señalaran a Gastón en la tapa cuando Alejandro Incháurregui, todavía miembro del EAAF, le contó quién era en su casa de Guernica sin ningún anuncio previo. El camino para encontrar a Claudio había empezado con los huesos de su padre, de ahí a los de su madre y por el lugar donde ella había sido asesinada a ese niño supuestamente sin identidad que se dejó en la casa cuna de San Nicolás hasta que lo adoptaron de buena fe. Yo iba a escribir esa historia, el periodismo siempre me había servido para acercarme a lo que deseaba, pero sobre todo iba a abrazar esos huesos recuperados, igual que otro montón de hijos e hijas de desaparecidos, como si me pertenecieran. Iba a guardar la imagen de un esqueleto chamuscado en algunas partes, un clavo quirúrgico intacto con su número de serie legible y unos mocasines que pusieron al final de las tibias y los peronés, con la suela gastada en vida y el cuero comido por los años bajo tierra como la prueba de que lo imposible puede desintegrarse antes que los restos y entonces yo también tenía chance, al menos de ver otra vez las plataformas de mi mamá, esas que no tenía edad para ponerme pero me probaba en secreto para saber cómo sería verme más alta. El entierro de Gastón Gonçalves padre iba a ser una zanahoria puesta en la nariz de mi propia búsqueda: los gritos de presente, las banderas flameando bajo las

puertas del cementerio, los hijos cargando la urna como si fuera un bebé y nosotros, los cientos que no habíamos podido enterrar a los nuestros, abrazados y llorando como niños que ya no éramos, poniendo en ese nicho lo que no teníamos pero nos prestaban. Con todo eso en la cabeza apenas me daba cuenta de que ese día, en ese bar, estaba encontrando algo que no había tenido hasta entonces: unos ojos que habían visto a mamá cuando mamá era un fantasma para mí. Necesitaba un poco de alcohol. Iba a pedirme una cerveza cuando Cristina me redujo a la edad en la que el alcohol está prohibido. Me miró y un rayo negro le cruzó los ojos.

—Te pareces a Marta, ¿no?

—Yo soy Marta.

La confusión fue un látigo de dos puntas, nos golpeó por igual. Ella se removió en su silla como sintiéndose acusada y a mí me abrazó el calor de la vergüenza por apropiarme del nombre que compartimos. Pero a la vez era cierto, era verdad, había visto a mi madre. Y no la veía parecida a su hermana sino a mí que tenía casi la misma edad que ella cuando compartieron las catacumbas de Puente 12. Era lo más espectacular que me había pasado en todos esos años. Unos meses antes de ese encuentro había viajado a Rosario, otra vez guiada por Cambá, para conocer a un hombre que también había estado en la Brigada Güemes, él recordaba el nombre de mi mamá pero no a ella. A él, que no sabía, le pregunté y le pregunté y le pregunté. Le arranqué algunas anotaciones sueltas que guardo en un cuaderno: “Adelante se torturaba, atrás estaba el pozo”, “las mujeres estaban en el salón”, “tirado en el piso sentís el barro en los guardabarros, grillos, ramitas, te arrastran por el piso atado de verdad, uno que va a pensar ¡quierés seguir!”, “más allá de la tortura éramos bichos, hasta me llegó a parecer que era parte de la lucha”. Y en un destacado: “La maceración”, remarcado por mi mano con líneas onduladas entendiendo en esa palabra casi poética cómo lo duro puede volverse blando, materia sin

nombre. A Cristina, en cambio, apenas pude indagarla. Tenía unos papeles aferrados a su pecho que yo esperaba que desplegara pero ninguno hablaba de mi madre. Su voz era tan débil que tenía que volcarme sobre la mesa para escucharla y eso la retraía aún más. Me contó sin respirar que cuando empezó a hacer calor mamá cortó las mangas de su polera y que hizo lo mismo por otras. Que entre ellas se cambiaban de ropa para tener la ilusión de que un día era distinto de otro. Que a la polenta la dejaban enfriar para dividirla en porciones exactas.

—¿La torturaron mucho?

—A todos nos torturaban.

—¿Cómo era un día en el campo?

—¡¿Cómo?!

Otra vez había abierto la boca a destiempo. La pregunta era banal para ella, por la formulación parecía que estaba pidiendo detalles de un picnic. Quise corregirme pero era tarde, Cristina se replegó y su voz se escondió en el fondo de la garganta. Quise explicarme pero ella no quería contestar, me había mostrado como una interlocutora insensible, creo. La hora, de todos modos, había pasado y antes de metabolizar lo que había encontrado ardía por ir a esa otra cita donde la búsqueda de un desaparecido había llegado a un resultado tangible: un cuerpo. Cambá fue el más incómodo con la abrupta despedida. Las demás cambiamos teléfonos para volver a encontrarnos con alivio. Mi tía se fió de que yo anotaba pero lo hice mal, puse una entrada en mi agenda electrónica que decía “Cristiana”. Un error menor si mi amnesia no me protegiera tan bien de aquello que reblandece los cimientos de la entereza. Meses después, ordenando la agenda, llamé a ese número tratando de comprobar si era el de un amigo llamado Cristian. Me atendió ella y la cadencia del “hola” me turbó, dije mi nombre de pila como si con eso pudiera conseguir una reacción del otro lado. Se hizo un silencio pero ninguna cortó, las dos reconocíamos algo en esa llamada

inexplicable; yo su voz, ella, no sé qué habrá reconocido ella porque no dije mi apellido. Al final cortamos y yo borré el número como si fuera el dato de una nota que ya había escrito y que no volvería a servirme. Meses después quise volver a saber de esa mujer con ojos de niña pero claro, no tenía su número. No me había quedado con ningún dato salvo su nombre y su apellido: Cristina Comandé. Pasaron seis años hasta que volvimos a encontrarnos. Por un largo período de tiempo yo no supe cómo dar con ella. Después resultó que era familiar de al menos dos personas que trabajaban conmigo, pero no quería hablar. Le mandé una columna que escribí con los pocos datos que me dio. La agradeció a través de sus familiares, pero no quería hablar. En esos años se me ocurrió pensar que su silencio se debía a algo horrible que pudiera haber hecho mi madre mientras estuvo detenida y dejé de preguntar. Una vez más no había superado el objetivo. Por cobarde, por ansiosa, por querer saber lo que a mí me importaba y no lo que ella me quería contar me tenía que quedar con un fragmento, la anécdota de la ropa y la de la polenta, eso era todo y eso era mucho. Año a año la anécdota crecía como todo un relato de la vida cotidiana en cautiverio y hablaba perfectamente de mi madre: vital, coqueta, creativa.

En el vaivén de la búsqueda, Antropólogos siempre fue un destino. Buscado porque al menos allí generan la ilusión de que algo se puede hacer. Porque lo que ellos rescatan de la sombra es algo concreto. La primera vez que fui, hace una vida atrás, me retiré con la tarea de buscar fotos de su dentadura, fotos en las que sonriera. Bingo, dije yo, la sonrisa de mi mamá es especial, apenas podía cerrar la boca, sus dientes eran tan grandes como pistas de esquí y la obligaban a pasarse la lengua todo el tiempo para humedecerlos y que el labio superior pudiera descender sobre

ellos. Además la habían operado de la nariz. Yo me acordaba de su venda y sus ojos morados, el pelo húmedo de transpiración sobre las almohadas blancas, sus esfuerzos por disfrazar el tono gangoso; nos besó a mi hermano y a mí irguiéndose en la cama, recortada sobre los pringosos azulejos verde agua, ignorante de la mancha de sangre que se dibujaba a través del vendaje. Después de la visita mi abuelo me llevó a su laboratorio, él era bioquímico y trabajaba con ratones blancos en ese mismo hospital de Lanús que lleva el nombre de Eva Perón. Yo me había acostumbrado a acompañarlo de tanto en tanto, a dejar que los hocicos rosados me hicieran cosquillas en la mano y a no quejarme cuando de un golpe contra la mesada de mármol, seco y certero, los dejaban inermes con un hilito de sangre cruzando los bigotitos. Pero ese día atravesé los pasillos iluminados por el sol con el morro fruncido y el corazón comprimido; ¿qué le habían hecho a mi mamá? La estaban curando me habían dicho, pronto se iba a poner bien e iba a respirar mejor, ya lo había entendido. Pero ¿era necesario hacerle doler así la cara? ¿Cómo se hacían los moretones si no a los golpes?

A nadie en Antropólogos le interesó demasiado mi oferta de ir al hospital de Lanús para rastrear la historia clínica de mi vieja. Yo ni siquiera era madre, debía ser el final de los 80, en alguno de esos impulsos espasmódicos y furiosos del deseo de saber de los primeros tiempos; entonces no estaban disponibles las identificaciones por ADN y lo que importaba, sobre todo, era lo que los huesos y los dientes habían sufrido en vida: prótesis, emplomaduras, clavos quirúrgicos, rastros de fracturas mal soldadas.

—Si querés ir, andá, pero de las partes blandas no queda nada.

—Le limaron el hueso, estoy segura.

—Aunque así fuera, no queda nada, no vamos a encontrar esas marcas.

—Yo la voy a buscar y te la traigo, vos después te fijás.

Maco (Somigliana) no me contradijo. De todos modos, yo nunca fui al hospital de Lanús.

Mis últimas visitas a la oficina de Once —una de las pocas en las que todavía se puede fumar y, según las circunstancias, hasta tomar un whisky —, tan poco tiempo atrás de esa tarde de fin de septiembre en una ciudad industrial del país vasco que podía reconocer el número del EAAF con sólo mirarlo en la pantalla de mi celular, habían sido airadas. Me había enterado y no por ellos de que habían identificado a la compañera que se llevaron de mi casa de Moreno junto con mi mamá. Llamé por teléfono para confirmarlo y me invitaron a ir. Antes de que pudiera sentarme, Patricia Bernardi me dijo que las identificaciones eran dos. El corazón empezó a escupir sangre entre mis costillas como si yo pesara 80 kilos.

—¿Cómo dos? ¿A quién más identificaron?

—Al Negro Arroyo.

Era el novio de mi mamá. El que estuvo tirado boca abajo en nuestro living junto con ella en un charco de sangre que nadie sabe de quién era. Se habían llevado a tres y habían aparecido dos. ¿Cómo podía ser? La increpé a Patricia como si fuera su culpa que no hubiera nada para contarme de mi madre.

—Si tengo que contestarte si identificamos a tu mami, tengo que decirte “ni”.

No tuve tiempo de pensar qué quería decir ese “ni”, no llegaba a tomar conciencia de que los huesos de mi madre tal vez estuvieran en la misma oficina en la que yo despotricaba pero les faltaban pruebas para cambiar la clave que los identificaba por un nombre. Me fui de ahí solamente porque me dieron otra tarea: había que coleccionar muestras de sangre de más parientes de mamá. Lo ideal era que hubiera padres, hermanos e hijos. Mis abuelos estaban muertos; quedaban mis tres hermanos —vivíamos unos de otros separados por cientos o miles de kilómetros de distancia—, mi tío y

mi tía. Durante el lento proceso de recolección de gotas rojas sobre secantes blancos, volví una y otra vez al EAAF. Quería hacer entrevistas, quería ver su trabajo, quería estar cerca. Después de aquella primera vez de esta nueva era de acercamiento me lo pasé cantando la *Elegía a Ramón Sijé*, “Ando sobre rastros de difuntos,/ y sin calor de nadie y sin consuelo/ voy de mi corazón a mis asuntos”.

Botellas y botellas de vino corrieron en esos días entre Albertina y yo mientras las letras de Miguel Hernández escarbaban en nuestro deseo de besar las nobles calaveras de los ausentes. Por las noches hablábamos de los huesos, fantaseábamos juntas con hacer un documental, ella filmaría, yo haría la investigación, juntas el guión. Nada nos parecía más amoroso que desenterrar huesos con ayuda de un pincel desplazando la tierra que los había abrigado del desconsuelo de ser nadie, limpiando hasta que aparezca el hueco de los ojos, la cavidad sin nariz, los dientes que sobreviven a todo en los que es posible reconocerse. ¿Podría alguna tela cubrir las costillas? ¿Podría recuperar esa campera de colores que yo estaba segura de que mi mamá llevaba puesta la última noche?

La mañana se cobraba en resaca nuestra excitación nocturna. Albertina también convocaba a sus hermanas y a los hermanos de su papá y de su mamá para que donaran sangre. Su linaje de hija es más puro que el mío, le faltan los dos desde los tres años. El recuerdo más firme que tiene de ellos es en realidad el de su propio cuerpo tensándose para alcanzarlos, es esa arruguita que se le formaba en la nuca cuando levantaba la cabeza para mirarlos o pedir upa. Y el día del secuestro, de eso también conserva fragmentos que le pedí que me entregara la primera vez que estuvimos juntas, desnudas y cansadas, en una cama. “Te lo cuento ahora, así ya está”, me dijo y mientras la escuchaba la imaginé sentadita sobre el capot de un jeep de guerra mirando las fotos que le mostraban y señalando con su dedito a papá, a mamá, al tío cual, a la tía tal. Es ridículo lo del jeep, los

grupos de tareas no usaban ese tipo de vehículos por muy militares que fueran, pero esa mínima deformación de la imagen me dejaba al margen de cierta familiaridad con la escena. Y de alguna manera me tenía que salvar de ponerme a dar golpes de puño sobre la cama, de llorar a los gritos por lo que nos hicieron; no estaba bien para una primera escena de amor. De todos modos, lo que me salvó no fue eso sino haber creído que ella era otra cineasta, también hija de desaparecidos, con una película sobre su padre en su haber. Nos reímos a carcajadas por la confusión. Yo no había visto ninguna película de Albertina, apenas sabía que era directora y guionista. Ni siquiera había visto *Los Rubios*, que no es sobre sus padres sino sobre ella misma creciendo en ausencia. No había escuchado ese grito de dolor y bronca que ella puso en escena y que yo nunca pude emitir. Un aullido que reclama y demanda por qué, por qué ellos eligieron su vida, por qué nos abandonaron. No puedo más que usar el plural, aunque sea un error, aunque yo no pueda enojarme con mi mamá por haber vivido en sus cortos 35 al menos intensamente dos vidas. Una no deja de ser quien es porque tiene hijos. Y eso es algo que todavía creo les debemos a ellos.

La idea del documental sostuvo nuestras conversaciones por un tiempo, para mí pensar en audiovisual era un modo de saldar mi ansiedad de ver. Porque era eso lo que yo quería, ver. ¿Ver qué? A los desaparecidos, qué más, qué magia mayor que esa. Yo iba a Antropólogos y me sentaba con Patricia en la mesa de reuniones, le preguntaba sobre su trabajo, chusmeaba sus archivos para saber a quién más habían identificado pero no eran datos en una pantalla lo que quería.

—Quiero ver —insistía.

—Yo te muestro, pero no hay nada para ver —me dijo un día y me abrió la puerta de otra oficina, casi por cansancio. Había ahí decenas de cajas de cartón, algunas todavía con las marcas de su función anterior albergando

frutas y hortalizas, todas rubricadas con marcador negro con una serie de letras y números que no me decían nada. Material de investigación, series cifradas, objetos que juntan polvo, polvo sobre polvo sin sus deudos, su comunidad, su historia.

Patricia me recibió cada vez con la misma paciencia, me convocó para que escribiera cuando hubo una identificación que los familiares querían hacer pública, me contó historias como quien recita algo sin interés para cualquiera que no fuera ella o a lo mejor para entretenerme de una espera que se iba a tomar dos años más. Me contó por ejemplo de la vez en que les robaron dos cráneos y una radio (¿o sería un radio?) en el cementerio de Avellaneda, ahí donde encontraron al Negro Arroyo. Y de ese sector al que llaman kindergarten “porque había abortos o recién nacidos”.

En algún cementerio que desconozco, en la misma zona, deben yacer mis dos hermanas mujeres, María Mercedes y María Dolores. No sé en qué rincón de la mente guardo sus nombres. Murieron en el parto después de un embarazo a término, ahorcadas por vueltas del cordón. Ellas fueron mi primera ceremonia y mi primera oportunidad perdida, recuerdo la desazón en los dos partos que siguieron, cuando desde el sanatorio llegaba la llamada anunciando otro varón y otro más. Me hubiera gustado verlas aunque sea muertitas, o los cajones en los que las enterraron, juntas como habían estado en la panza, una panza tan grande que mi hermano Santiago y yo apenas entrábamos en el mismo ascensor que mi mamá. Pero no era un evento del que pudiera participar, me dejaron para siempre con la intriga de quiénes serían, la nostalgia de unas hermanas que nunca tuve y del adiós que no les pude dar.

Fue desde esa tarde en Irún que empecé a hacerles lugar a las mellizas en mi biografía. Haber muerto antes de sentir la sequedad del mundo no es

razón suficiente para ignorarlas. Pero todavía no pensaba en ellas. Pensaba más bien por qué alguien que tenía que presentarse en mi teléfono con nombre y apellido me buscaba para que me comunicara con el Equipo Argentino de Antropología Forense; por qué ahora, por qué con esa urgencia. Por qué me llamaban ellos a mí. Que hubieran encontrado a la Gorda y al Negro no quería decir nada concreto, ya me lo habían explicado; cada uno apareció en un cementerio distinto, mi madre bien podría estar en un tercero o en ninguno, a lo mejor el suyo era uno de esos cráneos afanados. Además, ya había pasado un año completo desde la inhumación del Negro Arroyo. Traté de no ilusionarme mientras marcaba el número de Buenos Aires. Tal vez me reclamaban como periodista, querían contarme que habían encontrado a alguien que valía la pena anunciar, un cuerpo ilustre, qué sé yo, Rodolfo Walsh, Santucho, incluso mi suegro, Roberto Carri, que tiene libros fundamentales publicados; becas, bibliotecas y hasta un aula de la facultad de Sociales con su nombre. Hubiera sido una buena noticia también, pero no era la que yo quería.

Las puertas del auto estaban abiertas, Furio se había subido a tocar todo lo que no le dejábamos tocar. Albertina cruzaba mensajes con el músico anfitrión para organizar nuestro destino y yo escuchaba el sonido regular de la llamada que no atendían. En cuanto me dijeron “hola” pedí por Maco, ese antropólogo gigantón a quien siempre da gusto ver porque sabe calmar la ansiedad de quienes llegan con la esperanza loca de encontrar a los suyos y la mayor parte de las veces reciben nada. Él es quien puede convencernos de que cada anécdota sirve, de que para encontrar huesos hay que reconstruir la historia completa. No llegué a escuchar su voz porque la comunicación se cortó: me había quedado sin crédito. Usé el teléfono de Albertina ya temblando; la adversidad era una premonición. Logré comunicarme:

—Hola, estoy en España, me dijeron que me estaban buscando.

—Ah... en España, perdoname, no sabía. Bueno, si querés dame un teléfono que te llamo. O hablamos a la vuelta, ¿cuándo volvés?

—Estoy en la calle, Maco, ¿qué pasó?

—No, bueno, mirá, por qué no buscás un teléfono y hablamos tranquilos.

—No, no, no puedo. ¿Hay novedades?

—Sí.

El crédito había vuelto a acabarse. La cara se me arrugó como un papel viejo muchas veces estrujado, ninguna expresión atinaba a emerger de esa contracción de mi gesto, la que fuera tenía que abrirse paso entre un enjambre de tiempo y espacio, eventos y creencias, hilos de amor y dolor que habían cristalizado y eran como de piedra. Albertina cerró despacio la puerta del auto para que Furio destrozara todo lo que quería sin riesgo. “La encontraron”, le dije y la risa fluyó primero, apenas un segundo antes de la convulsión del llanto. Nos abrazamos. Los sonidos que llegaban desde el auto, ese presente urgente, se amortiguaron. En el hombro de mi esposa, en el hueco de su cuello me dejé ir por el túnel del tiempo. Escuché su risa y su llanto como si ella también fuera una niña. Un impulso viejo me hizo tocarle la nuca para sentir los pliegues de su cuello, las plataformas de las que nunca me bajo me hacen unos centímetros más alta que ella. Escuché, como si fuera algún modo de consuelo, que habíamos llegado: estábamos en la exacta esquina de la casa del músico que nos había convocado a Irún, justo frente a esa plaza negra y seca que tenía en el centro una estrella roja pintada en el piso. Ahí empecé a enterrar a mi madre y a sus sueños rojos. A la fugaz estrella de su vida y a la omnipresente estela de su ausencia.

¿La encontraron? ¿Qué habían encontrado de ella? ¿Para qué quería yo sus huesos? Porque yo los quería. Quería su cuerpo. De huesos empecé a hablar más tarde, frente a la evidencia de unos cuantos palos secos y amarillos iguales a los de cualquiera. Iguales a esos que se enhebran con alambre y los alumnos manipulan como utilería en un aula de biología. Esquirlas de una vida. Destello marfil que desnudan las aves de carroña a campo abierto. Ahí donde se llega cuando se va a fondo, hasta el hueso. Lo que queda cuando todo lo que en el cuerpo sigue acompañando al tiempo se ha detenido, la hinchazón de los gases, el goteo de los fluidos, el banquete de la fauna cadavérica, el ir y venir de los últimos insectos. Después, los huesos. Chasquido de huesos, bolsa de huesos, huesos descarnados sin nada que sostener, ni un dolor que albergar. Como si me debieran un abrazo. Como si fueran míos. Los había buscado, los había esperado. Los quería.

—¿Esto pasó ahora?

—Sí, ahora, hace diez minutos.

—Pero ¿cómo ahora?

—Ahora, me acaban de llamar, no tengo más detalles porque se cortó la comunicación.

—Pero... no entiendo.

Fermín, nuestro anfitrión en Irún, no terminaba de comprender de qué le hablábamos. ¿Cómo hacerlo? Él conocía la historia de nuestro país, sabía que existían desaparecidos, había tocado más de una vez con una música que también tenía el padre desaparecido. Lo que no podía entender era mi temblor. Lo que sabía no le alcanzaba para explicar el tamaño de nuestra conmoción.

—¡Qué increíble! Ustedes están con auto, ¿no? Porque se me había ocurrido que podía llevarlas a un lugar que me encanta, es de verdad muy bonito...

Al fin y al cabo se trataba de un cadáver, un cadáver que era tal desde hacía más de treinta años. Así que nos llevó de paseo sin que yo pudiera oponer mi necesidad de un teléfono para poder terminar la conversación con Maco, entre otras conversaciones posibles para afianzar la noticia.

Arrebujaada en el asiento de atrás, rodeando a Furio con mis brazos para darle la ilusión de que estaba a upa y no atado a su silla, me dejé llevar a la playa, al sitio favorito de Fermín. La ciudad se fue diluyendo en un camino sinuoso, rodeado de verde, con la franja azul del Atlántico Norte a mi izquierda. Desde los asientos de adelante me llegaban fragmentos de la

conversación: el repaso de la discusión de los jurados en San Sebastián, la noche en que nos perdimos en nuestro viaje reciente en un camino de cornisa, los proyectos del año, los hijos de Fermín, la fecha de vuelta a casa. Una conversación completamente normal entre dos personas que habían compartido un evento y ahora un retazo de intimidad. Yo revisé los pañales de Furio con la nariz, con la desaprensión escatológica de las madres. Mi mamá, de hecho, solía meter el dedo dentro del pañal de mis hermanos. Un asco, pero en épocas de pañales de tela, mejor estar segura antes de cambiarlos. También nos limpiaba la cara mojando el dedo en su saliva para después refregarnos las manchas visibles.

Mamá.

Tal vez ahora podría reencontrarme con alguna de sus falanges.

—¿Se durmió?

Tuve que mirarlo para contestarle a Albertina a pesar de que lo tenía apretado entre los brazos. Ella debía haberse dado cuenta de la duermevela de nuestro hijo pero era una manera de traerme de vuelta a la escena dentro del auto. No lo conseguí. Yo vagaba como mis ojos por el horizonte, más allá de la ventanilla, en busca de una alteración, un tinte de color, algo que replicara esa mínima fisura por la que iba a empezar a escurrirse la que yo había sido.

¿Y por qué tenía que perderme?

¿Qué había cambiado?

El rumor de las voces, la piel de Furio, mis propias manos, la luz del sol que empezaba a enfriarse a la hora exacta, el mismo mar que me había acompañado las últimas semanas; todo estaba en su lugar. La novedad de que algo que había perseguido tanto finalmente había sucedido empezaba a saber a salitre, tenía el gusto de la sed. Nada de lo que se nos otorga es igual a lo que deseamos. Pero yo no sabía qué era una cosa o la otra.

Llegamos y estacionamos, del otro lado de la calle me tentaron una decena de barcitos con mesas al aire libre. Podría haberme sentado en alguno y beber sin rendirme, no creo que se hubiera apagado la sed. Le dimos la espalda a Francia, donde estaban los bares, y caminamos hacia España. Estábamos en el borde, nos explicó Fermín, y me sentí cómoda, algo del afuera por fin hablaba de mí.

Entre escombros —entre restos— trepamos a lo que quedaba de un fuerte de 1700 o tal vez anterior, no soy muy ducha en fuertes y apenas si pude retener algo de su historia. Me acomodé entre las almenas como una heroína romántica de cara al océano. El último verano, en Uruguay, ahí donde había recibido el anuncio del casamiento secreto de mi hija, ahí donde el viento le cobra al Cabo Polonio la audacia de meterse en el mar llevándose todo lo que crece unos centímetros por arriba del suelo, había observado los cuerpos exangües de los lobos marinos que se pierden de su manada y de las vacas que llegan desde quién sabe dónde y vienen a morir en la playa como viejas cansadas que se entregan al sol. Cuerpos enormes que se corrompen impúdicos a la intemperie, a veces los arrastran lejos atados con cadenas a camiones sin poder llevarse del todo el hedor de la corrupción. Un mes es suficiente para saber qué pronto se pasa de esa hinchazón repulsiva del principio a la aparición de los huesos, después el mineral se funde rápido con su medio, la arena lo lame, lo acaricia, lo envuelve, lo traga; eso es todo. Lo había visto, lo había registrado en mi cuaderno.

Era una hora perfecta para estar a la orilla del mar, los rayos del sol se desintegraban en la espuma de las olas que rompían sobre las rocas y el murallón del fuerte, su sonido regular me eximía de tener que usar palabras. Sólo tenía de frente la inmensidad, el agua y el cielo, azul sobre azul; el mundo entero y a la vez, nada. Miré hacia abajo. ¿Y en el agua? ¿Cuánto tarda un cuerpo en descomponerse en el agua? ¿Durante cuánto

tiempo conservaría la conciencia de que voy a morir si cayera? Un respingo de vértigo tirando de mi vientre me obligó a darme vuelta. Furio corría entre peligros menores seguido de cerca por su otra madre que cada tanto me miraba, me chequeaba, buscaba el eco de alguna emoción conocida. Por más que hurgara le iba a ser difícil definir una. Sonrió conmigo, sin entender del todo, cuando la mueca dejó todos mis dientes desnudos. Detrás de mi familia, al otro lado de la bahía, amarillo por el sol poniente, un cementerio. Bajaba desde un monte hacia la playa hundiendo en la arena el vértice invertido de un triángulo. Nunca había visto un cementerio en la playa. Dos médanos dorados lo flanqueaban, le entregaban su sombra, la vegetación se encrespaba entre las lápidas y cruces blancas, de lejos parecía posible enredar ahí mis dedos. Era un pubis. Y era el día en que mi madre había aparecido.

Esa noche comimos en casa de Fermín, con sus dos hijos y su pareja, unas tapas compradas por ahí. Tengo un recuerdo incómodo de esa cena, la sensación de haber caído ahí como paracaidistas en una casa donde los niños tenían que ir al colegio al día siguiente mientras yo deseaba que el mundo se detuviera para poder digerir una noticia que todavía no se había transformado en nada. Ni siquiera había podido retomar mi conversación trunca con Maco, no tenía ningún detalle más que un “sí” musitado a catorce mil kilómetros de distancia. En la sobremesa volví a relatar con palabras insuficientes el hallazgo del que todavía no sabía nada para nuestra anfitriona, una mujer a la que acababa de conocer y que apenas pudo decir algo más que “qué tremendo”. Necesitaba estar sola con Albertina, necesitaba volar a Buenos Aires, metabolizar las “novedades” para las que me habían dado el sí. Ya nos íbamos al cuarto que nos habían asignado, por suerte separado de la casa, cuando Albertina preguntó por mí

si podía usar el teléfono, pagaríamos la llamada, era sólo para pedir que nos la devolvieran. Por supuesto que podía usarlo, sólo que en nuestra habitación no había línea, tendría que hacerlo desde ese mismo living, rodeada de una familia de extraños con ganas de irse a la cama. Marqué el número de Antropólogos contando con diferencia horaria a mi favor. Maco todavía estaba en la oficina, con premura le dicté el número al que tenía que llamar temblando de antemano porque suponía que no iba a poder comunicarse, que seguramente habría anotado mal un dígito, que su urgencia no era la mía. Corté. Mientras esperaba que el teléfono sonara me di cuenta de que no sabía qué era lo que quería escuchar de Maco, ¿qué se suponía que le tenía que preguntar, cuándo podría ver a mamá?

—¿Cuándo vamos a poder ver a mamá?

—En quince días, dame quince días y te digo.

Así empezaba y así se resolvía la única conversación posible sobre mi vieja con mi papá. Así fue mientras tuve diez y hasta que cumplí once. Siempre que formulo la pregunta estoy mirando al piso, el piso del auto, la vereda, el mosaico de un consultorio médico, mis mocasines del colegio destrozados. Después dejé de preguntar. A mí me costaba días y días de juntar coraje y todo para qué. Para que me abrieran un nuevo compás de espera imposible. Jamás conté los quince días. No los marqué en un almanaque, no miré la fecha. Creo que nunca le creí del todo, pero no podía preguntar más. ¿Qué iba a preguntar?, ¿dónde está? o ¿está entera? Viva o muerta no eran palabras que yo pudiera decir, no me entraban en la imaginación. O sí, por eso no tenían forma. Además, si estaba muerta, ¿por qué no estábamos todos llorando a los gritos en lugar de hacer como si no hubiera pasado nada? Lloramos el día del secuestro, es cierto. Después de que se los llevaron mi papá entró al cuarto donde estábamos los chicos, se apoyó en una pared y se puso a llorar. Los cuatro nos acordamos de eso. Algunos de mis hermanos sólo se acuerdan de eso; creo

que sentimos su alma quebrarse como un palo, que nos dolieron las astillas que volaron hacia nosotros. Caminamos compungidos y abrazados hasta el tren. Y ya no volvimos a llorar juntos nunca más. Hasta que aparecieron los huesos.

A Maco sí iba a preguntarle si mi mamá estaba entera. Ya sabía suficiente de identificaciones como para estar advertida. Había escrito, por ejemplo, sobre la inhumación de los restos de Tilo Wenner, poeta, periodista, imprentero, anarquista; manco de su brazo izquierdo. Había sido hallado en la misma fosa que el padre de Gastón y Manuel, aquel que enterramos en 1996, pero hasta que no estuvieron disponibles los análisis genéticos no hubo certeza sobre su identidad. Ni siquiera la ausencia de una extremidad completa había servido para saber quién era cuando reconocieron a Gastón padre, en 1976 los cuerpos habían sido cubiertos con neumáticos y quemados a 300 metros del río Luján, recién cuando se apagó la columna de llamas fueron metidos en bolsas y enterrados; ya entonces debían faltar algunas partes calcinadas. Todo lo que puso su hermano en un nicho del cementerio de la Chacarita en la primavera de 2009 pesaba 800 gramos.

Y estaba la Gorda, Gladys del Valle Porcel, esperando su sepultura porque aún no sabía cuánto de ella se podría inhumar.

Cuando estuvo Tupac en Buenos Aires, uno de los hijos de Gladys, fui yo la que lo acompañé a la oficina de Once. Estuvimos sentados ahí largamente, esa noche hasta tomamos un vino que él había traído de Salta, su provincia. Nos contó de su candidatura a legislador, del problema que significaba eso para enterrar a su madre como él quería y que no fuera utilizada políticamente. Se acordó de cuando era niño y convivíamos todos en la casa de Moreno, nuestras madres, mis tres hermanos y yo, Tupac y su hermano Fidel. A veces nos visitaban las mellizas Arroyo, Sofía y Eva; por ejemplo, cuando jugamos a los indios con cañas de bambú como

lanzas y antorchas de papel robado de esa pila junto a la máquina donde se plastificaban documentos falsos. Yo era la más grande, tenía diez. Las mellizas y mi hermano Santiago, ocho; Andrés, a punto de cumplir cinco, Tupac, Fidel y Juan, cuatro, tres y dos. No me acuerdo de quién fue que apoyó una de esas antorchas sobre esa malla inflamable que cubre las palmeras en cualquiera de las quintas de esa zona del Oeste de Buenos Aires. Es una trama compleja de corteza, hojas y frutos, arañas y telas de araña que lo unen todo. Era de noche y se prendió como una tea, una flecha luminosa señalando una casa clandestina. La apagamos con mangueras y baldes en una operación en cadena que se organizó bastante rápido para la comparsa que éramos. No sé si estaban todos locos o qué, pero me acuerdo de las risas.

Tupac no quería hablar de huesos. Aunque yo trataba de llevar la conversación hacia allí, él me esquivaba. A la distancia me parece completamente normal que eligiera anclarse en la memoria de la vida. Se reía con mis historias de cuando él era niño y se acordó de que yo le hacía pan con manteca y azúcar, barquitos de pan con manteca y azúcar. Me dio un poco de pena pensar en mí a los nueve o a los diez dándole la merienda a una jauría. Me acuerdo de mi malhumor y de repartir tanto pan como bollos; siempre fui mano larga. Pero no es un mal recuerdo, supongo que sobre todo por contraste. Lo que vino después fue tan aburrido, tan disciplinado, tan silencioso.

Maco nos incitaba a que escribiéramos esas historias, que se las mandáramos, a ellos les servían. Al fin y al cabo son como médiums que hacen hablar a los muertos y convocan a su mesa a los familiares para que escuchen, para que completen con sus relatos las historias deshilvanadas, es lógico que quieran conservarlos tanto como los restos que esperan por su nombre. Yo nunca me olvidé de que la Gorda debía estar ahí, cerca de nosotros, lo que quedaba materialmente de ella. Pero me fui sin ver(la).

Hubiera querido pero Tupac ni siquiera lo había pedido, todavía estaban asignando huesos a su esqueleto que había quedado mezclado con otros, todos metidos en la misma bolsa negra después de haber sido exhumados con una pala mecánica en 1984 de un lateral del cementerio de San Martín y vueltos a inhumar dos años después en el mismo lugar sin que se lograra ninguna identificación hasta que en 2006 los recuperó el EAAF.

El cuerpo del Negro Arroyo, su esqueleto desenterrado en el cementerio de Avellaneda, estaba completo; hasta tenía las falanges. Entre ellas Marina, la menor de sus tres hijas, enredó un mechón de su pelo para sentir la caricia que nunca había tenido. Yo no sabía que existía esa niña cuando nació, cuatro meses antes de que su padre fuera secuestrado de mi casa. Para mí, él era el novio de mi mamá, no sé si me hubiera gustado saber que tenía otra familia tan incipiente en paralelo. Cuando yo tenía dieciocho y Marina todavía vivía en España tuve un instante de confusión parecido a la locura cuando alguien me habló de una nena de ocho hija del Negro Arroyo, pero ¿cómo?, ¿mamá estaba embarazada? ¿Tuvo una hija y no me enteré? Son segundos. Menos que eso. Milésimas de segundo en que preguntas sin sentido se atropellan por esos túneles de silencio que construye la desaparición, espacios que se abrieron por el taladro de otros interrogantes nada inocentes, insidiosos, dañinos como gusanos en las frutas de carozo, puestos ahí desde el principio, a propósito. ¿Y si mi mamá estaba en otro país? ¿Si tenía una vida nueva con una hijita nueva? Me gustaría saber qué expresión ocupa mi cara cuando esos pensamientos pasan y se van. Porque todavía ahora tengo flashes de locura; aunque es cierto que duran menos, no dejan de suceder. Como esa vez en que llegaba a un aeropuerto y buscaba el cartelito con mi nombre que tendría el chofer del remise que me iba a buscar. Justo al lado había otro cartel que decía “Marta Taboada”. Retrocedí dos pasos como si me hubieran pegado en los

dientes; pero ya tenía los huesos y recuperé rápido la cordura. No me quedé a ver quién era esa homónima de mi mamá.

—Vení conmigo, yo lo voy a ver —me dijo Marina poco antes de que los huesos de su padre viajaran hasta Jujuy, donde había nacido y sería por fin inhumado.

Me ilusioné, me sentía con derecho, ¿por qué no? Si yo lo quería, si íbamos a ser una familia, si mi mamá me había preguntado qué me parecía para ella ese morocho de cachetes redondos y colmillos afilados, jodón y un tanto grosero que se hurgaba entre los dientes y después se olía los dedos para horror de las mujeres de la casa. Ella estaba enamorada, encandilada, en mi casa se hablaba de amor, ¿por qué no podría verlo?

Porque no, porque era una ceremonia privada y sólo las hijas tenían derecho.

Me conformé con su relato. Me contaron que Sofía lo vio y dijo “upa”, que Marina se tendió a su costado para comparar su estatura con la de su padre.

—Le llegaría al corazón —me dijo.

Y sin embargo, todo él cupo en un bolso de mano, así lo llevaron a su provincia en la cabina de un avión. Patricia Bernardi era la portadora; le devolvió por última vez su forma humana en un local sindical donde lo velaron una noche para que pudiera verlo su hija Eva y la hija de ésta, Anita.

—Hay cadera, hay cráneo, ¡hay un montón! —le dijo Sofía a Fidel, uno de los hijos de Gladys Porcel, para instarlo a enterrar a su madre como si en esa enumeración de dos restos anatómicos no estuviera implícito todo lo que no había. Además, los chicos esperaban algo más concreto, vivo. Esperan a un hermano o hermana que todavía no apareció, la Gorda estaba embarazada de seis meses cuando se los llevaron y según la fecha del homicidio que descubrieron los antropólogos habría llegado a los nueve.

¿Y mamá? ¿Habría sido hallada en San Martín o en Avellaneda o en un tercer lugar? ¿Cuánto habría de ella? Eso era lo que tenía que preguntarle a Maco en cuanto me devolviera la llamada. Porque no daba lo mismo. No me daba lo mismo. Muy lejos de esa casa de Irún, entre mis cosas en Buenos Aires, guardaba un recorte sobre un incidente diplomático entre la Argentina y el Reino Unido por los restos de un piloto encontrados en Malvinas y que durante 22 años estuvieron en un armario de la policía de las islas. Es un pedazo de diario de mayo de 2008, el título dice: “Malvinas: un nuevo pedido oficial por los restos del piloto”. El texto insiste en la repetición del binomio “restos óseos”. “El segundo jefe de la Embajada del Reino Unido ante la Argentina, Andrew Jackson, estuvo ayer en la cancillería a pedido del ministro Jorge Taiana para conversar sobre los restos óseos encontrados a fines de abril... al mismo tiempo ambas partes coincidieron en llevar con extrema reserva este caso para no generar falsas expectativas entre los familiares de los caídos, que esperan desde el fin de la guerra más respuestas sobre el destino de sus seres queridos.” Hasta que en un pequeño recuadro, junto a otro que hablaba del “control a la merluza en las islas”, aclaraba: “Los restos, un hueso de una pierna...”, iban a ser sometidos a análisis de ADN y “entregados” a sus familiares.

Un hueso.

Cómo se podía enterrar un hueso.

Como un perro, cavando con las manos.

Con un moño en una cajita de celofán, como una orquídea o un regalo de Navidad para mascotas.

Con un solo hueso podría alcanzar para saber a quién perteneció ese pedazo de pierna. Se podría cotejar el ADN entre las familias de quienes podrían haber muerto sobre la playa de la isla Soledad o cerca de ella. Se podría decir que ese hueso perteneció a un piloto y cuándo cayó el avión que manejaba. ¿Pero podría eso calmar las expectativas de los familiares?

¿Podría evitarles que sigan llorando frente a la tumba del soldado desconocido?

No me imaginaba sepultando sólo un fémur aunque a la pierna de mamá me hubiera abrazado tantas veces cuando era chica y no quería separarme de ella. Por eso, en cuanto tuve la oportunidad, las palabras salieron de mi boca como guijarros que se empujan por una pendiente, redondas:

—¿Está la calavera? —pregunté como preguntando por la humanidad de esos restos que me esperaban en casa.

—Sí, mujer, sí, quedate tranquila.

Estaba, igual que algunos de sus dientes, el muñón de una prótesis, la estúpida ilusión de que mi hija y yo también tenemos una prótesis en el mismo lugar. Pero todo eso lo sabría más tarde.

Creo haber escuchado una risita del otro lado de la línea. Pero no puede ser. En todo caso, la incomodidad frente a la constatación de que el nudo de lo que me había dicho (¡¿Sí?!) empezaba a desatarse. No pregunté más sobre la materialidad de mi madre. A mis espaldas todavía tenía a la familia que nos alojaba en Irún y no me imaginaba qué podrían haber pensado de esa palabra, calavera, pronunciada en su living una noche cualquiera para el ritmo de sus rutinas, como si la calavera fuera algo que se pudiera perder por ahí. Contagiada de una urgencia fuera de tiempo, quise saber en cambio si podríamos enterrarla el 28 de octubre.

Era 30 de septiembre mientras hablábamos y ya quería poner la losa sobre su santo sepulcro. No sólo porque el 28 era el aniversario del secuestro, o menos por eso que porque el 30 de octubre me casaba por primera vez y quería tener el trámite cerrado, entrar a mi nueva vida sin lastre. Como si fuera un trámite. “Ya ves de qué clase de suegra te salvaste —le escribiría a Albertina una amiga unos días después—, que se te aparece para el casorio.” No, no se podía. Por suerte, la enterramos recién el año siguiente. Por ahora tendríamos el cadáver ahí, rondando con su

sombra; porque a pesar de que llevaba la mayor parte de los últimos 35 años bajo tierra, su sombra era frondosa. Más ahora, desenterrado, convocando a las ceremonias finales, los saldos de cuentas; el ansiado y mentado duelo. En definitiva, la despedida. Y no es fácil deshacerse de esa filtración de fantasía que chispea menos de un segundo pero sostiene la situación del desaparecido.

Mi mamá estaba desaparecida.

Ya no.

Tenía que comunicárselo a mis hermanos. Otra vez Albertina me alertó, me compró crédito en el skype cuando por fin estuvimos solas y ahí estaba yo llamando a los celulares de mis hermanos para decirles que el cadáver de su madre había sido por fin hallado. El que me sigue estaba paseando a sus perros. En ese momento yo no le decía “cadáver”, de todos modos no creo haber encontrado una frase feliz para comunicar la noticia. Creo que fue “encontraron el cuerpo de mamá”, dicha después de aclarar que llamaba desde España como para allanar el terreno para algo importante. Santiago me dijo “Ah, qué bueno”. Al instante siguiente estaba llorando como un niño, con convulsiones. Le tuve que pedir que se sentara, le pregunté si estaba con alguien. Recién ahí me enteré de que estaba en el parque, con los perros. Andrés se tomó hasta un segundo llamado para llorar, como otra clase de niño, uno que no está tan ahogado por el tiempo. Juan no lloró. Me preguntó si esas personas, los antropólogos, eran serias, si yo creía que podía ser verdad. Después me iba a preguntar si podíamos saber si la habían fusilado de frente o de espaldas. Pero todas esas partes donde pegaron las balas ya no estaban. Las balas estaban en una bolsita aparte y no eran solamente de ella. Estaban mezcladas, igual que los huesos entre sí, con las de su grupo frente al pelotón. O a la patota. Porque

fusilarlos los habían fusilado, de eso había pruebas. A mi mamá junto a otras dos mujeres y un hombre, un cura o un excusa, como se quiera pensar, que cantaba canciones metodistas en el cautiverio y que yo tengo la ilusión de que algo cantó en ese momento o que le dio la mano o alguna luz de esperanza frente a lo que venía. No lo sé. No puedo saberlo.

¿Qué habré soñado esa primera noche con el cuerpo de mi madre aparecido? Me acuerdo de que nos dormimos muy tarde, que compramos una botella de vino en un bar frente a la plaza de la estrella roja, me acuerdo del temblor de la voz de mi hija cuando se lo conté, del eco de mi voz en su gemido inmediato, como si lo que le estuviera contando era que su abuela había muerto en ese momento, a ella que ni siquiera conoció a su abuela. Es que la noticia tenía la capacidad de comprimir el tiempo, como si se pudieran aplastar más de treinta años entre dos palmas, como a un mosquito. Por eso, ella no buscó a su reciente marido para compartir la noticia, necesitaba hablar con alguna de sus amigas más antiguas, una que la conociera de chiquita, una que hubiera estado a su lado a medida que ella iba comprendiendo todo lo que había detrás de esa foto ampliada tantas veces como para que su abuela mirara de frente, sola, recortada de un grupo. Por esa misma razón, yo necesitaba hablar con mis hermanas: Raquel, Alba y Josefina. Son mis hermanas porque nos encontramos en H.I.J.O.S.¹ en 1995, cuando creía que iba a morir en pocos años más. Tenía un diagnóstico de VIH positivo que no había cumplido su primer aniversario y un recuento de CD4 que se acercaba peligrosamente a 100; y de 100 para abajo era sólo tiempo de descuento. Entonces yo seguía una rigurosa dieta naturista, no había tenido sexo desde mi diagnóstico, apenas me animaba a tomar un vaso de vino de tanto en tanto y cada resfrío era una alarma. Entrar a H.I.J.O.S. arrasó con todo, en especial, arrasó con el

miedo. Antes de que pudiera pensarlo estaba emborrachándome, cogiendo y cantando; consignas y canciones, los pies bien enchastrados con el barro de la vida, durmiendo poco, hablando mucho, descontando años de silencio, empezando otra vez la búsqueda de sus rastros. Por esos días tuve el primer sueño vívido con mi mamá. Ella me abría los brazos y yo corría a abrazarla, sentía su pelo rubio contra mi cara, el olor de su pecho, su temperatura. No fue triste despertarme, había estado con ella otra vez, por primera vez.

Ahora, mientras escribo, les pregunto a mis hermanas si recuerdan cómo fue que les conté la noticia. Raquel me dice que fue Josefina quien la llamó y le dijo que habían encontrado a mi mamá. Y ella pensó que había aparecido mi mamá. “No los huesitos, tu mamá. Por una fracción de segundo.”

Yo me acuerdo de algo más, me acuerdo que me dijo “Ya no vas a ser más hija”.

Hija voy a ser siempre, pero si algo intento todavía, tres años después, es, justamente, apropiarme de esos restos. Desprenderme de una vez de ese ínfimo rescoldo sobre el que soplamos insistentes para que arda por fin la llama que podría liberarnos. Para que se anime, que tome cuerpo, que alguien diga algo, que transmita su voz, lo que vieron sus ojos, su brevísima vida lejos de nosotras; en definitiva y en singular: que la devuelva. La ilusión de que siempre hay algo más que saber o que buscar y no querer buscarlo ni preguntar para que no se agote, que no se apague el rescoldo; de eso se trata ser hija cuando tu madre está desaparecida.

Y resulta que me la habían devuelto. A mamá o lo que quedaba de ella.

Toda esa vida en su ausencia se me venía encima. ¿Y qué era eso? Un conjunto de hilachas, recuerdos aislados, su altura, a qué parte de su escote había alcanzado y cuánto me faltaba por crecer. Algo así como la ropa que encontraron junto a sus huesos: insondablemente familiar; nada más

tocarla se deshace, polvo que vuelve al polvo después de haber pasado 35 años bajo tierra.

[1](#) Hijos e Hijas por la Identidad y la Justicia contra el Olvido y el Silencio.

Me despierto abrazada a mi hijo, enredados los dos, piernas, brazos, su respiración constante sobre mi pecho, mi nariz sobre su pelo. Así dormía con mi hija mientras fue una niña; así crecimos las dos, entrelazadas. Mi maternidad es cuerpo a cuerpo. El aliento de las mañanas, el sudor de las noches, sus babas en los bocados que no engullen, la sangre en las rodillas, las migas entre las sábanas, las lagañas, los mocos, la sal de sus ojos; las cosquillas y las luchas. El lenguaje del amor no se habla, se inscribe.

Esa poesía material es la que aprendí de mi madre.

Ya tenía una rutina para llegar a la cita. Sabía de lo lento que se avanza por la avenida Pueyrredón hasta cruzar Rivadavia, del semáforo que me permitía doblar a la izquierda, el estacionamiento sobre Hipólito Yrigoyen, las dos cuadras que caminaría apurada entre el olor a frito y carne cocida a la plancha, entre los bolsos de los transeúntes que golpean en los hombros o la panza cuando no se llega a esquivar el itinerario de los otros, entre las baldosas flojas que escupen un resto de agua barrosa y obligan chapotear dentro de tu propia sandalia. Ese de 2010 fue un octubre lluvioso. La ansiedad latía en la espera de que el semáforo habilitara el tránsito por la senda peatonal de Rivadavia pero apenas llegada a la otra orilla de la avenida la mirada se me enredó en las chucherías que se venden en la calle. De pronto me pareció urgente comprar un adminículo para la pileta de la cocina, esa especie de colador que se pone en el desagüe para que los restos de comida que el agua arrastra de los platos no lleguen a tapar los caños. Albertina me tironeaba de la mano. ¿Ahora tenía que ser? Sí, sí, el que teníamos se había roto. Busqué un billete en mi cartera, había cualquier cosa menos plata.

Albertina revisó sus bolsillos bufando, tendió el dinero al vendedor pero no tenía cambio. Estaba empecinada, quería ese repuesto, siempre tuve uno porque permite sacar graciosamente los restos sin tocarlos y el que tenía estaba roto, se soltaba, dejaba que todo se fuera por el caño. Mi mujer me vio entrar en la farmacia atónita, aproveché para comprar ibuprofeno, mi adicción contra el dolor. Volví triunfante y conseguí guardar el colador en mi cartera. Muy bien, adelante. No había más de

veinte pasos hasta mi destino pero no podía apurarlos, todo alrededor era suficientemente vertiginoso, la forma en que las mujeres agarran sus carteras sobre el pecho, la mirada buscona de los tipos, los ojos que atisban entre el tránsito la llegada del colectivo que se espera en colas desordenadas, la ropa en oferta que sale a la calle vomitada por las vidrieras, la compra al paso del chipá o de ese líquido negro que se vende como café en termos maltratados. Cada quien en lo suyo y yo con pies de plomo buscando desesperadamente cualquier cosa que demorara mi llegada a la puerta de madera, que evitara mi reflejo en sus bronce lustrados, los dos escalones de mármol que ya estaban ahí y ni siquiera servían para alcanzar con comodidad el portero eléctrico. Estiré los empeines hasta quedar apoyada sólo sobre mis dedos gordos como una nena, respondí con mi nombre a la voz deformada por los cables y entré. Mi cuerpo sabía mejor que yo llevarme a donde iba. Subí los dos pisos en el ascensor jaula, tan fuera de tiempo como el silencio abrupto en el palier del edificio, con la mirada vuelta hacia dentro. Mis ojos habían perdido toda valentía. ¿Qué iba a pasar ahora, cuando llegara a la oficina del EAAF? ¿Me entregarían mi cajita feliz de huesos recuperados? ¿Me volvería después a mi casa con la tranquilidad de tener un lugar donde poner una flor? La flor se marchitó, no queda ni su olor a podrido, no se ha impreso su marca en las páginas de ningún libro; no tiene resto para adornar ninguna tumba. ¿Qué se creían los que me invitaban a hacer el duelo? “Por fin, por fin vas a poder hacer el duelo.” ¿Y entonces qué? ¿Tendría que extirparme la melancolía como un quiste? ¿Levantar con un trapo la leche derramada y enjuagarlo con mis lágrimas ya perimidadas? ¿Ponerme contenta? No estaba contenta sino rabiosa. Había perdido el entusiasmo, me pareció que la vida me reclamaba en otro lado. Me iba a casar en veinte días y ni siquiera sabía lo que me iba a poner ni de dónde

íbamos a sacar la plata para la fiesta, debería estar ocupándome del aquí y ahora.

La rabia se hizo cenizas y se escurrió por el hueco del ascensor en cuanto se abrió la puerta. Maco me ofreció sus brazos abiertos y yo me hundí en su continente como si recién entonces hubiera vuelto de algún lado. Vencida en su abrazo empecé a escuchar como familiares el crujido de los tablones del piso, el arrastre de las sillas de metal sobre la madera, el sonido del tránsito amortiguado por los vidrios, las voces de los antropólogos, el sorbido del mate que no tomo, el aire que se escapó del almohadón donde me desplomé.

No tenía que hacer nada, lo que fuera vendría a mí.

Pusieron en mis manos el estudio 210718, “Investigación para la identificación de restos óseos”, del Laboratorio de Inmunogenética y Diagnóstico Molecular. Once páginas de bibliografía, datos estadísticos, códigos y procedimientos con dos objetivos. “Objetivo 1: Reasociación intraesquelal. Se trata de determinar si los restos óseos codificados como 220219, 210736, 210738 y 210740 pertenecen al mismo individuo que la muestra 210718.

”Objetivo 2: Se trata de investigar si los restos óseos codificados como 210718 pertenecen a la madre biológica de Marta Graciela Dillon, de Juan José Dillon y de Andrés Ignacio Dillon; quien a su vez es hermana completa de María Graciela Angélica Taboada.”

El nombre de mi hermano Santiago faltaba entre nosotros. Nunca dijo por qué no había donado sangre y ahora la ausencia dolía tanto como ese llanto de niño entre el ladrido de sus perros que escuché cuando le di la noticia del hallazgo. Venían de muy lejos esos gemidos, habían atravesado una tonelada de silencio y estaban envueltos en una madeja de enojos que no tenía punta de donde tirar.

—No está bien lo que hicieron los militares, pero yo no comparto los métodos de mamá.

Los militares y los métodos, palabras como mojones que marcaban el lugar seguro por el cual moverse. Había aprendido el guión de niño y los términos habían permanecido inalterables. Métodos en plural, métodos para qué, quiénes son todos y quién es mé. Mi hermano es un hombre grandote y macizo que musita un “yo también” cuando le digo que lo quiero. Usa anteojos desde que estaba en la primaria, tiene una tendencia al sobrepeso que se convirtió en un problema cuando mamá ya no estuvo. Antes ni siquiera nos habíamos dado cuenta, tampoco de su miopía. Santiago escondía comida bajo la almohada, a mí me daba un odio cercano a la náusea cuando lo amenazaban con poner un candado a la heladera. Al poco tiempo del secuestro tuvo una fractura expuesta que lo dejó en la cama casi un mes. Yo lo oía llorar desde mi cuarto y no iba a sentarme a su lado, el cuarto de los varones se había convertido en territorio extranjero y mi papá me tenía prohibido hablar con ellos de “lo de mamá”, era una recomendación médica; si no me preguntaban, no tenía que decir una palabra, podría hacerles mal. Y así crecimos, atrincherados en huecos diferentes ellos y yo, rodeados de los pocos o muchos pertrechos que habíamos salvado del naufragio en tierra seca; nada que pudiéramos compartir.

Una sola vez tengo conciencia de haber quebrado el límite. Yo esperaba que alguien contestara el teléfono sentada en el piso de ese hall distribuidor al que daban los dormitorios del primer piso. Esa era la casa de Flores, la de mi mamá, mi papá se había ido un día de ahí; el anterior, de madrugada, había escuchado pelear a mis padres por primera vez, sus gritos me despertaron y pude ver a mamá cruzar el hall en bombacha, asomando impúdica la línea entre sus glúteos, sobándose los mocos y las lágrimas con el antebrazo. Ella se dio cuenta de que estaba despierta y

corrió hasta mi cama mientras se escuchaba de fondo la descarga del tanque de agua. No me dijo una sola palabra, solamente me arropó y me dio un beso. Me dormí sin saber que desde la mañana siguiente mi papá empezaría a ser un extranjero en esa geografía familiar. Pero ahora que ella ya no estaba, papá había vuelto a instalarse en la casa con nosotros y su nueva esposa, había alfombrado los pisos, cambiado los empapelados, hasta las tapas de la luz eran nuevas, elegantes, importadas. El olor del pegamento sintético que había enmascarado cualquier rastro de vidas pasadas todavía quemaba en la nariz. Había arrasado con el perfume de jazmines, orines de gato y bolitas de paraísos explotadas entre los dedos que con los ojos cerrados me hubiera llevado a mi puerta. Yo también era la misma y era otra, los hombros cada vez más vueltos hacia delante, el pecho hundido, el pelo quemado después de nueve horas de peluquería a las que me había sometido la esposa de mi papá con la ilusión de un planchado permanente que duró dos días, la espalda apoyada en la baranda de madera de la escalera y ese tubo negro de baquelita que traía sonidos pero ninguna voz humana que pasara los deberes porque en la escuela nunca llegaba a anotarlos. Los chicos estaban en el cuarto de Santiago que alguna vez había sido mío. No sé qué había pasado antes, a lo mejor habían retado a alguno de ellos, seguramente a Andrés que era ruludo y rebelde, capaz de contestar con rabia lo mismo que al resto nos paralizaba de miedo. Los escuchaba cuchichear sin prestar atención hasta que una frase me hizo ponerme de pie:

—Todo era mucho mejor cuando estaba mamá.

Cuando entré estaban los tres abrazados, los dos más chicos eran un bulto bajo los brazos del mayor que los cubría a pesar de su pierna inmóvil. Nada de lo que yo creía que me había pasado a mí me dolió tanto como esa escena.

Les mentí. Les dije que estaba segura de que iba a volver, que no se preocuparan.

La escena termina ahí, no tiene continuidad, no sé si me uní al abrazo, si me quedé al margen, por qué no compartí mi incertidumbre, en qué momento me había convertido en adulta cuando ni siquiera tenía la menstruación. En mi memoria Santiago está en la cama, Andrés vestido con un mameluco de esos que tenían como marca la carita de un nene, Juan velaba sus ojos con sus inmensas pestañas infantiles. Y yo no tengo lugar. Ellos no se acuerdan de esa escena, no entiendo por qué si para mí es tan inolvidable. La sutura con la que cosimos la herida que se abrió entre nosotros siempre deja el surco expuesto, es como una dentellada de perro, hay que dejarla supurar hasta que seque y una cicatriz desprolija quede en su lugar. Todavía estamos en eso. Todavía se humedece el lecho por el que circularon los humores de otros, los conflictos que hicimos nuestros porque el mandato era tomar partido, como si todo el tiempo nos estuvieran preguntando: ¿A quién querés más, a mamá o a papá?

—A mí no se me tendría que haber caído un arma en la cabeza cuando tenía ocho años. ¿A vos te parece que eso está bien?

—¡Si se te hubiera caído un arma en la cabeza te la hubiera partido! ¿Te la partió? ¿Era de mamá? Porque, según vos, no te acordás de nada porque eras muy chico...

Estamos borrachos, cuando tenemos esas conversaciones estamos borrachos. O mareados por lo no dicho. Explotan como pústulas y nosotros las tratamos escarbando hasta que sangra con el pedazo de vidrio roto que nos quedó a cada uno.

Yo quedé prendada de esa bóveda de luz sobre la línea de tiempo que dejó la ausencia de mi madre, volviendo a los hechos, las palabras, los

gestos, los silencios de entonces para siempre iluminados por la violenta siega de su cuerpo. Una cruzada solitaria llevando la voz de ella, la voz de ella en mi memoria como estandarte.

Santiago entendió mejor a nuestro padre. Lo sostuvo amorosamente hasta que murió habiendo vivido el doble de tiempo que mamá, ahí cuando la muerte adquiere su cara más banal, lo que nos sucede a todos; más allá del dolor que cause, un asunto demográfico.

Mamá apenas tuvo tiempo de curarse del desgarró en su autoestima que le causó que mi viejo tuviera una amante mientras ella estaba embarazada de Juan y que unos meses después la dejara para irse a vivir con la otra. Papá se pasó la vida diciendo que ella lo había abandonado por la militancia y por eso se refugió en otros brazos y que no tuvo sexo con su segunda esposa hasta que no estuvo separado. En un juicio justo mi papá hubiera perdido en relación con el asunto del sexo, había suficientes testigos en su contra para esa diferencia trivial sobre la hora de irse a la cama. A quién le importaba eso más que a él.

—Al final los vamos a terminar enterrando a los dos casi al mismo tiempo —dije en voz alta después de pasar las once páginas de la pericia en silencio. Nadie me preguntó quién era el otro y no tuve que compartir el alivio de que mi padre ya no pudiera meterse en el epitafio de mi vieja.

—Igual, todavía falta para eso; hay un coxal que podría ser de tu mami —dijo Patricia con la naturalidad de quien maneja cadáveres y el amor de quien sabe que esos cadáveres tienen nombre.

—¿Tenemos que esperar el coxal?

—No, no, sobre todo la resolución judicial para que puedan disponer de los restos. Después vemos qué querés hacer.

El coxal es un hueso muy plano, no suele servir para extraer ADN de buena calidad, no sé por qué me habló Patricia de las caderas de mamá, de su zigzagueante cadera. Supongo que la buena voluntad o la pena de tener que descartar el hueso que acaricia a los hijos en el canal de parto. Pero no volvimos a hablar del tema y el coxal no se sumó al inventario de lo identificado: cinco piezas óseas, dos más asignadas morfológicamente. Eso era todo.

Cuatro huesos y una calavera con su maxilar inferior encastrado.

La cuenta la hice después, en ese momento no podía contarlos y si lo hacía agregaba algo, unas clavículas para bocetar la espalda, tibias y peronés para darles movilidad a sus piernas de gacela; yo tengo las mismas piernas, siempre me lo dijeron. Naná también. Largas, bien torneadas, ideales para la minifalda. Subimos de peso, bajamos de peso, envejezco —soy la jefa de mi manada—; siempre nos quedan las piernas. A los 47 todavía puedo disfrazarme de Tina Turner y reconocen el personaje por las piernas. Yo creía que las de mamá estaban enteras, pero no. Faltaban los peronés y un fémur, mucho después me di cuenta de que, como la mandíbula, el otro también fue asignado morfológicamente.

No estaba para contar huesos.

Todavía no, sólo reconocía que eran pocos, que con esos palos no podía inventar un abrazo, no sabría de su altura, no tendría dónde enredar mi pelo; tal vez tironear de su radio, aunque me falten las manos, como tironeaba cuando la quería arrastrar hacia mí, dale, ma, vení; pero no, nada iba a oponer resistencia del otro lado, no tenía sentido. Ni siquiera podría acariciar sus heridas, las balas que la desarticularon deben haber impactado en las partes blandas, el corazón, los pulmones; la caja que los guardaba está irremediablemente perdida, decenas de costillas entreveradas, listas para hacer una escalera, cortita, de juguete, para que

nadie baje del cielo, todas las piezas de este mecano sueltas, perdidas; no se puede andar sacando ADN de cada mínimo hueso. Y para qué.

Para qué si esos pocos huesos abrían un lugar entre nosotros, los vivos.

—Algunos detalles pueden cambiar, pero pueden pasar mil años y esa va a seguir siendo tu mamá.

El ADN, de eso hablaba Maco. Una macromolécula que forma parte de todas las células y es responsable de la herencia genética. Dos cadenas de desoxirribonucleicos unidas entre sí por puentes de hidrógeno que sostienen juntas a la Adenina con la Timina y a la Citosina con la Guanina. Aníbal Troilo y Carlos Gardel, según la regla nemotécnica de los estudiantes. Esa cadena que se va enroscando como una hélice, dos metros de ella en cada microscópica célula; he ahí una de las hebras de la cuerda que nos ataba: ...“la probabilidad de que la muestra 210718 pertenezca a la madre biológica de Marta Graciela Dillon, de Juan José Dillon y de Andrés Ignacio Dillon, y a su vez hermana completa de María Graciela Angélica Taboada es de 99,999999994%”.

—¿Y ese cuatro al final?

Maco expuso las palmas de sus manos y las volvió a unir en un golpe que me pareció afectuoso. Era una pregunta ridícula y yo lo sabía. Con lo largo que es, él había permanecido parado, de a ratos se apoyaba sobre un escritorio para dejar suelta una pierna que se movía en péndulo. La luz blanca del día llegaba por una ventana alta, debajo estaba Patricia, sentada, ofreciendo su medio perfil con una sonrisa apretada, a la espera, como si supiera que cada palabra dicha en esa mañana era como una piedra tirada al abismo, el sonido de la caída tardaría mucho en volver. He visto ese gesto otras veces, subraya lo que duele y a la vez alivia, se conduce pero está preparado para abrirse a lo que vendrá. Un gesto de pasaje.

Albertina caminaba de un lado para el otro, como suele hacerlo cuando piensa, cuando habla por teléfono, cuando alguna conversación narcótica

nos hunde en el barro de nuestras experiencias de la infancia. Yo ni la veía. Me había ido derramando por la silla hasta quedar sobre ella como un plano inclinado, los brazos bien cruzados sobre el pecho, todas mis arrugas expuestas en la contracción de la cara. Nosotras dos habíamos logrado llenar la habitación de humo.

—Dicen las chicas, Raquel y Josefina, que se dejen de joder y repartan los esqueletos que tienen ahí guardados. Si no encuentran coincidencias, ellas les van a dar los honores lo mismo. Todas tienen derecho a su cajita feliz.

Pasé el mensaje para que la cara no se me agrietara como un papiro de tanto fruncir el gesto. Funcionó y nos reímos. Las carcajadas sirvieron para renovar el té, el mate y el café. Para reacomodarnos todos como en el juego de la silla. Un recreo regalado por quienes se preparaban para enterrar a una madre, una de la familia, aunque no fuera la suya.

Todavía ahora Josefina declara que quiere los huesos. “Aunque sea unos huesos de pollo” suele decir y de tanto decirlo lo terminó escribiendo en una nota y supo del horror que podía generar su deseo desbocado, su irreverencia, la distancia que hay entre nuestra complicidad de Hijas y el resto del mundo. Josefina iba a estar conmigo cuando me animara a ver lo que me había tocado en ese reparto tanático. Tan poquitas cosas que habría más restos después de una cena de pollo. Pero no era, no es el recuento lo que parte la vida en dos y pone a la muerte en su lugar. Es la certeza. La certeza envolviendo ese fémur; envolviendo y devolviendo, una capa tras otra de nervios, sangre, carne, grasa, dermis y epidermis, los pelos, las medias de nylon, la pollera a cuadros de lana y mi cabeza sobre ella quedándome dormida en un viaje en auto, de noche, desde Montevideo, Uruguay, hasta Buenos Aires, después de haber cruzado dos veces la frontera para poner a salvo a una amiga. Se trataba de Ella. Los retazos que habían quedado de ella, fijos, nítidos; aquí no hay anécdotas, no hay

versiones, si era buena, si estaba loca, si había dejado todo por una quimera, una calentura o una pasión arrebatada y convencida. Ella. Su corona en el lugar de su diente de adelante, el incisivo, que la hacía morder manzanas de costado.

Su cráneo, que todavía no había acariciado. No sé si lo habré hecho de niña porque son las madres las que soban las cabezas de sus hijas, escrutan suavemente en la mollera hasta que se cierra, la apoyan en una sola mano mientras pueden, la despeinan más tarde en un mimo, la peinan después para cumplir con su deber de madres. De niña su cabeza me quedaba alta y hasta el cuello se forzaba para verla.

Durante un largo tiempo, antes de que nuestras rutinas se desorganizaran, yo me paraba en el baño cada noche al lado de mamá, muy derecha, sacando de una bolsa de tela abierta al medio como una vulva una cantidad indeterminada de pinzas de metal que le iba pasando de a una para que se pudiera sujetar el pelo al cráneo, bien estirado, bien pegado, estático como un casco. Y como una corona sobre su noble cabeza un rulo gigante envuelto con el pelo que había quedado dentro de los límites de un cuadrado perfecto que diseñaba con el peine sobre el cuero cabelludo. Ese rulo puesto al final de la ceremonia de la toca era la mayor de mis intrigas ¿cómo podía servir para dejar el pelo lacio si los rulos, por definición, sirven para enrular? Mi abuela los usaba para eso, de otro tamaño, es cierto. Y se ponía de a muchos, por toda la cabeza. Sacarlos era un acto para el que también solía ser convocada, yo era la depositaria de las pinzas. Pero no se parecía en nada a la rutina de la toca. El pelo de mi abuela era finito y corto, la complicada arquitectura capilar que quedaba una vez quitados los andamios parecía una sucesión de garras prendidas a la cabeza y el spray con que se las fijaba me hacía arder los ojos. En cambio con mamá, era la elegida. La que veía los hilos con los que se sostenía la apariencia cotidiana, ella se hacía la toca y me

preguntaba pavadas de la escuela y yo sentía que estábamos unidas por algún secreto de Estado, cosas de mujeres, cosas nuestras que los tres varones que me siguieron nunca iban a poder compartir. Y seguí sintiéndome privilegiada cuando me hizo la toca a mí por primera vez y los temas entre nosotras se habían vuelto tan trascendentes que yo había quedado inhabilitada para llorar cuando el peine se enredaba entre mis rulos y sólo arrancándolos volvía a deslizarse. Ella tenía ansiedad por decírmelo todo, quería que entendiera del amor, de la muerte y de la revolución; y yo creía que entendía.

“En foja 146 de la causa Nro. 24952 del Juzgado en lo Penal Nro. 3 del Departamento Judicial de San Martín caratulada ‘Dattolli, Héctor s/denuncia’ consta la pericia odontológica realizada en el cráneo rotulado como D-301-84 proveniente de la Bolsa 12. Este cráneo coincide por la investigación documental y características morfológicas con el cráneo SM-14-28-B12-58 y que fuese identificado como MARTA ANGÉLICA TABOADA había recibido un tratamiento (corona) en el incisivo central superior derecho producto de una fractura sufrida en dicha pieza dental. Si bien esta pieza se encuentra actualmente ausente post mórtem sí se encontraba al momento de realizarse los estudios odontológicos en la Asesoría Pericial durante enero de 1985. A continuación se aporta fotografía del análisis pericial aludido y una vista comparativa del cráneo D-301-84 BOLSA 12 y el cráneo rotulado por el EAAF como SM-14-28-B12-58 con el fin de avalar la coincidencia morfológica entre los mismos.”

La “vista comparativa” estaba frente a mí, entre los papeles que habían puesto en mis manos. Eran dos fotos cenitales del maxilar superior de mi

madre tomadas con veintidós años de diferencia. No les podía sacar los ojos de encima. No decidía si lo que estaba observando en esas imágenes era la inexorable trituradora del tiempo o la persistencia que le había robado un rastro concreto a su filo. La humanidad de la primera foto era pasmosa, la sombra de un cráneo bien conservado detrás de los dientes y muelas podía hasta regalar el gesto de quien se entrega al dentista; el color del paladar parecía rosado todavía, las piezas blancas y sus emplomaduras traían el remedo de una mordida. La segunda retrataba una pieza suelta sobre un fondo celeste demasiado artificial, seca la arcada de la boca, carcomidos los bordes que sostenían su dentadura ya raleada. Me lastimaba la dignidad de ese cráneo expuesto a la luz y robado otra vez de la caricia que hubiera merecido. ¿Qué hubiera pasado si la hubiéramos encontrado entonces, en 1985? ¿Me hubiera consolado? ¿Hubiera arropado ese cadáver la soledad que sentía? ¿Hubiera devenido yo otra clase de mujer? ¿Para qué estoy intentando escribir en el agua? Si la sacaron del pozo, la midieron, la catalogaron y la volvieron a arrojar a su tumba sin nombre. Mamá fue enterrada dos veces en el Cementerio Municipal de San Martín y dos veces desenterrada, la última exhumación era la que la había devuelto aunque ya no la habían sacado a ella de la boca abierta en la tierra sino a las Bolsas 12, 13 y 14; en cada una había partes de ella. Sus restos se habían mezclado con los de sus compañeros en el paredón de fusilamiento. Cuatro mujeres y dos hombres, todos llegados a su hora desde distintos lugares de cautiverio, todos caídos bajo una lluvia de balas reunidas en una bolsa dentro de otra bolsa de huesos, el mismo día, a la misma hora, en la misma esquina. Y después, doce días después, doce días de nada pasados en el hospital Ramón Carrillo, acumulándose con otros que se recogían en esquinas determinadas de Ciudadela, puestos todos en la sepultura 52, tablón lateral, sección 14. Entre el 30 de enero y el 3 de febrero de 1977 hubo cinco enfrentamientos fraguados en un radio no

mayor de treinta cuerdas, en cinco días 26 personas buscadas hacía meses por quienes las amaban fueron elegidas con una lógica inexpugnable, reunidas en grupos eclécticos sin nada en común más que haber estado cautivas aunque ni siquiera en el mismo lugar, asesinadas y reinsertadas sin nombre en las cuentas del Estado: ahí están las partidas de defunción, las licencias de inhumación, el parte a una cochería para llevarlos a su sepultura en un féretro barato, rudimentario, una cuestión de forma; no tendrían nombre, pero sí cajón. De ahí los sacaron a todos en 1984, determinaron sexo de cada uno, anotaron unas pocas señas particulares, los embolsaron, los llevaron a La Plata para una identificación infructuosa y en 1986, cuando yo cumplía 20 e iba de casa en casa con un llanto interminable que ni siquiera podía explicar, los volvieron a embolsar, ya sin distinguir un hueso de otro, despojados incluso de su carácter de individuos, los volvieron a depositar en la misma sepultura, el mismo lateral, la misma sección.

Hay una palmera centenaria en ese rincón del cementerio de San Martín, una que da frutos naranjas y una sombra en la que acechan las arañas. Toda la pared del tablón lateral está plagada de jaulas diminutas, encierro de jilgueros y cardenales que cantan desafiando el cautiverio cuando la luz del sol está más cerca de teñirse de sangre y suaviza el borde de las cosas. Que todavía cantan me lo juró el hombre que los cuida, sentado frente a su mate en una casilla destartada, rodeado de las cosas rotas de los muertos abandonados: lápidas, cruces, floreros de cemento, flores de plástico, chapas de bronce gastado. El hombre está ahí desde 1977, es el único que está ahí desde esa fecha, se me acercó para saber si podía ayudarme a encontrar a alguien, no dijo una tumba, dijo a alguien, porque los muertos bien enterrados, por más muertos que estén son alguien, pero yo ya no buscaba a nadie. La tierra que la había abrigado en todo caso, una respuesta más a una pregunta más, un rodeo mientras avanzo por este texto

como si reptara entre las líneas temerosa de alguna vez poner un punto. El hombre sabía de los jóvenes quebrados bajo las balas que llegaban en grupos así como los mataban, pero dice que lo echaban de ahí cuando los inhumaban, cuando finalmente creían que los hacían humo, nada, lo que no está en ninguna parte.

—¿Vos decís que es verdad que la mataron ahí o solamente los tiraron? —le pregunté a Maco frente a la evidencia abrumadora de cuánta gente había participado, había visto, había anotado esas muertes anónimas.

—No tiene mucho sentido pensar que los mataron en otro lado y los fueron a tirar ahí. ¿Para qué? Les hubiera costado más trasladarlos muertos. Los represores terminaban su trabajo en la esquina y después empezaba a trabajar la burocracia.

—¿Y este doctor Cópola que firma las partidas? ¿Quién es, hablaron con él?

—No.

—¿Y el testigo?

—Debe ser inventado, pero se puede mirar en los padrones; o en la guía.

—Mi mamá tenía ojos celestes.

—No te tenés que guiar por lo que dice la partida, ponían cualquier cosa en la descripción. Pero ese día encontraron esos cuerpos y los inhumaron en ese lugar. Eso no va a cambiar. Esa es tu mamá.

—¿Y los hijos de puta del cementerio? —terció Albertina entre Maco y yo.

“Todos, los que los levantaron, el que firmó las partidas... todos hijos de puta”, eso quería decir yo.

—Mirá, que hayan dejado ese registro burocrático es lo que nos ayudó a encontrarlos. Incluso en San Martín hubo un vicedirector del cementerio

que llevaba un registro propio de las inhumaciones NN. Podés ir a hablar con él si querés. Nos ayudaron mucho.

Fui a buscarlo, varios años después de aquella mañana de octubre de 2010 en Antropólogos. No hablé con él sino con otra empleada, Celia, una señora muy amable que me atendió mostrador de por medio en la mesa de entradas, ahí donde la gente va a pagar los impuestos por el pedazo de territorio que ocupan sus muertos. Saqué número, esperé mi turno, conocía su nombre cuando pregunté por ella pero no tenía claro qué quería que Celia me dijera a mí. Me volqué sobre el mostrador como si fuera a agarrarla del cuello después de los buenos días, necesitaba acortar la distancia antes de decir quién era, la hija de una persona que había sido enterrada allí como NN en 1977. No era tan difícil, pero tampoco me parecía una frase para enunciar a viva voz bajo ese tinglado de fibrocemento sostenido por vigas de metal que se iban hacia arriba montándose en triángulos, una falsa cúpula traslúcida amparando dos niveles de oficinas; una construcción tan de los 70, como una cuadra militar con un dedo apuntando al cielo. Y ahí estaba yo rodeada de señoras mayores maltratando sus vérices mientras esperaban de pie que las atendieran. Celia dio un paso para atrás y levantó una ceja como si dijera “ajá” después de mi presentación. Tenía un brazo enyesado. Esperaba que me hiciera pasar a cualquier lugar que tuviera puerta como para hablar a solas, pero no. Acá no había ningún secreto.

—¿Y qué necesitabas?

—Bueno... en realidad... no sé... ¿Podría ver los papeles, los registros?

—No, yo no te los puedo mostrar. Te tiene que autorizar el intendente. Si él te autoriza, ahí sí, te los muestro todos.

Traté de atraerla hablando bajo.

—¿Ustedes tenían un registro paralelo para los NN?

—Nooo, de ninguna manera. No teníamos otro registro porque no está permitido. Nosotros anotábamos, eso sí, la edad y dónde los ponían. Incluso cuando hubo que reducir porque faltaba lugar dejábamos los huesitos ahí, en un costadito para que no se pierdan. Siempre en el mismo lugar.

Lo dijo todo a viva voz. Cuando habló de reducir, sus manos hacían un gesto que dibujaba una cajita forzando su brazo inmóvil.

—¿Cómo sabían la edad?

—Porque traían su licencia de inhumación. Siempre es así. Se verifica el deceso, se comunica al Registro Civil y de ahí te mandan la licencia. Ves, así.

Me mostró una carpeta cualquiera de las que tenía apiladas detrás de sí.

—En este casillero está la edad. Bueno, justo este es un angelito, por eso dice quince minutos.

—¿Tienen que haber vivido aunque sea unos minutos para que los entierren?

—Desde los siete meses de embarazo ya necesitás la licencia. Antes no, es material biológico.

No podía decirle que yo tenía dos angelitos muertos e irremediabilmente perdidos, mis hermanas. Pero me dieron ganas.

—¿Usted se acuerda de cómo llegaban?, porque en el 77 trajeron grupos grandes, no sé, por ahí los traían en camiones.

—No, querida, yo estoy acá desde el 80. Yo y el subdirector somos los más antiguos. Pero ya te digo, acá siempre fue prolijo, con licencia, con cochería. Y te voy a decir una cosa, acá no se exhumó a nadie con pala mecánica, siempre con pala de punta y después con pincelito. —¿Me estaba retando esta mujer por algo que yo había escrito en 2010? Era poco probable, habían pasado más de tres años.

—¿Está segura? Porque si usted está recién desde el 80...

—Pero siguieron llegando, eh. Hasta el 83 siguieron llegando. Lo que pasa es que cuando vino ese Currais, un tipo muy desprolijo, levantó los primeros y después liberó la zona.

Carlos Currais era el juez que había ordenado las exhumaciones en 1984 por la denuncia de Héctor Dáttoli, intendente de Tres de Febrero en esos años. Todo el proceso de identificación había empezado con la causa “Dáttoli, H. s/denuncia”.

—¿Qué quiere decir que liberó la zona?

—Que la liberó, levantaron todo y muchos se cremaron o fueron al osario común; ya no los podíamos guardar. Era un tipo, Currais... muy... mal, cómo decirte.

—¿Cuántos NN cree que se enterraron acá, tiene idea?

—Muchos, querida.

—¿Pero puede calcular?

—Yo te diría entre 500 y 700. Fueron muchos, sí, pero ya te digo, se perdieron. Si le pedís autorización al intendente, te podría mostrar. No de Derechos Humanos, eh, del intendente.

—Bueno, gracias, voy a ver si lo llamo.

—En una de esas... Si querés, podés ir a ver el Panteón de la Memoria, es ahí, por ese pasillo que ves ahí, la tercera bóveda. Ahí hay dos que identificamos.

Tenía mi cuaderno en la cartera pero Celia no me dio tiempo a sacarlo, la conversación sucedió como en cascada y tomar nota podría haber actuado como un dique trabándolo todo. Pasé al lado del vicedirector sin presentarme, Celia me lo había señalado, ese pelado de camisa celeste que está fumando un cigarrillo. Pero para qué más. La verdad es que a la

mayoría de los papeles los tenía fotografiados de la causa Dáttoli. No me hubiera disgustado nada tocar el surco de tinta, imaginar en presente el momento de la anotación en que se cerraba el episodio: 1977, febrero, el calor apretando y el trámite apurado porque el olor de la muerte urge, hay que taparlo.

Pero siempre podía volver. Al fin y al cabo, está todo archivado.

Me acerqué al Panteón de la Memoria, se honraba la del “Negro” en dos placas. Con “Negros” y “Juan Carlos” podríamos hacer el panteón en un estadio, ese nombre y ese apodo pueblan las banderas con las fotos de los desaparecidos que los familiares hacen flamear en cada marcha. Lástima que de la mayoría sólo quedan las fotos y sus bigotes y sus sonrisas.

Después me di una vuelta por el sector 14 con sus jilgueros enjaulados. Caminaba hacia la puerta de salida por la vereda central, con sus baldosas rotas y su sombra de gomeros mientras entraba una diminuta procesión: un hombre con un cajoncito blanco en brazos, unas mujeres que lo seguían, una de ellas con un ramo de flores con su celofán y todo. Los seguí con disimulo. Por un momento se me ocurrió que no era lo que veía; de tanto asistir a entierros de desaparecidos con hijos cargando los huesos como se carga una cuna me pareció que tal vez, que podía ser, que había aparecido otro. Pero no, era un angelito. El hombre lo depositó contrito en su pozo y bajó la cabeza, el dolor y la sorpresa de ese acto final tan poco solemne dejaba al grupo desorientado, sin rituales suficientes. Los espiaba desde la tumba de una niña de seis a quien la familia había dejado mensajes año tras año, hasta los 15 que también le festejaron aunque ella lo hiciera con “Dios y los ángeles”. Toda una vida vivida después de la muerte y contra la muerte la familia complotada para que el tiempo siga pasando para ella, la nena que apenas aprendió a leer ya tiene edad para ir a bailar aunque las falanges de sus pies estuvieran perdiéndose entre la tierra como gemas blancas de calcio refulgente.

Me fui.

En el camino me di cuenta de que desde que le dimos sepultura a los huesos, ya no le hablo a mi mamá, no le pido que me ayude, que me proteja, que cuide a los míos. Ya no creo que va a haber fiesta en el cielo cuando alguien que ella quería deja de respirar. Tengo lo que tuve y eso siempre está vivo y cambiando aunque me ilusione por ponerle un punto.

A una mamá hecha santito que no está en ningún lado pero está en todos buscaba con los ojos por encima de mi cabeza esa mañana del octubre lluvioso de 2010, cuando me enteraba de los detalles de su último día. A ella le preguntaba sin mover la boca, sin emitir sonido, mamá, qué hago ahora, qué tengo que hacer.

Me habían dado las pericias, tiempo para que las leyera, había hecho preguntas, me había sentado en la computadora del EAAF para revisar los padrones, la guía telefónica y los mapas de Ciudadela.

No había encontrado ni al testigo, ni al médico que firmó las partidas de defunción, ni siquiera la esquina donde el documento decía que había muerto mi madre.

Antes de su último resuello le habían quebrado una pierna. La tibia derecha tenía una marca roja rodeada de un círculo en el pobre esquema de un esqueleto donde las partes halladas estaban pintadas de azul. No sé cuánto tiempo antes. Con los ojos cerrados vi la caja de un camión donde la tiraban como un desperdicio rígido que crujía sobre el metal. Sobre ella caían otros, pinochos despintados haciendo ruido a madera. Ridículo, era una herida perimórtem, lo decía el papel; pero era mejor que imaginarla vulnerable, rengueando al caminar hacia el final. Debe haber sido la metralla, lo mejor es que haya sido la metralla.

¿Dónde estaría esa tibia? ¿Estaban los pocos huesos listos en algún lado para presentarse en sociedad? Una presencia como un fantasma me amenazaba desde las puertas cerradas. Qué hago, mamá, ¿las abro de a una y juego a la búsqueda del tesoro?

Había entendido, a duras penas y repreguntando, una historia global: el 28 de enero de 1977 se había puesto una bomba en la comisaría de Ciudadela que mató a un comisario, hirió a unos cuantos policías y también a un niño y su madre que de casualidad estaban allí. La bomba fue una acción de Montoneros, la represalia se organizó enseguida. El 30 de enero aparecieron los primeros cuerpos: cuatro masculinos, dos femeninos. El diario *La Opinión* da cuenta de una voz de alto, una fuga en un Dodge 1500, la persecución, el tiroteo y la muerte. Ningún herido de las fuerzas de seguridad, seis abatidos armados hasta los dientes que no habían disparado un solo tiro. Fue en una esquina que no existe: Falucho y Alsina, las dos calles de Ciudadela son paralelas.

A menos de veinte cuadras de allí, en Roca y Paso, aproximadamente a las 4 de la madrugada del 1 de febrero de 1977, “cinco extremistas, tres de ellos mujeres”, según la retórica del mismo diario, fueron abatidos después de un tiroteo. Una de ellas era Gladys Porcel. Del 2 de febrero no hay noticias en *La Opinión*, tal vez querían evitar ponerse reiterativos, sí en *El Sol*: cuatro mujeres, dos hombres en la esquina de Costa y Díaz Vélez a las 3.15; las muñecas bravas parecían estar sobrando en los campos de concentración. Ahí cayó mi vieja. El 3 de febrero, por alguna razón, ofrece más detalles para la ficción: además de la voz de alto y la persecución, un hombre y una mujer mueren al chocar el auto que conducían, no se dice contra qué ni tampoco se explica por qué en el otro auto, un Torino celeste, se acumulaban cuatro hombres y tres mujeres con armas largas igual que los malos conductores y con pésima puntería como todos los otros ya que los eliminaron en la esquina de Santamarina y

Chubut, a las 2.15, sin que logaran mellar un ápice la integridad de las fuerzas conjuntas que los perseguían. Hay más en la última nota de *La Opinión* referida a este hecho, un nombre: Diana Beatriz Wlichky de Martínez “se encontraba enrolada y formando parte de la banda de delincuentes subversivos autodenominada Montoneros”.

—¿Pusieron el nombre por error?

—Lo pusieron para que se enteren, es la prueba de la represalia. A Diana la tenían ellos, estaba viva.

La operación era evidente para Maco; el nombre, el apellido de soltera y el de casada: un dato central. Diana estaba viva en febrero de 1977, la última vez que la vieron en un centro clandestino fue tres meses después de que se había declarado su muerte civil. Que Montoneros se entere para qué había servido su bomba. Veintiséis contra uno, no iba a quedar ninguno.

El nombre de Diana no se impuso a ningún cuerpo, su mención fue sólo *pour la galerie*, para su marido a quien todavía no habían secuestrado, para lectores de diarios como Rodolfo Walsh que llamó a esta sucesión de homicidios “Masacre de Ciudadela” y los puso como prueba de la masacre más amplia que denunciaría en marzo en su famosa Carta a la Junta Militar, poco antes de que también lo asesinaran a él.

Mamá se recortaba de la zona gris de los sin nombre, su cuerpo había enviado mensajes cifrados en múltiples direcciones (menos en la mía, hasta ahora). ¿O fueron las balas las que transmitieron un código morse en el repiqueteo sobre la carne y el paredón? Ella, apenas el soporte del texto: ¿ven?, los hacemos mierda, de a montones, como queremos, cuando se nos canta el forro de las pelotas. Y los dejamos tirados ahí, si total tenemos los recolectores, los procesadores, los escribientes que meticulosamente eliminarán también sus últimos ritos.

No era un mensaje original, la economía de cuerpos disponibles para escribirlo daba números pingües en los inicios de 1977 a favor de los tiranos. Y la verdad es que lo que aullaba la canción del miedo no eran los cuerpos sino su falta y cada quien cumplía su parte para sostenerla sin demasiadas preguntas.

No, no había nada especial en el cuerpo de mi madre, salvo que era mi madre. Desde algún lugar de esa oficina donde estaba sentada desde hacía horas junto a Albertina y frente a Maco y a Patricia, frente a Celeste, la joven arqueóloga que había trabajado en el “caso” del cementerio de San Martín, las esquirlas de ese cuerpo irradiaban una sombra voraz como nubes que corren empujadas por la sudestada un instante antes de la tormenta. A quién pedirle ayuda si la aparecida estaba ahí, tan cerca. Qué hago, mamá, qué hago.

—¿Y ahora qué hacemos? ¿Ahora qué tenemos que hacer?

—Nada. O lo que vos quieras —contestó Maco como si supiera.

Nada estaba bien, nada era un buen plan.

No la quería ver. Tenía miedo de que se rompiera algún hechizo, llegar al encuentro sin estar lista; adelantarme.

El deseo tiene sus razones, la consumación sus riesgos.

Todavía no.

Verla sería como si me la quitaran: al momento siguiente volvería a su cajita de cartón marcada con fibra negra lejos de mí, lejos de los suyos, lejos de las palabras que le debíamos, la historia de su vida, la trama que esa vida tejió con otras.

No estaba lista.

No quería perder a mi santita de ojos azules y pelo al viento, ni la blandura del pecho en el que me refugiaba, ni sus dedos mojados de saliva para sacarme la tierra de la cara; con todo eso era con lo que hablaba, con

lo que venía hablando hacía tantos años. No estaba tan loca como para encomendarme después a un esqueleto desarticulado.

Con lo que tenía, por ahora, era suficiente.

Esa fecha: 2 de febrero de 1977.

Si me hubieran preguntado ese día, jamás hubiera dicho que mi mamá estaba muerta. Que se muriera tu mamá era una tragedia innombrable. A una compañera de la escuela, ese mismo año, se le había muerto la mamá. Me acuerdo de un jardín de invierno blanco como una pesadilla, de un montón de nenas de vincha azul que trepaban la escalera y bajaban por la baranda, de la mancha venenosa y de Sandra Fantuzzi, Adriana Corredera, Paula Cardoso, Fabiana Brunner, Virginia Innocenti; pero no me acuerdo del nombre de ella, la de la tragedia. Es su cumpleaños y se ríe, ¿cómo hace? El relato era un bisbiseo de un oído al otro: iban de viaje a la playa, se abrió la puerta del auto en la ruta, la mamá cayó.

Eso fue todo.

Un momento estaba, al siguiente ya no. ¿Se podía vivir y soplar las velitas después? Yo también estaba ahí, sudando el jumper gris como las otras, zampándome simples de miga, empezando a perder mis cualidades de líder porque la mancha venenosa era para mí una sustancia viscosa que tomaba la zona cada vez más extensa de lo que no podía decir. Pero la escrutaba a ella para saber cuál era su estrategia, en qué parte de su risa estaba incrustada la pérdida.

Marta Angélica Taboada, 1941-1977. No llegó a cumplir 36 porque la mataron en febrero, exactamente el 2 de febrero a las 3.15 de la madrugada y ella es de Leo, como yo y como mi hija, cumplía años el 5 de agosto; yo el 29 de julio; Naná, el 3 de agosto. Las tres nacimos en la misma semana. Mamá me parió a los 25, yo parí a los 21, Naná a los 19, pero su hija no nació bajo la constelación de Leo. Buena suerte para Jade, la taurina, tal vez a su generación no la alcance el hilo negro de los efectos

colaterales aunque ella sepa la historia y hable de los huesitos de la bisabuela Marta, “nosotros tenemos los huesitos de la abuela Marta”, dice y después se corrige: “Bah, de la bisa”.

Era miércoles el 2 de febrero. Día hábil, mitad de la semana. ¿Dónde estaría yo esa madrugada? Llorando todavía porque no me habían dejado ir al cine con mis amigos, con el chico que decía que era mi novio, Oscar, un morocho hijo de obreros que tocaba la guitarra para mí bajo la ventana del cuarto donde me tenían encerrada porque había osado caminar en un grupo en el que había varones desde la playa hasta la casa.

O insomne, dando vueltas en la cama, rezando un rosario detrás de otro, padrenuestros, avemarías y glorias, sin pausa, sin pensamiento, sólo deseando dormir o que alguien se despertara para ir al baño aunque sea y me diera pruebas de que no estaba sola en el mundo, que no habían muerto todos, alguien rascándose la cola en el camino al baño como hace una cuando cree que nadie la ve y el cuerpo se hurga a sus anchas, olvidado de los límites pudendos, seguro de que no hay por ahí ojos abiertos. Pero estaban los míos. Qué largas eran las noches de los primeros años, qué inútil el pasar de cuentas entre mis dedos, con qué voracidad leía lo poco que tenía a mi alcance: toda la colección del Séptimo Círculo, uno atrás de otro los policiales de Agatha Christie, *best sellers* que me prohibían pero robaba de todos modos, con preferencia por los que tenían escenas de sexo. José Mauro de Vasconcelos, a quien había quedado ligada por un regalo de mamá. Y *Oliver Twist*, en su ejemplar de tapas de cuero, una reliquia que no sabía de dónde había salido pero leí tantas veces como noches estuve en vela. Seguro que estaba despierta esa madrugada, no podría haber sido de otra manera porque yo entonces apenas dormía.

Una fecha, esa fecha. ¿Cómo podían estar tan seguros?

—Algunos tienen esqueletos enteros, pero no tienen la fecha —dijo alguien, creo que Patricia, y en ese momento me pareció una gran ventaja.

Aunque diera por tierra con lo que me habían dicho los espíritus sobre el tablero ouija que armábamos en Moreno, en mi casa, la casa quinta que había sido de mi mamá, entre ocho o diez hijas de desaparecidos, algún hijo también se colaría, pero éramos mujeres la mayoría reunidas ahí a finales de los 90, cuando apenas podíamos separarnos, convocando a los muertos que venían a decirnos que estaban todos juntos, que estaban, sobre todo, en algún lado. En esos vaivenes de la copa invertida, entre escalofríos y risas, sentadas en el quincho con la oscuridad rodeando nuestra mesa, animándonos por alardear de incredulidad y porque nadie se iría a dormir sola, ahí me dieron otra fecha que yo tuve por cierta aunque el ouija fuera un juego: 28 de diciembre; daba por hecho que el año era 1976, que la habían matado después de esa Navidad tristísima en un departamento de Barrio Norte al que no pertenecía, donde estaba traicionando el deseo de mi madre de que nunca, pero nunca, nunca, iba a ver a la esposa de mi papá. Me regalaron una guitarra, era lo que yo más quería porque ella me enseñaba a tocar la guitarra, *La Pomeña* era todo lo que había aprendido y era tan melancólica que apenas podía pasar del verso en que Eulogia Tapia en *La Poma* al aire da su ternura. Pero no, mamá había sobrevivido también al Año Nuevo y a todo un enero mío de vacaciones escolares e insomnio.

Tenía más de lo que había buscado: una fecha y una hora, una esquina para su muerte, aunque con el tiempo también eso me resultara insuficiente. Si no hubiera estado tan atornillada en esa oficina, tan clavado mi propio coxal sobre la silla, ya debería haber salido del edificio antiguo, de la sombra de los esqueletos, del barrio de Once y de todo lo que emergía de esa boca abierta en la tierra que fue una fosa común en el Cementerio Municipal de San Martín.

Corro sobre una calle de adoquines de la mano de mi hija. El suelo brilla de humedad, la noche es tan oscura que se ha tragado todo más allá de nuestros pies. Siento en la nuca el aliento de los perseguidores, el miedo es un grito que no puedo emitir. Tengo que salvarla a ella, la empujo y me detengo, me ofrezco con los brazos abiertos y los miro a la cara; soy como una manta raya que se expande y contiene a los malditos. Mi hija se libera, la sigo con un ojo girando rendida la cabeza hacia atrás, siento a la vez el abandono y el alivio. Me duele lo que me hacen, no voy a aguantar; me van a violar, ya lo sé y son tres. Les digo mi amor para que dejen de escarbarme en la espalda con una garra de bestia de rapiña que me hace crecer un huevo como una infección. Me lo toco y sé que no voy a aguantar. Esperá, mi amor, les digo. Se desorientan y recupero mis dos piernas, corro como el viento pero no se acaba, encuentro a Naná a pasos de la casa, no entró, me espera, por qué, hijita, por qué no te pusiste a salvo. No tenemos llaves y mi abuelo tarda un siglo en atravesar el zaguán con su poncho de alpaca sobre los hombros, entramos pero no se acaba, están ahí, veo el fulgor de las armas largas, son más y han roto la puerta, los miro a la cara cuando se relamen, el terror cuaja en un grito y me despierto.

En la vigilia escucho por qué, hijita, por qué no te pusiste a salvo.

Un soplo de aire caliente y después el golpe: tac. Si se despeinaban apenas los rulos sobre mi frente el rebote era violento, tac, tac, tac. Cuando creía que no volvería, golpeaba de nuevo. Tac. La cortina se encabritaba y la madera que no lograba darle peso se estrellaba sobre la pared y sobre mi conciencia, se metía en el sueño para vaciarlo, dejarlo que se escurriera sobre la cama improvisada y sin almohada, un charquito más entre el agua de mi transpiración. Tac, tac. A propósito, con saña, como un hachazo. Tac. El sol de Cuyo se filtraba entre los bastones de mimbre y caía sobre la cama como escupido por un millón de cerbatanas cada vez que el viento norte renovaba su impulso sólido, su masa de polvo entraba por la ventana, las minúsculas astillas de piedra lijada a lo largo del desierto del pie ardiente de los Andes liberadas en los haces de luz como agujas picando en la piel. Tac. El aire se aquietaba, el sonido de la madera se callaba, la cortina daba sombra, el intervalo terminaba tan caprichoso como había empezado: tac. Seguir durmiendo era una plegaria. Un repiqueteo brillante me acuciaba el párpado, no quería abrirlo y apenas podía moverme. Estaba adherida al colchón por el alcohol de la noche que pesaba en el lado izquierdo de mi cuerpo como arena dentro de un muñeco inflable. Quieta. Tenía que resistir inmóvil, que mi hijo no se despierte, que se junte todo eso que tenía suelto pero decantado antes del primer movimiento. El viento zonda es cruel en Mendoza y esa mañana en que me despertaba en la casa recién estrenada de mi hermano Juan se había ensañado. Furio dormía en la otra mitad del futón, a salvo del vaivén de los rayos, perlado lo mismo de transpiración. Si lograba reptar hasta el

baño y lavarme la cara tal vez consiguiera que la lucidez se abriera paso antes de las primeras tareas de madre. Me rendí y abrí los ojos, me calcé el corpiño de la bikini como único vestido; a la bombacha la tenía puesta desde el día anterior, no me la había sacado ni siquiera cuando el fresco de la noche en el desierto me había obligado a abrigarme ni cuando me fui sacando las capas de ropa, ya desmayada, mientras el fuego de la mañana empezaba a instalarse.

Salí del cuarto como si fuera una intrusa, me metí en el baño, con el agua fría en la cara el rumiar de siempre, por qué habré tomado tanto, porque tengo que pagarle a la noche con el día, cuántas pavadas dichas podría haberme ahorrado. Silencio. Si lograba limpiar las manchas de fernet que debían estar fermentando en la galería bajo el rayo del sol antes de que el resto se despertara, podría redimirnos a todos y la rueda comenzaría a girar otra vez hacia la noche.

Bajé las escaleras, desde el cuarto de mi sobrina Renata llegaba el murmullo de la tele prendida. Es la hija de Juan, tiene ocho años y unos ojos celestes iguales a los de su padre, iguales a los de nuestra madre. No la iba a saludar hasta que subiera con la leche. La voluntad para levantarme es mi gracia, de lo mejor que puedo ofrecer como madre.

Recogí vasos, saqué como líquenes las colillas que se habían apagado dentro, las moscas daban cuenta de la comida que no atinamos a guardar, el equipo de música se derretía al sol, apenas podía tocar las botellas vacías porque quemaban; las ruinas de la euforia olían mal. Retiré como capas geológicas restos de facturas, bebidas, picada, asado y postre que se habían fundido sobre la mesa; el tergopol del helado, un bocado de choripán con marca de dientes infantiles mordisqueado a medianoche, la cinta de rafia del paquete de la panadería comprado a la tarde, barquitos de papel de cigarrillos hechos cuando la charla se volvía introspectiva, las botellas que no dejaron de abrirse y vaciarse a lo largo de muchas horas;

todo eso daba testimonio de un día pasado con mis hermanos después de meses de no vernos.

Lavé, hice espuma, desperdicié agua de la manguera; trapo, esponja, escoba y sudor.

—Mami, ¿dónde estás?

—Acá, hijito.

Lista y con la bandeja del desayuno, la resaca alojada como una piedra roma en la base del cráneo, localizada. Furio y Renata estaban en la misma cama, la tele prendida, resistiendo al calor quietos como reptiles, bellísimos en la luz blanca de la mañana, con esas pestañas pesadas como abanicos que tienen los dos y esa melancolía tan familiar en la mirada aunque no compartan ni un solo tramo de las cadenas de ADN que estarían trabajando solapadamente bajo su piel, febrilmente, reproduciéndose en cada latido, empujándolos a crecer.

Un rato después los tres caíamos en la pileta como si fuéramos frutas disecadas que en el agua recuperan algo de una antigua lozanía. El medio líquido nos era tan propio como si tuviéramos branquias, aunque las yemas de los dedos se arrugaran como pasas, los ojos de Furio se pusieran rojos, el gusto del cloro empezara a carcomer ese límite indefinido entre la garganta y la base de la nariz. Nada de eso iba a hacer salir a los chicos que jugaban a bucear una piedrita que yo tiraba cuando ellos no veían. A ese juego, cuando lo jugábamos entre H.I.J.O.S., le decíamos el antropólogo forense.

Juan se levantó último y desayunó Coca-Cola con hielo en la galería que ya no estaba fresca pero al menos limpia, bajo las mismas sombrillas destartaladas donde nos habíamos sentado el día anterior junto con Andrés, el que precede a Juan; el del medio entre los varones. Logramos juntarnos después de cientos de planes fallidos, algunos tan ridículos para nuestras economías como recluirnos una semana entera para esquiar en

Chile con nuestras parejas e hijos o irnos de campamento a algún lugar neutral como las sierras de Córdoba o pasar la Navidad todos juntos en la playa.

Santiago vive en Pinamar, Andrés en Chile, Juan en Mendoza, yo en Buenos Aires. Casi nunca funciona, pero cuando conseguimos encontrarnos es como escalar una cuesta de euforia exudando adrenalina, dispuestos al placer, entregados al afecto; limpios *boy scouts* que llegan cantando al inicio de una expedición llena de sol y con la promesa de una medalla más para acomodar en el pecho. Llegamos rápido a la cumbre y entonces aparece ella, entre los adultos canosos y ajados que somos aparece ella, las versiones encontradas, los relatos repetidos y detrás, bailando detrás como un espectro, la inconmensurable nostalgia de su cuerpo abrazando los nuestros.

Esa nostalgia no se ahoga en alcohol, aunque lo intentamos. Se sana apenas en abrazos y yo soy la que más me aprovecho. Los abrazo, me recuesto sobre ellos, los tomo de la mano, del brazo, los toco; me niego a dejarlos boyar como fragmentos sueltos de la nave que fuimos en un mar de hielo que la aparecida empezó a derretir con fuerza.

Fui a sentarme con Juan dejando a los chicos en la pileta, era mi oportunidad para grabarlo y él accedió a hablarle a un micrófono en voz baja, como si las palabras se le fueran para adentro. El hielo se derretía en su vaso y daba lo mismo cuánto hacía que mi té estaba servido porque nunca iba a enfriarse del todo. Furio y Renata nos reclamaban cada tanto para que admiráramos sus proezas, ver cómo se tiraban de bomba o de palito, hacían un largo entero por debajo del agua. Esos gritos que llegaban amortiguados a la mesa donde nos achicharrábamos mi hermano y yo me hacían sentir agradecida, feliz de esa casa que Juan ponía a disposición. La

noche anterior, a la hora del asado, me invitó a que invitara a quien quisiera, no había límites para la mesa y llegaron sus amigos, los de Andrés y las mías, las que me quedaron de los pocos años que viví en Mendoza, a donde nos trasladamos en una especie de exilio interno que pretendía borrar los últimos rastros de los que habíamos sido. Yo tenía 15, Juan 8. A los 17 apenas paraba en casa, a los 18 me volví a Buenos Aires.

Después del asado bailamos, cuando quedábamos ya unas pocas mujeres —mis amigas y yo, su novia— y Juan, un hombre de la noche, dueño de bares, guapo y distante, más que bailar se mece apenas como un álamo mientras los ojos le sonríen de ver a las demás. Cada vez que estoy con él empiezo a llamar a mi hijo por su nombre; no puedo evitarlo. De entre mis hermanos es mi cómplice, al menos es lo que me gusta creerme.

—En la secundaria tuve que llenar un papel, puse que mamá estaba muerta pero no sabía la fecha, me la inventé, no sabía qué había pasado, dije 1975.

—1976 —dije y me mordí la lengua. Será posible que lo único que pueda hacer es corregir. ¿Dónde estaba yo mientras mi hermano intentaba llenar un formulario burocrático bajo el acoso de una profesora que insistía en que no podía ser que no supiera?

—Bueno, no sé. No sabía nada. En la primaria me inventaba que estaban separados, al menos tenía esa ilusión, que mamá estaba en otro lado. Creo que a los 20 te pregunté a vos por primera vez.

—¿Entre ustedes no hablaban? ¿Nunca le preguntaste a papá?

—Cuando volvimos a la casa de Flores, pregunté si ahí iba a estar mamá. Me dijo que no, que ahí, no. Y después, creo que Santiago alguna vez le preguntó algo pero mi impresión es que papá hablaba fuerte, como enojado, daba miedo escuchar eso.

Me acordaba de aquella pregunta a sus 20, de cómo acicateó mi rabia su desamparo. ¿Dónde mierda estaba yo? ¿Dónde mierda estaba?

No preguntó por mamá entonces, preguntó cómo había sido que fuimos a vivir con papá y con Colacha. Yo estaba aprendiendo a manejar a los 27 en lo que sería todo un acto de emancipación, corolario de una separación, metáfora de tomar el mando de mi vida que acababa de ser jaqueada por el diagnóstico de VIH positivo. Juan me llevó a sacar mi primer registro, me pasó como si me soplara el cinturón de seguridad disimuladamente para que me lo pusiera antes de arrancar con el tipo que me tomaba la prueba en el asiento del acompañante.

—Ese mismo año, después de que te pregunté a vos, vino Graciela y me contó un poco y no tanto. Me dio unos papeles y me dijo: “Tomá, esta es mi declaración de lo que pasó esa noche”.

¿Sabía la hermana de mi mamá que Juan le iba a preguntar? ¿Por qué tenía entre sus cosas, en unas vacaciones de invierno en la montaña, una declaración hecha en un juzgado en 1976? Yo la había leído en 1986 sentada sola en la plaza frente a los Tribunales de Buenos Aires. Creo que yo misma había pedido una copia en el archivo de ese expediente, si no, no sé por qué tenía el sol en la cara como única compañía. Puedo imaginar qué cortas se hicieron para mi hermano esas pocas páginas que tiene que haber leído como si las bebiera, tan solo como estaba yo, tal vez sentado en el auto con el sol cayendo detrás de la montaña al final del día compartido con la tía porque cuando se tienen tantos años de sed no se espera a llegar a casa para apagarla. Un poco y no tanto, eso era lo que contaban. Un poco de esa noche que empezó y terminó de día. No tanto de ella, de los zapatos que llevaba, de si lloraba o estaba erguida, si miró hacia atrás, si tenía frío, si sabía que lo próximo que abrazaríamos de ella era un guiñapo de su armadura. Un poco y no tanto le contaron a Juan esas líneas, a él que preguntaba por su propia vida, que preguntaba por ella. Y no qué hiciste vos cuando se la llevaron.

En esa pregunta que no formulamos fraguaron los años de silencio.

En los papeles que yo había retirado de Tribunales estaba también la declaración de mi papá. Quitando las cuestiones de forma quedaba poco menos de una carilla, la última frase me hizo llorar un largo rato: “Si hubiera sabido en qué andaba mi mujer le hubiera quitado los chicos antes”. No protestaba por lo que había pasado, no clamaba que ella no merecía que ametrallaran su casa y se la llevaran a un destino desconocido sin ninguna orden de por medio. Nos estaba protegiendo poniéndose del lado de los captores. Algo debe haber sonado dentro de él cuando pronunció esa oración, algo como un chasquido, un ruido de madera, un pie estrellándose contra los palos que se cortan para hacer el fuego.

Graciela y papá estuvieron esa noche, los llevaron a Moreno en el piso de un auto, los habían ido a buscar al estudio jurídico que compartían, la patota antes había asesinado a Kela, Ana María Matas, mi favorita, la que yo más amaba de entre las compañeras de mamá. La jornada iba a terminar con cuatro bajas para el FR17,² sumando a los tres que se llevaron de casa. Graciela y papá nos sacaron de ahí a los chicos cuando todo había terminado. De sus manos caminamos juntos y a medio vestir hacia la estación del Sarmiento aquella mañana de octubre de 1976. A nuestras espaldas quedaba una casa destrozada y las invitaciones para el cumpleaños de Andrés, las que habíamos dibujado en rectángulos de cartulina cortados por mamá, desperdigadas entre huellas de botas y vainas servidas.

¿Por qué habré tomado el tren en camisón si hacía meses que dormía con el pantalón de gimnasia y la remera de la escuela puestos? Desde que nos habíamos escondido en la quinta, mamá nos cargaba a todos cada mañana casi sin despertarnos para hacer la hora y media de trayecto entre Moreno y Buenos Aires, para que la clandestinidad que nos había llevado más allá del conurbano no nos quitara tantas horas de sueño. Me acuerdo de los amaneceres mirando desde abajo los aromos prolijamente

amputados por la poda, acostada en el asiento de adelante del auto de mamá, pensando en lo largo que se me haría el viaje. Y de despertarme mágicamente a diez cuadras de la escuela, cuando escuchaba de su boca el “Martita” que era santo y seña para que repartiera galletitas entre los chicos, me atara las crenchas como pudiera y controlara que todo el mundo tuviera los zapatos en su lugar.

—¡Mamá, Andrés pone el pie como empanada!

—Ayuden a su hermana, quieren —respondía ella a mi queja, a mis ganas de tirarles de los pelos, al pequeño tumulto que empezaba a armarse en el asiento de atrás y que veía de reojo por el espejo retrovisor sin intervenir. Nuestro ecosistema iba a equilibrarse siempre que ella siguiera conduciendo.

—No quería saber lo que le había pasado, para qué revivir esa parte. Los huesos no me trajeron alivio.

Yo tampoco podría usar esa palabra. Me trajeron un montón de preguntas, un dolor de muerte reciente, la sensación de haber sido tocada por una varita mágica, elegida para officiar una ceremonia de adiós a quien no estaba y nunca se había ido, elegida para poner sobre la mesa algo de sustancia sobre la que derramar el dolor colectivo, el mío, el de mis hermanos, el de mis hermanas. Alivio, no. Alivio sirve para el analgésico que pone a dormir el dolor de muelas, un dolor agudo, insoportable, que se calla un rato y trae alivio. Pero yo ya había aprendido a convivir con la presencia constante de la ausencia sin nombre cuando mamá se convirtió en una aparecida. Estaba más cerca de la rebelión por lo que me pedían alrededor —que suelte, que haga el duelo, que ponga un punto— que del alivio. Más cerca de acumular preguntas como una obsesa que de tomar el hallazgo como una respuesta.

—¿Se puede saber si la mataron de frente o de espaldas?

—Todo lo que dice la partida de defunción es “heridas de bala, paro cardíaco traumático”, lo que cualquiera se puede imaginar. Pero en los huesos que quedan no hay rastros de heridas, salvo por la quebradura de una pierna.

Juan asintió, prendió un cigarrillo, le pidió a los chicos que no corrieran por el borde de la pileta.

Me guardé el único otro dato que tenía y que había sacado de la imagen fotográfica de la causa que se abrió para hacer la primera exhumación apenas empezada la democracia. Un día cálido de 1984 porque toda la diligencia termina con luz de día a las siete de la tarde, ante su señoría doctor Carlos Currais, la secretaria de su juzgado, Laura Pascale, y el agente fiscal Gustavo Olivera, más los testigos y médicos legistas que firman al pie de la foja 346, en la “sepultura 52, sección 14, tablón lateral, que en la quinta sepultura comenzando a contar de izquierda a derecha desde el paredón que separa al osario general, que queda al fondo del cementerio, se procede a excavar. En la quinta tumba. Se empieza a excavar. Se exhuman los restos óseos correspondientes a tres N/N masculinos, cinco femeninos, encontrándose particularmente los siguientes detalles: un cráneo que presenta en la arcada maxilar superior una prótesis dentaria metálica con restos de acrílico a un centímetro por fuera del orificio occipital y a dos centímetros por detrás de la articulación temporomaxilar izquierda se observa orificio anómalo irregular, de tres por seis milímetros, con forma de ocho arábigo”. Tipear a la intemperie lo que dictaban los legistas mientras la tierra revuelta escupía su secreto y los cráneos se acomodaban de a uno, prolijamente como en un estante sobre el borde de cemento de la tumba de al lado tal como lo exhibe la fotografía 18 adjunta en el legajo, podía eximir a la secretaria de los puntos y las comas y otras cuestiones de forma de la redacción. No hay ni

siquiera tiempo para parpadear entre la constatación de que ese es el cráneo de mi madre delatado por la prótesis que reemplazaba su diente de adelante y la descripción del orificio con forma de ocho arábigo. ¿Por qué ese agujero como un signo de infinito no había entrado en ninguna de las pericias que me entregaron en Antropólogos? ¿Acaso no decía nada, no había nada que leer ahí, nada que escuchar del lenguaje de los huesos? Antes de viajar a Mendoza y después de leer la causa una docena de veces, de comparar los números de las bolsas donde fueron depositados los restos óseos “sin distinguir cuerpos dado que es imposible su discriminación a simple vista” junto con “pelos y objetos correspondientes a prendas de vestir diversas” con la nomenclatura con que designó ese conjunto desordenado el EAAF cuando volvió a rescatarlos en 2006, le escribí a un amigo, periodista de policiales y acostumbrado a leer pericias, la descripción del cráneo de mamá.

—Es un tiro en la nuca —me dijo.

—¿Y por qué esa forma de “ocho arábigo”?

—Por la trayectoria de la bala, debe haber sido una 9 milímetros que es potente y a corta distancia puede hacer menos daño que una 22. Por eso los sicarios suelen elegir la 22, pero estos eran represores.

—¿Más brutos?

—Digamos que tenían menos que perder.

Tiempo para pasar en la calle observando su obra, impunidad total, ningún riesgo de encontrar resistencia. Mucho menos que perder.

Nada de esto compartí con mi hermano. Podía ser un exceso de maternalismo o la certeza de que un dato lábil es menos que un dato. Lo de mi amigo eran deducciones incompletas, no podía saber si ese orificio era de entrada o de salida, no había perdigón asociado, aunque yo me representé enseguida su pelo desgredado tapándole la cara, la boca vuelta hacia el piso, un tiro de gracia disparado sin cuidado. Nada de eso traía

alivio, tampoco servía para darle a Juan algo más que lo que su memoria guardaba de mamá:

—Es algo como un flash, lo que siempre le cuento a las psicólogas cuando empiezo, nos estamos bañando los dos en la casa de Condarco y ella está con ropa interior negra.

Le saqué el grabador. Me hubiera gustado decirle que no es un flash sino un recuerdo concreto, que seguro se bañaban juntos, que ella tenía ropa interior negra. No me sale. Cuando trato de contarle quién era mamá, lo que averigüé de ella, lo que fui preguntando, las puertas de la memoria que se fueron abriendo, me siento pobre de palabras. Y aunque tuviera muchas, lo que él sabe está en su cuerpo. Su cuerpo sabe cómo encajaba con el de ella cuando lo cargaba sobre la cadera, sabe seguro de su olor cuando ella manejaba y él iba paradito en el asiento de atrás tan cerca de su cabeza que apoyaban mejilla contra mejilla, sabe de cuando dormían abrazados, cuando ella manoteaba en la mesa de luz las galletitas favoritas que Juan reclamaba con el primer atisbo de conciencia matutina.

Renata vino a sentarse encima de mi hermano. Es alta para su edad pero su cabeza se acomoda perfectamente en el hombro de su papá; está empapada, él da un respingo por el contraste brutal de esa temperatura con la que exuda su piel, las gotas que caen de ella lo bañaron a él. Furio también se acercó para tironear de mi brazo, las pestañas convertidas en una sucesión de triángulos y el blanco del ojo tan rojo que no sabía si tenía que preocuparme. Me acordé de mí a su edad en la pileta, de las yemas de los pies laceradas por el cemento del fondo, la voz de los adultos refugiados bajo la sombra haciendo tintinear el hielo en sus vasos pidiéndonos que saliéramos de una vez a la bandada de niños y niñas que jugábamos en el agua, mucho antes de que el terror los obligara a silenciar algunos de sus nombres, cuando todavía les importaba salir del departamento hacia la casa propia, tener tantos hijos como para poblar un

futuro que atisbaban. Y fui a dejarme caer con él en la pileta, arrastrando con nosotros a mi hermano y mi sobrina.

2 Frente Revolucionario 17 de Octubre.

A mi tía Graciela le decían Negra, a mi tío Félix, el menor de los tres, Negro. Ella, la mayor, era La Romántica. De niña estuvo a punto de morir por una escarlatina. Aislada durante cuarenta días en una habitación a donde sólo entraba su madre para lavarse las manos apenas salía, se dedicó a la lectura, la poesía, la pintura. La muerte la rodeaba como una aureola, su alma descarnada tenía que cultivarse. Las sábanas tragándose sus humores y ella dibujando angelitos en bastidores clavados por mi abuelo que apenas la vio en todo ese tiempo.

Por eso le decían La Romántica, el romance siempre está un poco más allá de la vida.

—¿Podés cambiar esa cara? Te recuerdo que yo también me estoy casando. Podrías transmitir un poco de alegría para mí, al menos.

Me levanté del sillón donde había estado hundida todo el día y me encerré en mi escritorio. No tenía nada que ofrecerle a Albertina. Hasta ese momento había asistido a los preparativos de la boda guardando para mí un secreto salvaje, como si me hubiera echado un polvo en el baño con un desconocido mientras a mi alrededor se contaban los canapés para los invitados; los huesos de mamá eran como la promesa de una vida paralela a la cotidiana, algo solamente mío que me dejaba mirar alrededor relamiéndome. Si eso había sucedido, cuántas otras sorpresas podían esperarme.

Pero a veces esa escapada se tornaba grave, como si me fuera a casar embarazada de otro. Estaba parada en arenas movedizas, no era capaz de bailar sobre la muerte sin temor de que me tragara. Lo único solamente mío era una tristeza oscura y silenciosa, yo habitaba profundidades oceánicas mientras en la superficie se preparaba una fiesta que había deseado, perseguido como a un acto de justicia. Era tan eufórica la invitación que habíamos enviado, tan esperado el trámite administrativo que me iba a convertir, de una manera o de otra, en la madre legal de mi hijo menor que este duelo que despertaba como recién nacido a una emotividad insoportable parecía el intruso que se niega a callar para siempre y plantea su objeción en medio de la ceremonia.

No sé por qué habíamos decidido que la fecha fuera octubre, si porque encajaba entre viajes programados, porque la primavera aturde en ese mes,

o porque empiezan a florecer las gardenias y su olor para mí es el perfume del amor. Tenía que ser ese mismo año en que se convirtió en ley la chance de que cualquier pareja pudiera casarse, teníamos que potenciar el efecto político de ese traspie burgués de firmar una libreta roja que da consejos de crianza y obliga a la fidelidad; yo era la que más había insistido maquillando con militancia igualitaria eso inconfesable que yo pretendía: que Albertina me jure amor eterno, que lo jure delante de todos, que me haga creer el cuento de las perdices y que vivamos felices por siempre jamás. Me enfurruñaba que ella no se dejara llevar por la misma ilusión infantil, a quién le importaba que todas esas fueran patrañas impuestas por cinco mil años de patriarcado si en alguna parte de mí todavía latía de ansiedad esa nena aferrada a la ventana esperando escuchar en la vereda el toc toc de las plataformas de su madre. Alguien tenía que recoger el guante de esa devoción, ese corazón romántico y paciente que cada noche había tejido su fantasía aunque el día tomara la madeja y la desbaratara sobre el campo de espinas de las cosas corrientes. Ulises no iba a volver. Mamá había muerto, era un hecho. La niña encapsulada había quedado desnuda, mis pretensiones expuestas por fútiles y mi novia, con su brillante armadura de guerrera, se negaba a entender ese desamparo.

Y si no era ella, quién. Quién en este mundo.

(¿Ella?, ¿justo ella que también iba a casarse entre fastos? Así de voraz es el amor, no ve nada, sólo hinca el diente.)

Me senté a escribir dispuesta a liquidar esa crisis de tristeza solemne, de niña abandonada, de ilusiones rotas. Lo hice de corrido, como si pudiera cumplir aceleradamente y en unas líneas el trabajo del duelo. Como si construyera con mis manos, ensamblando piedra por piedra traída desde el río, un monumento para ella. Dos días antes de casarme se iban a cumplir treinta y cuatro años desde su secuestro, y la aparición desarticulaba el primer rito. ¿Qué iba a hacer con el recordatorio, esa pequeña solicitada en

el diario que reemplaza el epitafio para los desaparecidos? Mamá ya no era parte de ese firmamento de muertos sin tumba vivos en la memoria y en el corazón de su pueblo, como solíamos (suelen) anotar los deudos con una retórica que se acomoda a los tiempos. El primero que yo publiqué fue cuando se dictaron los indultos que dejaron libres de culpa y cargo a todos los responsables del Terrorismo de Estado. Puse su foto para increpar al entonces presidente, “dígame cómo le explico a mi hija que nadie va a pagar por el secuestro y la desaparición de su abuela”. La ubicaba entre generaciones, extendía el reclamo hacia mi hija, clamaba y me esperaba contra el olvido; su vida, aunque más no fuera su nombre, valía. Era la modesta rebelión de una persona sola, entonces puse su nombre con el apellido de casada que no usaba porque era el mío, para hacerme visible junto con ella. Cuatro años después, la primera solicitada de H.I.J.O.S. también tenía forma de recordatorio y nos hacía irrumpir a todos con su demanda. Fue para el Día del Padre de 1995: “Ni ellos ni nosotros elegimos que este domingo su lugar esté vacío en la mesa”. Con esa aparición de nosotros, los hijos y las hijas, clamando por lo que nos faltaba cambió la prosa, todos los recordatorios fueron mutando. Poesías y oraciones, sí, pero también la enumeración de sus logros, los pocos rasgos que pueden contarse de quien ha vivido sobre todo en ausencia. Fue maestra, fue abogada, tuvo cuatro hijos, militó en esta organización y no en otra; no es un cuerpo entre otros cuerpos ni un número entre los treinta mil. Eran un concierto esas variaciones y las historias se fueron sumando como instrumentos invitados por la partitura del calendario de la depredación. Alguien contaba una anécdota de su ausente y en el siguiente recordatorio se contaba otra más, una familia a otra alentándose a dibujar una figura singular en la marea de los nunca olvidados para desprenderse de la doble anomia de los subversivos y de los desaparecidos; porque estarán vivos en el corazón del pueblo sólo a costa de la escarcha en el

pecho de los suyos, los próximos, los que saben decir su nombre. Este padre, este hijo, esta madre; es más que una bandera, es también mía y falta, que se sepa.

Pero algo de ella había retornado. Los restos aparecidos empujaban ese texto que sentaba su muerte escrita, los detalles averiguados, las responsabilidades directas y las dispersas. Eso era lo que iba a publicar en el diario en que trabajaba, el mismo que todavía sigue publicando los recordatorios.

Lloré durante toda la tarea. Y me alivié.

Después de eso ya no me pareció tan buen chiste casarnos de blanco, era pedirle demasiado al humor. Pudimos elegir nuestros atuendos oscuros, mitad bailarinas de cancán, mitad dominatrices de corpiños de goma negros. Esas éramos más nosotras, más lascivas, más dispuestas a usar el luto para bailar clavando los tacos sobre el dolor, obligándolo a aullar de alegría.

El texto no iba a publicarse en la fecha fijada, ese día el diario dio cuenta de la muerte del ex presidente que había alentado la ley que nos permitía casarnos, el mismo que había bajado de los sitios de honor las imágenes de los asesinos alguna vez impunes, el amante marido de quien era la presidenta en ejercicio. Mientras mis hermanos iban llegando cada uno desde su lugar en el mundo para la celebración, yo hacía la crónica del dolor colectivo que tomaba la Plaza de Mayo, la plaza pública, para poner su lamento más acá del cielo. Mágicamente estaba en sintonía con lo que me rodeaba, observaba las expresiones del duelo manteniendo la distancia de quien ha estado ahí y ha *trabajado* sobre eso; la sensación de derrota, la falsa rebelión que ampara al dolor en la injusticia, por qué muere este, por qué siempre los buenos. El desamparo. La conciencia de que muertos los padres ya no hay nada que atempere nuestro lugar ante la muerte.

Albertina y yo nos sumamos como hijas a las endechas desafinadas por la muerte del líder, el presidente que había reivindicado parte de la generación masacrada.

Nuestra fiesta se hizo un deber, una necesidad.

Empezó mientras íbamos al Registro Civil bajo una lluvia torrencial por la avenida más ancha de Buenos Aires mientras de frente avanzaba el cortejo del ex presidente, su viuda a la cabeza, sola bajo un paraguas arreando el cuerpo de su compañero muerto y detrás los granaderos, los funcionarios, la gente que lloraba a su paso. Terminó veinticuatro horas después, cuando el sol entró en casa por todas las ventanas, fermentando las bebidas, alumbrando el maquillaje corrido y las medias rotas.

Furio, el hijo que concebimos en un hotel alojamiento con un frasquito de semen y una pasión desbocada, desbarató nuestros ramos en el medio de la ceremonia.

Naná y su hija fueron nuestras damas de honor cuando entramos en el patio como dos hadas locas.

Albertina se puso unos anteojos de marco blanco, le robó el micrófono al juez que tenía que darnos la libreta y leyó: “Las amantes se aman *con* el mundo (igual que *con* todo su corazón o *con* sus caricias.) El mundo es la *forma* de su pasión, y todos los sucesos que experimentan o imaginan constituyen la iconografía de su pasión. Por eso la pasión está dispuesta a arriesgar la vida. Se diría que la vida es tan sólo la forma de la pasión”.³ En el pelo se había bordado con trenzas la leyenda que está en nuestros anillos: viva el amor.

Yo me casé sangrando. No podía arruinar con apósito alguno mi hermosa ropa interior con una palabra bordada en brillantes artificiales que se clavaba al final de mi espalda: sexy. Dejé que el rastro rojo de mi menstruación se mezclara con el vino derramado.

Fue una gran fiesta.

3 John Berger, *El sentido de la vista*, Madrid, Alianza Editorial, 2006. Notas sobre la pasión en el capítulo “Una noche en Estrasburgo” (fragmento).

Estoy segura del sol calentando el interior del Falcon celeste y de mi suéter amarillo tejido a mano en lana gorda. Uso la raya al costado, nadie me impone atarme el pelo, soy como el “así no” de los estudiantes que pronto exhibirá la propaganda de la dictadura. Mi clase de teatro está por comenzar. Voy a teatro y a coro, todavía no tengo diez años pero sueño con ser artista. Ella está sentada al volante, por la ventanilla llega el fulgor verde de los árboles de Plaza Irlanda. La campera celeste se le desacomoda cuando se sienta de costado y me mira de frente, el mentón apenas levantado, después de sacar de la cartera algo que pone en mis manos con una sonrisa. Sé que es importante antes de verlo y me da miedo, es algo que suelo sentir, que las cosas importantes van a dejarme en el camino. Desgarro el papel y encuentro un libro de bolsillo, ella me anima a abrirlo y leo en la primera página en blanco: “Para Martita, mi compañera, que está aprendiendo a sentir como propias las alegrías y las luchas del pueblo latinoamericano, mamá”. La abrazo, me quedo todo lo que puedo hundida en la blandura de su pecho escondiendo ahí la duda sobre lo que tengo que decir.

—Andá, no llegues tarde.

Me bajo del auto y corro por la escalinata de mármol de la escuela con mi ejemplar de *Mi planta de naranja-lima* contra el pecho como si supiera que esa hoja con su preciosa letra cursiva de maestra era lo que mamá me iba a dejar a mí. Solamente a mí.

Nada, nada, nada. Cada vez que le preguntaba, la palabra era repetida tres veces, una empujaba a la otra y la envolvía, creciendo como un alud blanco. Yo insistí, no podía ser, algo tendría que haber guardado de ella en su memoria.

—Te juro que no. De mamá no me acuerdo nada, nada, nada —dijo mi hermano Andrés y me lo figuré agitando los brazos, arrastrando su cuerpo en un agua transparente y oscura, un lago de montaña a la noche.

Al día siguiente que se la llevaron, él cumplió cinco años, esa edad en que cada quien selecciona sus recuerdos, aprende a decir este soy yo, balbucea esta es mi vida. Andrés se presentó a los años que seguirían como un papel en blanco.

—Cuando era chico a veces me despertaba con la sensación de haberla visto en sueños, pero no sé si era ella.

Los días anteriores al secuestro habíamos diseñado las tarjetas para su cumpleaños, cada una tenía un dibujo distinto, todos eran brutalmente agresivos, pero entonces no nos dábamos cuenta. La invitación terminaba: “Si no venís, te mato”. No le conté esa anécdota, ni le hablé de los pequeños revólveres y horcas que dibujamos Santiago y yo.

El sonido anacrónico de las publicidades de la radio AM llenó el silencio entre nosotros dos.

Llevábamos casi una hora en el auto y no conseguíamos cruzar la avenida Corrientes. Pueyrredón parecía un juego de encastre desordenado dentro de una caja entre los obradores montados en plena calle para la extensión del subte, el carril exclusivo de los buses, los taxis y los autos;

ninguna ficha se movía, nosotros tampoco. El ánimo de Andrés iba tornándose grave, no sé si sabía que estábamos llegando a nuestro destino o sencillamente empezaba a tomar conciencia de a dónde íbamos. Aquella vez que lo llamé para contarle del hallazgo algo se soltó dentro de él antes de que yo terminara de articular una frase entera, fue como si hubiera estado esperando esa noticia, ese día, a esa hora. Después de nuestra breve charla, de recibir mi voz eufórica a 14 mil kilómetros de distancia, cerró con llave la puerta de su oficina y lloró, solo y tranquilo, mientras los contingentes de niños que visitaban el parque de diversiones donde él es gerente de recursos humanos se ordenaban para salir, mientras el atardecer se reflejaba en el ventanal, mientras el silencio tomaba el predio y los reflectores lo volvían blanco siguió llorando. “Ese fue el momento en que mamá murió”, me había contado. Y ahora, antes del final de 2010, había vuelto a Buenos Aires desde Chile para terminar de ajustar esa conciencia que se desvanecía, ella era tan real como su muerte.

Naná iba a encontrarse con nosotros en la puerta del EAAF, la hora de la cita había pasado y mi celular empezó a hacer ruidos, era ella preguntando por mensaje de texto dónde estábamos.

—Contestale, decíle que llegamos en diez minutos.

—¿Tan pronto?

Se le trabaron los dedos varias veces antes de que pudiera escribir esa frase tonta, sentí el eco de un salto en el corazón de ese hombre que me lleva medio cuerpo y que abraza con tanta entrega, Andrés nunca tuvo reparos al contacto físico, Santiago y Juan, en cambio, parecen desorientarse cuando yo me cuelgo de su cuello. El texto de respuesta se demoró tanto que Naná terminó llamando antes, escuché el temblor de su voz, el temor de que hubiéramos entrado sin ella. La animé a tocar el timbre pero no quiso, iba a esperarnos ahí, sola no iba a entrar. Me rendí a la ansiedad de los dos y cometí una infracción que nos permitió avanzar

dos cuadras sin detenciones. Andrés abrió los ojos muy grandes y no pude evitar sobrereactuar mi aplomo, lo estaba conduciendo por mi territorio, lo estaba llevando a un lugar que sentía mío, lo estaba acercando a mamá.

Entré a la oficina del EAAF con mi hija del brazo y me acomodé como en el living de mi casa. Estaba exultante, como si el ánimo taciturno de mi hermano potenciara mi histrionismo, insoportable. Saludé a todos como si fueran mis amigos, pedí permiso y me senté delante de una computadora mientras le entregaban a Andrés la copia de las pericias que ya había visto. Se me había ocurrido una idea que me pareció brillante, quería reunirme con los hijos o las hijas de aquellos cuyos huesos se habían mezclado con los de mi madre en una misma bolsa, aquellos que habían estado juntos frente al pelotón. Lo escribo y vuelvo a imaginarme un fusilamiento de película con media tropa con la rodilla al piso y media de pie apuntando al mismo tiempo, la víctima con los ojos tabicados o mirando a los verdugos como rogando o calificando con la mirada la altura de su tarea. No debe haber sido así. Para matar a cuatro mujeres y dos hombres que llevaban tres meses cautivos, que tal vez se ilusionaron con que ese último viaje en auto los devolvería al mundo, a sus hijos, a sus cosas, a un baño caliente, no hacen falta más que dos o tres represores disparando sus pistolas automáticas. Para febrero de 1977 no hacían falta ejecuciones espectaculares, para entonces se estaba amedrentando a los tibios. A esta altura de la represión los recursos se contarían también en dinero, cuentas sobre la nafta gastada en los traslados, los proyectiles empleados, el sueldo del personal, los efectivos disponibles. El menor esfuerzo les resultaría suficiente. Ni siquiera tenían que pedirles que corrieran para fraguar un desacato, apenas empujarlos contra el paredón y disparar. Sobre el olor de la pólvora y el humo de los caños, revisar su tarea y completarla,

pum, pum, pum, pum, pum. Después un registro breve, una anotación en el orden del día, “parte Cdo Op”, dice en el casillero “recurrente” en la fotocopia del libro que fui a buscar años después a La Plata, copia fiel del original obrante en la Dirección de Inteligencia de la Policía de la Provincia de Buenos Aires, folio 37, Dirección General de Promoción y Transmisión de la Memoria, Comisión Provincial por la Memoria. Y en el “motivo” una línea manuscrita: “Enfrentamiento con montoneros - abatidos 4 NN femeninos y 2 NN masculinos”, todo en mayúscula. En una sola página con 28 asientos, hay enfrentamientos en La Plata (dos), Sarandí, Grand Bourg, Ciudadela (dos), Tigre y Bahía Blanca más dos hallazgos de cadáveres NN femeninos en Santa Teresita; todos pasados con la misma letra. El cuento del subversivo ya estaba aprendido, lo enseñaban en la escuela y en las revistas del corazón, lo aprendían los vecinos que se encontraban con la sangre en la vereda y el sepulturero que echaba tierra sobre las pruebas. Quién iba a cuestionar la estupidez de estar repartiendo panfletos con una o dos granadas en los bolsillos en un grupo de por lo menos diez entre los muertos y los que lograron escapar.

Busqué en la computadora las actas de defunción del hecho del 2 de febrero. A mis espaldas sentía la presencia de mi hermano, escuchaba su respiración, la tos de boca cerrada que suele servir para aclararse la voz y a la que no seguía ninguna palabra, el ruido de las hojas que se pasan. Mi hija se había ido a la cocina a ayudar con la preparación de las infusiones de rigor; estaría charlando, siempre encuentra tema apenas le dan un poco de confianza. Tomé mi cuaderno y empecé a anotar, primero el nombre de la delegada regional del Registro Civil: Blanca Brown de Fouque; el del médico forense: Cóppola, Ernesto A.; el del testigo, siempre el mismo, en los seis casos: Juan Antonio Romano, Libreta de Enrolamiento 7404084, domiciliado en A. Sabattini 56, Caseros, Provincia de Buenos Aires. No era la primera vez que veía esos datos pero volvía a ellos, a registrarlos

como si me pudieran decir algo más. Otra vez entré en una página buscando la dirección del testigo, aparecía enseguida, a diez minutos en auto del cementerio de San Martín, a mitad de camino entre el cementerio y el Hospital Ramón Carrillo a donde los cuerpos habían pasado doce días antes de su inhumación. Busqué una imagen satelital de la dirección, se veía un techo blanco recortado sobre un inmenso descampado. Ver qué hay debajo de ese techo sería una tarea pendiente.

Nos habían dejado solos a mi hermano y a mí, no sé por cuánto tiempo, no debe haber sido mucho, aunque el tiempo corre distinto en la oficina de Once. Finalmente había llegado a los nombres que buscaba: Bacchini, Héctor Federico, secuestrado el 25 de noviembre de 1976, visto en el Pozo de Arana; Lisso, Alicia, secuestrada el 28 de octubre de 1976, el mismo día que mi mamá, vista en el Pozo de Quilmes y en un centro clandestino de Berazategui, “El Castillo”; Robert, Norma, secuestrada el 16 de octubre de 1976, también vista en el Pozo de Quilmes; Abinet, María Leonor, secuestrada el 16 de septiembre de 1976, no fue vista en ningún centro clandestino. Anoté los datos en mi cuaderno, ya había visto los nombres, los conocía, pero volví a anotarlos como si pudiera olvidarlos, como si pudieran decirme algo más. Que todos habían sido secuestrados más o menos en el clímax de la primavera, que para febrero de 1977 llegó su fecha de vencimiento, que tal vez estaban en una cola a la espera de las ejecuciones, una lista de espera en el despacho de algún represor del circuito que lideraba Ramón Camps, el general que fue jefe de la Policía Bonaerense durante toda la dictadura; de su jefe de inteligencia, Miguel Etchecolatz o de algún otro milico del Primer Cuerpo del Ejército. ¿Por qué tantas mujeres juntas? ¿Por qué entre las mujeres un sacerdote, Bacchini? ¿Quién era el segundo hombre, el que todavía no habían identificado? Subrayé los nombres de Bacchini y Abinet, el primero tenía una hija, la segunda tres. La línea empezó a hacerse un surco. Tenía que

pedir los teléfonos o el correo de alguna de estas mujeres, saber si querían hablar conmigo, pensar de qué quería hablar yo con ellas. El surco rompió el papel.

—Mamá, ¿qué hacés?

—Nada, mi amor.

—Andrés va a verla, voy con él. ¿Querés venir?

—No, no, ahora no.

Le agarré la mano a mi hija y se la besé antes de que se fuera con Andrés detrás de Maco y de Patricia hacia el laboratorio, un departamento exactamente igual al que estábamos pero con más camillas de metal que escritorios, con más diagramas de esqueletos que premios, con cinco cuartos ocupados desde el piso hasta el techo por estanterías que hacen laberintos plagadas de cajas de cartón, cajas de archivo, cajas de plástico con tapas de encastrés como las que se usan para guardar comida en la heladera pero mucho más grandes. Todas tienen esqueletos o partes de esqueletos, alguna tiene una identificación que desconcierta: “Hallazgos en Playa Mansa, Punta del Este”. En Playa Mansa estaban las aguas vivas cuando era chica y todavía veraneaba con mamá y papá en Uruguay, había que elegir entre las medusas y su riesgo de salir escaldada o la violencia de las olas de la Brava. Nunca me podía decidir, las dos me gustaban. Eran pequeños restos los que habían aparecido, alguna persona sensible los reconoció como humanos, se comunicó con el Equipo, los fueron a buscar, no se sabe qué son, de quién son. Pero no se pueden tirar, aquí no se descarta nada, ni siquiera los huesos que no pueden ser asignados aunque las partes principales ya hayan recibido su responso. El coxal de mi mamá, sus 24 costillas, las dos clavículas que son huesos hermosos, curvados como una nota musical y capaces de develar la edad aproximada de una persona deben de estar ahí, en alguna caja, en este osario particular donde

todo está cifrado y a la espera. ¿Dónde están las familias de estos huesos? ¿Por qué si tantos buscan estos no son encontrados?

Yo no fui con ellos.

Naná me contó después que le costó ver lo que estaba viendo. Cuando le pregunto ahora, no recuerda que estaba ahí con su tío Andrés.

—Me acuerdo del silencio. En silencio empecé a darme cuenta que ahí estaba la abuela.

Entonces pudo llorar, me dice.

Hijita de mi corazón, antes había querido.

Yo me quedé arriba. A salvo del silencio y de la evidencia, colectando los datos para reunirme con las hijas de quienes habían muerto la misma madrugada, en la misma esquina, bajo las mismas balas. La foto de Leonor Abinet me atrapaba, no podía dejar de mirarla, ella detenida como preguntando algo a quien le robó la instantánea, una beba protestando en brazos, una nena que no tiene más de tres con su jardinero de pantalón cortísimo parada muy derecha a su lado mirando algo entre sus dedos que podía ser casi nada, una ínfima piedrita de la vereda, una vaquita de San Antonio, una hormiga, un hilito que sacó de su ropa, un pasto arrancado del verde bajo sus pies. La madre tiene las piernas desnudas, el enterito que lleva puesto, a cuadros, está abierto por delante, tal vez todavía esté amamantando; el pelo lacio y corto, las alpargatas gastadas, el brazo firme sosteniendo a la bebé para que mire al mundo desde ese balcón. En ese momento el mundo no le gusta, el pataleo de las piernas regordetas le da énfasis a su queja. Si no fuera por el sepia del escaneo podría parecer una foto actual, de esas que se toman con programas que convierten a cualquiera en profesional.

Conseguí el teléfono de la más chica de las hijas de Abinet, la que no está en la foto, la que nació en cautiverio. Ella fue la más activa, me dijo Celeste, la arqueóloga, en el proceso de la identificación de los huesos. Me

pregunté qué les habrá pasado a las mayores que necesitaron de la guía de la menor. Celeste se iba a comunicar para decirle que la estaba buscando, supongo que querría anticipar una llamada que podría ser sensible. En el EAAF saben de eso, es como un salto al vacío, dicen, no sabés qué pasa del otro lado, en qué tramo de su vida está quien encuentra, aun cuando haber buscado es, a veces, sólo dejar una muestra de sangre. Por eso se cuidan muy bien de nunca comunicar una identificación un viernes, para estar disponibles al día siguiente. Elena Gallinari Abinet vive en Córdoba, nunca marqué su número de teléfono.

Con Clarita Bacchini, la hija del cura, iba a ser distinto.

“¿Vos sos Marta Dillon, la que quiere conocerme para que compartamos la vida después de que nuestros padres compartieron la muerte?”, fue el mensaje que recibí en mi computadora.

“Toda la vida, no, Clara —le contesté—, acabo de casarme.”

“¿Qué somos, hermanas de la vida o hermanas de la muerte?”, me preguntó después buscando un parentesco nuevo como solemos hacer las guachas.

Nos vimos a solas una única vez.

Llegó un día a casa como una tromba, su metro ochenta y su sonrisa y un entusiasmo que se escucha tal como se lee en sus correos, con demasiadas vocales por letra, siempre dándole énfasis a la “a”. Trabaja como locutora, toca el *cello* mientras su mamá hace sonar un violín, el papá era organista y en la música deben sentir su presencia. Clara es metodista, enseña la Biblia en su Iglesia, cada tanto da sermones y eso es todo un acontecimiento al que quise asistir y nunca pude. Tiene una hijita que cría sola y nació el mismo día que mi mamá. “¡Qué daaaato, Marrrrtaaaa!”

Recuperar los huesos de su padre le generó alegría, ilusión por tener el primer contacto físico con ese hombre con el que apenas convivió un par

de meses, alivio porque al fin se interrumpía para ella la costumbre de buscarlo en otras caras; ningún atisbo de sentimientos encontrados, sólo la espera de la inhumación para cerrar definitivamente la condición de desaparecido.

Era apabullante.

Una vez en que le pregunté a Patricia cómo se daban cuenta tan pronto de que los huesos habían pertenecido a una mujer o a un hombre, me dijo que los de las mujeres son más gráciles, más livianos, como si se pudiera adivinar en el calcio el contoneo que desplegaron cuando estaban imbricados en un cuerpo.

—Pero si te toca alguien como Clarita Bacchini, por ejemplo, te podés confundir, es sólo un a priori.

Clara es así, de pisada fuerte. A ella quise convencerla de que me acompañara a ver las esquinas de la masacre de Ciudadela, pero no lo íbamos a hacer juntas.

Me tomó varios años decidirme a buscar las cicatrices en el terreno, el miedo a no encontrar me convenció de que las direcciones habían cambiado, que el mapa no podía ser el mismo por el que campeaban los verdugos tirando los desperdicios de esa materia que habían exprimido suficiente en los campos de detención. Y era tan fácil hacerlo. Las calles se llaman igual, los paredones están ahí y hasta el calor de las balas puede rastrearse.

Porque sí, había paredón.

Porque los burócratas son así, literales.

Pero todavía no, todavía las tareas pendientes me sostenían buscando alguna encarnadura posible a los huesos, todavía necesitaba animar ese cuerpo antes de ver lo que mi hermano y mi hija estaban viendo.

La inscripción en los libros de la buena memoria judicial, el ir y venir de papeles que sucedía sin que me enterara, sellos, copias, notificaciones

que reemplazarían también para la posteridad la desaparición forzada por la muerte, más lisa, más llana, más nombrable; la máquina burocrática que hace sonar sus goznes para bien o para mal me daba tiempo a transitar el proceso de la despedida como si lo paladeara, dando rodeos, acercándome y alejándome de lo que había sido encontrado sin que yo pudiera terminar de formular todas las preguntas. Como si en algún momento esos interrogantes pudieran agotarse, como si el duelo que me proponían se tratase de dejar descansar en paz también lo que no sabía. Lo que nunca iba a saber.

Pero mientras tanto, mientras tanto tenía mis tareas.

—¿Se puede ver la ropa?

Celeste abrió grandes sus ojos de agua y encogió un poco los hombros como si la hubiera sorprendido en falta.

—Había una bolsa con ropa, me habían dicho —insistí.

—Sí, pero está toda mezclada, no llegamos a limpiarla...

—¿Se puede ver?

Nada podía importarme menos que la limpieza de esas prendas. Era mi mamá, era lógico que quisiera verla vestida antes que desnuda de su propia carne. Aunque las partes estuvieran separadas. Su ropa era ella. Sus polleras largas, las túnicas, sus jardineros, los collares de cuentas, los aros dorados, la campera de rayas verticales de colores que fue una obsesión para mí cuando me di cuenta de que la ropa de mamá no tenía por qué haber desaparecido junto con ella.

Creo que es mi prima la que estaba hurgando agachada, medio cuerpo metido del otro lado de una pequeña puerta en el tercer piso de la casa de mis abuelos, las nalgas y las piernas bañadas por el sol que entraba por la ventana, la que de pronto sale y me dice:

—Acá está la ropa de tu mamá.

Y yo que soy más grande, al menos tres años más grande, no me animo a hacer nada. Me quedé quieta mirándola como si estuviera profanando una tumba que no sabía que existía. ¿Cómo la ropa de mi mamá? ¿Ahí? ¿Y yo podía revisarla? Mi prima empujaba un bollo blanco hacia dentro para volver a cerrar la puerta, un collar de semillas le bailaba en el cuello siguiendo el vaivén de su esfuerzo.

¿Se estaba disfrazando con un collar de mamá?

Ella no tenía ni diez, yo estaba terminando la primaria, tenía que ser un miércoles, porque todos los miércoles íbamos a la casa de mis abuelos. Mis hermanos se bajaban del auto de mi abuelo Pila y atravesaban corriendo el zaguán hasta la cocina para sentarse a la mesa sin que nadie protestara porque tuvieran el uniforme de la escuela puesto o porque empezaran a comer pan antes que la comida. Mi abuela bajaba a la vez la inmensa escalera de madera que llegaba al comedor principal con su bolsita de medicamentos en una mano y con la otra tomada de la baranda. Atravesaba siempre con cuidado el camino blando tendido sobre las mayólicas, iluminada por el ventanal que daba al patio andaluz; le tenía miedo a las arrugas que siempre quedaban por mucho que ella insistiera a las empleadas domésticas para que las alisaran. En la cocina ya estarían servidas las milanesas que hacía el abuelo, el puré con mucha manteca y el helado casero girando dentro del congelador gracias a esa máquina que era el orgullo de ese bioquímico con cara de indio, hosco, dulce y distraído, el hombre que de chiquitita me llevaba sobre sus hombros al mercado y me compraba como golosina cien gramos de queso de máquina. Las cejas le crecían hirsutas por encima de sus anteojos de carey sin ningún respeto por la ley de gravedad, la abuela se las cortaba con una tijerita curva mientras él fruncía la cara por los pelos duros que le caían sobre los ojos. Siempre tenía las manos calientes, curaba el dolor de panza apoyándolas sobre el vientre. De chica pensaba que nunca le iban a salir canas, hasta

que un día, sin que me diera cuenta, su cabeza se volvió completamente blanca. Se había criado entre monjes, curas y señoritas de pensión; vivió más tiempo en internados que con su madre soltera o con su padre, un hombre ilustre de un pueblo del sur de Salta que podía tanto atender partos como officiar de juez de paz. La anécdota que más me gusta de mi abuelo es la de su caballo: lo soltaba en el monte después de pasar las vacaciones en El Galpón, el pueblo de su padre, y cuando volvía, después del año académico, lo silbaba y lo volvía a enlazar.

Eran un gran día los miércoles, aunque no pudiera correr desbocada como mis hermanos porque ya era una señorita que tenía que sentarse con las piernas cerradas y mi abuela estaba ahí para recordármelo. Yo era grande. La que entendía. Era lo que decía mi abuela y por eso me elegía para que escuchara su retahíla de eventos malogrados, malos pasos dados por los míos que hicieron de los miércoles eso que eran, un alivio en medio del desamparo. La abuela tenía su propia teoría del enemigo interno. Mamá no se tendría que haber separado, tendría que haber aguantado un poco, perdonado; todas se aguantan algo. Pero no, ella no pudo. Y el otro, el muy fresco, que se mandó a mudar y la dejó con cuatro hijos, uno recién nacido, si no hubiera sido por la Colacha esa, pobrecita tu madre...

Sí, ya lo sabía, de memoria conocía esa historia. Mamá ya me la había contado en su momento. Como un animal que se lame, se lame y se lame la herida me pedía y volvía a pedirme que recordara a la mina con la que mi papá se había ido, una que vino a casa, con el marido y los hijos a comer un asado una vez, la secretaria de papá, te tenés que acordar, una petisa culona, ¿te acordás? Y no, yo no me acordaba. Hacía el esfuerzo, buceaba en mi memoria y lograba avanzar hasta la reconstrucción de la oficina de mi viejo, un escritorio como al final de un túnel, todo muy grande, intimidante, pero a ella no la veía. Me hacía la que sí, pero no la

veía. Ni la iba a ver, al menos en lo inmediato, mamá me hizo jurarle que eso nunca pasaría, que no iba a ir a la nueva casa de papá; él ya lo había llevado a Santiago sin decírselo a ella, conmigo no tenía que pasar. Y yo juré, en vano. La conocí el mismo día en que se llevaron a mamá. Me dio ropa de su hija mayor, apenas unos meses más grande que yo, para que me sacara el camisón que traía de Moreno.

¿No se daba cuenta la abuela de que a mí me habían dejado con el muy fresco y con la Colacha esa? Me irritaba su cantinela, insistente, acusadora.

Mi mamá no era ninguna pobrecita.

Aunque la hubiera visto llorar y hundirle cuatro uñas de su mano derecha en la cara a mi papá, cuatro tajos iguales bajando desde la oreja hasta la boca que él siguió frotándose en el auto haciéndolos más visibles mientras nos llevaba a la salida reglamentaria de padre separado.

¿Mi abuela se creía que no me acordaba de cuánto la había lastimado mi papá? ¿Que me había olvidado de cuántos trabajos había tenido que inventar cuando se encontró sola de pronto con cuatro chicos a cuestas? Había vendido cajas de cartón recorriendo con su auto almacenes y fábricas, galletitas puerta a puerta, había vuelto a llevar como abogada dos o tres expedientes, la mayoría de perseguidos políticos que apenas podían pagarle. El único negocio que floreció fue el de las túnicas pintadas por su mano. Mojaba el pincel en un color y el dibujo surgía en diálogo con la tela, las colgaba desde el techo para que se secaran convirtiendo la casa en un laberinto hasta que salía a venderlas en la puerta de la escuela, a las amigas de sus amigas, a los mismos clientes a los que dejaba las cajas de cartón a cambio de dinero. Había una en especial, una que tenía un pájaro sobre el pecho, un pájaro de fuego en naranjas y rojos que ella usaba y yo me había probado más de una vez frente al espejo para ver con pena cómo las alas caían mustias a sobre mi cuerpo liso.

Mamá había tenido que buscarse la vida después del divorcio.

Pero no era por eso que se la habían llevado.

—¿Te parece bien que se quede en casa? Vos sabés que puede ser peligroso —me había dicho una vez en la vereda de la casa de mis abuelos, mientras Andrés y Santiago corrían hasta la puerta y nosotras caminábamos atrás, de la mano, mientras ella sostenía con la otra a Juan sobre su cadera. No me acuerdo por quién me preguntaba, si por Tamalito o por el Negro Arroyo. Pero daba lo mismo, yo iba a decir que sí, quería que se quedaran, quería que hicieran la revolución, quería un país sin ricos ni pobres, quería salvarles la vida, ¿cómo me iba a negar a semejante tarea?

Katy y la Gorda ya vivían en casa, igual que sus hijos, Tupac y Fidel; Kela venía todo el tiempo. Los mayores se reunían en el living y el patio de los ciruelos y los jazmines albergaba a un malón de niños que jugábamos a la revolución y nos despedíamos después con el puño izquierdo en alto. Todo eso era lo que teníamos que proteger y mamá me convocaba para que le diera mi aprobación.

Me dolía tanto que hubiéramos fallado.

¿Cuánto había pasado desde esa agitación cotidiana hasta esta rutina de miércoles en la casa de los abuelos como un poco de agua en el desierto de los días? ¿Dos, tres años? ¿Habría crecido yo lo suficiente como para que las alas del pájaro guerrero que mamá había pintado en la prehistoria no cayeran mustias sobre mi pecho?

Y si mi cuerpo llenaba su ropa, ¿querría decir que el aire en que ella se había transformado ya no ocupaba espacio?

—Sacate eso, che. ¡Qué te dije!

El reto sonó como una uña que se quiebra en el pizarrón. La abuela había irrumpido en esa zona de la casa que solía estar liberada para los niños y no la había oído subir la escalera a pesar de lo que crujían esos

escalones de madera. Los varones bajaron como un malón, pude sentir el viento de su desplazamiento; era la hora del té. Mi prima se sacó el collar y se lo dio a la abuela haciendo un puchero. Sin que pudiera mirarlo, sin que pasara a mis manos, ese tesoro se perdió en un bolsillo.

—¿Puedo ver lo que hay ahí? —dije señalando el escondite.

—Ahora no.

—¿Por qué no? Si son cosas de mi mamá... —desafié como si estuviera segura—. Son mías.

—¿Y a dónde te las querés llevar? ¿Con la Colacha? Si las mandó tu papá...

Se me encendió la cara de rabia. Bajé para que no me viera llorar.

—¿Qué? ¿Ahora la defendés? —escuché mientras cerraba una y otra puerta a mi paso buscando la que me protegiera en ningún lado porque me quería ir de ahí pero no tenía dónde llegar.

Tendría que haberme enseñado a separarme. Tendría que haberme empujado un poco fuera de su lado en lugar de hacerme lugar en su pecho cuando yo escondía ahí la cabeza para negarme ciega a todo lo que me ofrecían. No, no quería ir de vacaciones con mis primos, no quería quedarme a dormir en lo de mis abuelos ni ver a mis amigas de la escuela porque la aventura con mamá era más grande y nadie más entendía. Tendría que haberme dicho que eso no iba a durar para siempre. Tendría que haberme preparado para sobrevivir en el páramo donde flotaba el polvo de las alegrías y las luchas del pueblo latinoamericano. Tendría que haberme ofrecido alguna herramienta para la vida sobre los escombros además de esa pala con la que cavaba la zanja que me mantenía aislada, yo también intocable como su ropa.

Un latido de impaciencia me golpeaba las costillas acomodándose entre el sonido de los pies sobre los escalones de mármol que nos llevaban del tercero al segundo piso. Dos golpes en el pecho se sucedían en el intervalo de un paso arrastrado sobre la escalera, a ritmo mi hija y yo bajando del brazo, su pelo negro, largo y lacio muy cerca de mi cara, una carcajada de ella que me veía avanzar como si hubiera envejecido de pronto, como si mis plataformas de goma se hubieran convertido en zancos sobre los que no sabía caminar, tintineando en el oído. Es tan linda mi hija cuando se ríe, me tironeaba del brazo y yo con mi corazón desbocado a tientas en la oscuridad porque no parecía necesario prender la luz, porque iba hacia el laboratorio del EAAF como detrás de la luz al final del túnel. Ahí estaría la ropa que el 3 de septiembre de 1984, cuando los cuerpos enterrados en la sepultura 52, tablón lateral, sección 14 fueron exhumados por primera vez, se embolsó junto con los huesos que protegía en las bolsas 11, 12, 13, 14 y 15 después de que se fotografiaran los cráneos apilados sobre el cemento que cubría otra tumba, la fotografía Nro. 18 de la causa Dáttoli, una imagen que es posible ver porque la retina ya ha acumulado otras, montañas de cadáveres en los campos de concentración de la Segunda Guerra, los cuerpos como esqueletos del Holocausto, ese horror con nombre propio, una lección que había estado en mis libros de texto, en la Historia, en otra geografía. Convertidas en despojo, una imagen de todas las víctimas. Aunque una de esas cabezas me perteneciera como pueden pertenecer las cosas a quien las atesora. Aunque cada una tuviera su propio nombre, al momento de la toma no eran nada, eran cosas, los que habían sido seguían ligados a la vida aun muertos porque no estaban en ningún lado más que suspendidos en la zona de sombra donde no llegan a imponer su color ni la vida ni la muerte. La muerte sin nombre ni siquiera llega a ser muerte. Y aunque ahí donde entraba llevada por mi hija, colgada de su brazo en jarra, ahí cerca estaría a la espera la prueba de la muerte y el

nombre que le fue dado, la muerte de quién, la muerta acribillada, nada de eso podía ser todavía escrito y entonces íbamos por la ropa. Que la ropa hablara, la que tenía cuando estaba viva, la que llevó hasta la muerte.

Naná entró primera en la pequeña oficina desnuda salvo por la mesa en el centro que recorrió hasta la punta para ayudar a Celeste a vaciar el contenido de una bolsa. Un polvo marrón, fino, volátil, cubrió pudoroso lo que emergía del nylon; se asentó enseguida como si no quisiera separarse de esa materia de la que ya era parte. Me quedé un paso más atrás, por las dudas. No sé qué hubiera hecho si esa boca abierta de una bolsa sin señas particulares hubiera escupido una de las túnicas de mi vieja, su campera de rayas, la pollera de motivos africanos que usé una vez para disfrazarme de gitana, el jardinero, cualquier cosa que identificara rápido, la corporizara ahí como un fantasma que por mucho que se haya querido sigue dando miedo, alentando el deseo confuso de querer y no querer como en la mesa del espiritista donde se busca la voz querida pero si habla, si habla ya no es de este mundo ni es lo que se buscaba. Pero acá no se trataba de espíritus sino de cosas, pedazos de tela descoloridos y descuartizados, sus partes separadas unas de otras, informes al principio, hasta que pusimos las tres las manos sobre ellas y entre ellas y empezó nuestra tarea de reconstrucción.

Cuánto alivio da tener una tarea.

Todas las costuras se habían perdido, ahí es donde el tiempo actúa primero, desintegrándolas. Se pierde lo que une, me dije y descarté rápido esa línea de pensamiento. No iba a ningún lado, no tomaba forma y era justamente forma lo que necesitábamos devolver a esos guiñapos de tela.

Empezamos a separar y reagrupar como si fuéramos modistas pasando del patrón del papel a la tela, una operación que yo la había visto hacer a ella en esos intrincados moldes de la revista *Burda* tan inexplicables para mí como las fórmulas trigonométricas. El polvo marrón, insistente, se nos

adhería a la piel de las manos, volaba a la cara, se alojaba en nuestra propia ropa. Cada vez que nos parecía que una prenda hablaba por sí la levantábamos y la sometíamos a juicio de las otras dos. Un pedazo de algodón naranja era una remera de hombre según Celeste, la estiramos en medio del revoltijo, advertimos el cuello redondo que ya no tenía pespunte, buscamos las mangas, las encontramos. ¿Qué varón había ido a la muerte con una remera de ese color?

Naná rescató un trozo de viyela floreada, los dos triángulos de un escote que se angostaban hasta convertirse en lazo, tal vez alguien lo atara sobre el cuello, debajo del lugar donde se podría haber alojado el fin de las costillas un arañazo, un pedazo que faltaba, una ausencia brutal e inexplicable, como si alguien hubiera metido el dedo y tirado hacia abajo arrancando el trozo. ¿Qué fuerza podría haber hecho eso?, ¿una bala? Celeste lo dudaba pero tampoco tenía respuesta, no iba a arriesgar ninguna sin evidencia científica, ella tenía la responsabilidad del dato cierto, el corset de la certeza. Naná se puso a buscar la espalda de esa camisa y yo me quedé mirando con la cara tiznada y las mejillas rojas de excitación esa constelación de florecitas rosadas y blancas sobre el género azul. Alguna vez tuve un vestido parecido, con dos volados sobre los hombros y un apretado punto smock sobre el pecho plano. Esa camisa no era de mi mamá, no se parecía a nada que ella pudiera haberse puesto nunca. Se me ocurrió que podría haber sido de Leonor Abinet, la mujer de la foto sepia con la nena en brazos y otra más chiquita a su costado que había visto antes. Separé otra prenda que tampoco me decía nada, un cuadrillé celeste y blanco como los que se usan en los delantales de jardín de infantes, no pude darme cuenta de qué era, una camisa seguramente, la extendí sobre la mesa, la tela parecía milagrosamente sana.

—¿Qué tenía puesto tu mamá cuando se la llevaron? —preguntó Celeste mientras estiraba las botamangas sueltas de un pantalón de tela clara,

como de lino, un pantalón que podría haber usado un religioso como Bacchini.

—No sé, no me acuerdo. Creo que tenía una campera de rayas de colores, verticales.

Empezamos a buscarla entre cremalleras sueltas y un bollo de fibra informe, bordó, que había teñido todo lo demás y no había manera de saber qué era. Cerca de ese ovillo desmadejado había algo parecido a la tela de avión. Esa podía ser la campera, quise adivinarla, hicimos el esfuerzo, demasiado desteñida, las rayas que yo recordaba eran de colores intensos, amarillo, verde, rojo; pero yo no estaba tan atada a la verdad, toda esa ropa mezclada, informe, el polvo que la cubría, los agujeros por donde metía los dedos, todo me producía el mismo, inmediato, amor.

No sabía qué tenía puesto mamá ese día. Me hubiera gustado acordarme, me parecía que faltaba a mi deber como testigo, me delataba ese olvido, al final tanto no me acordaba, cómo iban a confiar mis hermanos en todo lo que sí tenía en la memoria si no había podido retener ese detalle. Es que esa noche de la que nunca volvió, volvió apenas su voz desde el baño mientras yo estaba atrapada en mi cuarto, esa noche cuando se fue con su novio yo no le di un beso. Por algo me ofendí y eso tampoco lo retuve. No la vi irse, no le dije adiós, no me colgué de su cuello como hacía siempre ni evalué su vestuario para ver si estaba lo suficientemente linda. Y a la mañana siguiente, cuando se la llevaron, sólo me asomé a la ventana cuando los motores de los autos estaban encendidos, me entró en la nariz el olor de las mandarinas que festoneaban mi ventana y apenas vi las luces rojas del Falcon y esa humareda del caño de escape que lo cubrió como una niebla.

—Mirá, mamá.

Sobre el cuadrillé celeste, mi hija puso un corpiño y una bombacha, negros los dos, las puntillas de los bordes arqueadas, rígidas, como si

hubieran estado sumergidas en azufre pero visibles, perfectas. Una guarda calada marcaba el espacio de la ingle, diez rayas doradas subían desde donde terminaría el pubis que albergó hasta la altura del ombligo; un sinnúmero de elásticos sueltos, pelos locos que salían de la prenda como resortes de un colchón viejo subrayaban un poco más la resistencia del material. A la altura de la vulva, en ese espacio que podría ocupar una mano entre las piernas, la bombacha no se pliega, no cae el nylon sobre sí mismo por fuerza de gravedad; conserva el espacio vacío. El corpiño ha perdido sus broches, no es tan elocuente, aunque hay algo en la forma de la taza, una costura que ya no se usa o que yo desconozco porque hace siglos que no me pongo un corpiño, una costura paralela a la línea de la espalda que me imagino que juntaría los pechos un poco hacia delante. Le saqué una foto con el teléfono y enseguida corrí todo lo que había abajo para sacarle otra, al conjunto solo sobre el blanco de la mesa con las marcas del polvo, la huella de nuestros dedos, los hilos sueltos, un rastro de tintura bordó que todo lo había tocado.

—Esto debe ser de mi mamá.

—¿Estás segura?

—No.

Celeste y Naná bajaron la cabeza y miraron el conjunto, se hizo un silencio breve.

—Esa noche ella tenía una cita.

Una cita de amor quise decir, una cita como la entendemos ahora. Y ese conjunto era elegante, era de gala, le sujetaría la pancita floja por los embarazos, cubriría las estrías hasta que ya no importara que se vieran. Pero no tenía certeza. Nadie iba a festejar en un laboratorio una suposición que me permitía ver a la amante y se saltaba por pura prepotencia de un romanticismo vacío los cuatro meses de encierro, la sala de tortura, su cuerpo expuesto a la fuerza, sometido a la fuerza de los captores. ¿Y el

recuerdo de Juan? Él bañándose con mamá y ella con ropa interior negra, ¿no contaba?

No contaba, pero me guardé la foto. Mi ternura no estaba atada a la certeza aunque ya había aprendido algo de su peso específico, algo que no tenía que ver con la memoria, con lo que me había quedado de ella, con los relatos que trepan como enredaderas abrazándome cuando a la noche no puedo dormir, todo uno el deseo de consuelo, lo que completé sobre los puntos suspensivos de lo no dicho, las palabras que quedaron nítidas de un fragmento de diálogo, el olor de su respiración cuando me apoyaba en su pecho y el aire de su nariz caía caliente directo sobre la mía. La certeza es otra materia, es un filo perfecto cortando la vida de la muerte, retirando como grasa de la carne esa zona difusa en la que vida y muerte van a mojarse los pies como después de una caminata en verano, la zona barrosa donde todo puede ser reescrito, donde la letra se hunde una vez y otra.

—Mujeres tenían que ser.

Era la voz de Maco que había entrado junto con mi hermano Andrés. No sabía si hablaba de nosotras tres revolviendo entre los retazos como compradoras compulsivas en busca de una oportunidad o de la medibacha sin piernas que tenía adelante.

—A nadie más se le ocurre revisar así la ropa —completó.

—Le deben haber cortado las piernas por el calor —dije yo—, la deben haber usado de bombacha.

Estaba intacta, parecía guardar la forma del cuerpo. Un rulo como un cable de teléfono en la costura del medio, la forma que tiene cuando no está ajustada sobre la panza, la doble trama de nylon color piel para reforzar la cintura y un agujero en el costado izquierdo, redondo, perfecto. Sin piernas, claro. Cristina Comandé me había hablado de eso, de la transformación de la ropa mientras la estación iba cambiando, de la primavera de octubre al verano, siempre abarrotadas en el mismo,

diminuto, lugar, viendo las hojas de los eucaliptos mecerse a través de la claraboya por la que también se colaba el agua de lluvia y hasta algún cigarrillo que dejaba caer la guardia “buena”. Mamá le había sacado las mangas a una polera. Cristina me lo contó la segunda vez que nos vimos, en el bar frente al diario donde trabajaba, ahí donde me hizo sobre una servilleta que conservo, junto a un pedazo de corcho reseco que el tiempo va convirtiendo en polvo, un plano del centro de detención: dos rectángulos verticales con su claraboya apoyados sobre otro, apaisado, una especie de recepción con una pileta de lavar y un baño con letrina, dos rayitas cortaban la recta para marcar una puerta de rejas y otra de chapa cerradas con cadena y candado; junto a los rectángulos verticales una sucesión de seis calabozos de dos por uno cerrados por puertas de chapa ciegas y donde se acumulaban de a tres detenidos o detenidas; querían separar a unos de otras, pero la población crecía semana a semana y no había orden posible. Algunos ya se sabían muertos porque se habían publicado sus nombres como caídos en falsos enfrentamientos, tapando otros que a lo mejor algún día, tal vez, como el de mi madre, volvieran a decir presente. Las mujeres se ponían el tabique como vincha, la polenta se enfriaba sobre los bancos de mampostería para convertirla en torta, el guiso, la grasa que flotaba en agua se comía con cucharas que pasaban de mano en mano, el calor apretaba, la ropa se les caía después de meses de hambre. Tenían una cita en el bar La Ópera para algún día de diciembre de los años que vendrían, ahí se iban a encontrar los que sobrevivieran para hablar de las canciones de Serrat que tapaban los gritos de los torturados y a la vez los consolaban. Porque la muerte era el lugar común pero estaban vivas todavía y ese intervalo merecía que pidieran trapos para limpiar, talco cicatrizante para los heridos, una guitarra que usaron, restos de asado con cuero que les tiraron como a los perros la noche de Navidad de 1976.

—Te oscureciste el pelo —me dijo ella en un intervalo de un relato que ya había aprendido a enhebrar, seis años después de nuestro primer encuentro.

—No, yo siempre fui morocha.

No le dije que mamá era la rubia.

—Yo creí que no querías verme por algo que habría hecho mamá en el campo, algo horrible. Podés decírmelo si querés.

—¡No! No, Martita, no hay nada horrible que contarte.

No había necesidad de ajustar los adjetivos, lo que me contaba y lo que temía no compartían el mismo horror.

Reconocí entre la ropa sobre la mesa del laboratorio del EAAF una polera. Era azul, un jirón de cuello le daba identidad y le faltaban las mangas. Me subí a una silla para sacarle una foto cenital, para que no se me escapara ningún detalle. En el costado derecho, bajo la sisa, tres agujeros pequeños y un desgarró como el de la camisa de viyela. Para mí eran los rastros de las balas pero nadie me lo confirmaba, Celeste insistía en que deberían tener un borde quemado, no sé si para resguardarme de algo o porque estaba convencida, pero era evidente para mí que treinta y cinco años bajo tierra tendrían que haber pulverizado ese borde. Y sin embargo, frente a una remera roja con dos grandes manchas amarillas con agujeros en su centro como aquellos en los que yo metía los dedos vi un diseño de batik y no el rastro de la sangre que podría haber manado de ellos.

En una bolsita aparte estaban las balas. proyectiles aplastados, una cosita de nada en la mano que se reconoce con el gesto que mide el peso, en medio de la palma eso tan pequeño pesando. Algunos con forma de estrellas, encamisados, útiles cuando se necesita que la presa no sobreviva como en la caza mayor. Pocas balas para seis muertos.

Y los zapatos. “Restos de un par de zapatos sin capellada, un zapato derecho sin capellada, un par de zapatos de hombre, otro par de zapatos femeninos”, según la descripción de la causa Dáttoli.

—¿Puedo quedarme con esto?

Patricia se encogió de hombros, le estaba mostrando un trocito de corcho de lo que quedaba del zapato femenino. No había calzado para todos, alguno puede haber quedado en la calle, no había ninguna seguridad de que ese corcho me perteneciera por derecho de herencia. Pero eran mi fetiche las plataformas.

Me lo guardé. Lo conservé como un talismán en el puño cerrado mientras las prendas desarticuladas volvían a su bolsa con la promesa de ser cepilladas y recompuestas sin traicionar la factura del tiempo, los gusanos, la tierra, el silencio.

No me pareció que fuera posible, no me pareció necesario quitarles a otros el privilegio de tocar el polvo que habían guardado, vaya a saber qué clase de materia se había convertido en esas partículas diminutas que todo lo manchaban. Mientras veía cómo las doblaban, ya unidas las partes de adelante con las de atrás y las mangas con sus sisas, recordé a Julio Riquelme Ramírez, un chileno empleado de banco que en 1956 tomó el tren longitudinal hacia el norte de su país y nunca llegó a destino. Nada se supo de él hasta 1999, cuando fue hallado tendido al sol en el desierto de Atacama con todos sus huesos y su ropa, sosteniendo con el pie descarnado —pero calzado— su sombrero de fieltro para protegerlo del viento. El reloj de cadena, sus llaves, tarjetas de bautizo de las que había sido padrino, dinero de su época y una lapicera, todo estaba intacto cuando lo encontraron unos extranjeros que dejaron en el aeropuerto de Santiago de Chile un sobre con esos efectos personales pegado al espejo de un baño junto con una carta con las coordenadas precisas del hallazgo. Francisco Mouat, el periodista que reconstruyó su historia, dice que creyeron que se

trataba de un desaparecido, que el cadáver era más que esqueleto pero nada más tocarlo se hizo polvo que voló en el polvo del desierto que lo había protegido a la intemperie. Era un abuelo que iba al bautismo de su nieto en Iquique, un poco dado al alcohol y con más de un matrimonio pero sin otras señas particulares. Sencillamente se bajó del tren y se empampó, perdió toda referencia en esa planicie ocre y seca; la sed, el sol y el frío de la noche hicieron el resto. Compartí un taller con Mouat en 2000, me bebí como el agua que hubiera necesitado Riquelme todo lo que me contó, el peso del pie muerto sobre el sombrero resistiendo por décadas en su posición, esos objetos insignificantes convertidos en tesoros en manos del hijo que lo enterró, trayendo desde el fondo de la historia la certeza que la familia había necesitado, él no había huido, la muerte lo había encontrado. Entonces había latido otra vez para mí el anhelo por mis huesos amados, el resplandor visible de una vida que explotó en su tiempo como una supernova. Las estrellas tocan la tierra en el desierto de Atacama, aunque algunas estén muertas mientras su brillo encandila. El documentalista Patricio Guzmán ve el pasado en el presente en ellas y habla al mismo tiempo, en *Nostalgia de la Luz*, con astrónomos y con las mujeres familiares de desaparecidos chilenos, que buscan en la misma pampa inerte los restos de sus seres queridos. Un fulgor de estrellas era lo que me traía el revoltijo de fibras y materiales que ahora volvían a su entierro, un pasado vivo y presente sobre una mesa de laboratorio.

En la descripción de la causa Dáttoli, donde se registra la primera exhumación del cuerpo de mi madre y sus compañeros, se anotan “pelos, objetos varios y un peine”. Hubiera querido que sobrevivieran a la segunda inhumación para verlos, ver ese peine, fantasear de quién sería, quién había ido a la muerte con un peine en el bolsillo. No estaba. No pregunté

por él. Dominé mi voracidad por más, por que me devuelvan más. Tenía mi pedazo de corcho que pronto tendría que envolver para que no se desintegrara en mi palma.

Salimos a la calle del brazo, mi hermano Andrés, Naná y yo, un solo bloque contoneándonos para pasar las puertas sin separarnos. Recién nos soltamos cuando en la vereda nos encontramos con Laura, la compañera de Andrés, y los hijos de los dos, Julia y Tomás. Todos nos abrazamos cada vez con fuerza, reposamos en el hombro que se ofrecía un poco más de lo necesario a juzgar por la mirada preocupada de los chicos, sobre todo de Tomy que entonces tenía diez y miraba con sus ojos celestes sin preguntar. Naná tenía que correr a buscar a mi nieta a la escuela. El resto nos fuimos a comer a la esquina, nos tentó una mesa redonda que vimos por la ventana de un bar parecido a cualquiera en el barrio de Once. Al rato, el papá de Furio lo trajo y se fue después de escuchar un breve relato de nuestra aventura y pispear rápidamente las fotos que había tomado. Andrés estaba taciturno, ni siquiera tenía hambre.

—¿La viste? —le preguntó Laura.

—Era tan poquito... —contestó él asintiendo; en su voz se filtraba la ternura, como si lo que hubiera visto fuera un recién nacido.

El día anterior también habíamos almorzado juntos, sentados en el pasto y rodeados de llamas en el zoológico de Rodríguez, los animales eran un alivio a la pelea interminable entre Julia y Furio, que tienen casi la misma edad. Cuando éramos chicos, mis hermanos y yo habíamos estado ahí. Era muy distinto el paisaje del zoológico en los 70. Estaba prohibido bajarse del auto y se seguía un camino marcado entre leones sueltos. Circulaban por lo bajo, de boca en boca, relatos de sangre sobre quienes habían desoído la consigna. No lograban sacarnos del todo la tentación de bajar la ventanilla. Entre los recortes que amontoné mientras otros restos aparecían y yo esperaba por los míos, tenía uno que hablaba de ese predio

en General Rodríguez, finalmente se había puesto precio al brazo derecho de un niño que se aventuró más allá de los límites; estaba junto al recorte que daba cuenta del hallazgo de un fémur en un museo de las Islas Malvinas, un hueso al que una vez identificado habría que darle sepultura, como se la daríamos nosotros a lo poquito de mi madre que había aparecido.

Cuando volví a casa busqué una bolsa hermética para guardar el pedazo de corcho y encontré en el cajón de mi escritorio la servilleta que había dibujado Cristina Comandé; llevaba años ahí, tenía los dobleces tan ajados que apenas podía desplegarla. Puse en la misma bolsa los dos objetos segura de que la falta de aire los preservaría mejor del paso del tiempo y los dejé donde todavía están, acumulándose con otros fragmentos inútiles que guardaban como un ámbar una historia dentro: una estampita intervenida por mi abuela materna con una cinta bebé que decía “¡mamá!” sobre un bebé Jesús que mira al cielo, un dibujito de mi hija plastificado por ella misma en tamaño cédula verde que hizo un día en que me vino a visitar mientras yo trabajaba en el Registro del Automotor ordenando legajos, una entrada de cine del Festival de Berlín para ver una película de Albertina, un chupete de Furio que no quise tirar, mi primer carnet de la Unión de Trabajadores de Prensa de Buenos Aires. Piedras, caracoles, santos, papeles; mi casa está llena de esos restos testigos que a veces se organizan en un altar y otras se arrumban en rincones que me niego a ordenar hasta que los tiro.

Ninguna otra evidencia podía competir ahora con las fotos que tenía en el celular. Se las mostré a cada persona con la que pasé un rato como se muestran las fotos de los hijos.

—¿Eran de tu mamá?

—No, no sé, algo seguro que sí.

Todo el mundo me preguntaba lo mismo y siempre era la misma decepción ante la duda. Como si no fuera lo suficientemente emocionante ver las prendas separadas de sus cuerpos. Yo estaba embelesada tratando de vestir a las cuatro mujeres y dos hombres del enfrentamiento fraguado como si fueran esas muñequitas de papel a las que encima se les ponía la ropa sujeta con solapas. Pero así, mamá no se recortaba del resto, no se despegaba del papel; no era el mismo duelo. Faltaba el filo de la certeza.

Me cortó como una navaja unos días antes de que 2010 se terminara. Llegué sola a la inspección ocular del Proto Banco, el Centro Clandestino de Detención donde estuvo mamá, en Autopista Ricchieri y Camino de Cintura. Nunca antes había entrado y de pronto estaba caminando por ahí entre decenas de personas: sobrevivientes, familiares, el juez que investigaba la causa, la secretaria del juzgado, abogados y policías que todavía usan el lugar como parte de sus dependencias. Los testimonios fueron muchos, el lugar se había modificado según la época de detención, yo solamente esperaba que hablara Cristina. Fue la última. Recorrimos la recepción, un polígono de tiro, el fondo donde alguien reconoció una puerta, los calabozos que ahora eran habitaciones. Cristina levantó los ojos hacia las claraboyas cuando le llegó el turno y después miró alrededor. El espacio le pareció demasiado chico.

—O a lo mejor era yo la que me sentía chica entonces —dijo.

Contó la anécdota de los piojos de la ropa quemados con querosene, señaló el lugar donde estaban los bancos de mampostería donde pasaban la mayor parte del día, el ojo de luz en el cénit del techo por donde hacían intercambios con la guardia “buena” y que les regalaba la conciencia del día y de la noche. La escuchamos tomadas del brazo con Marina, la menor de las Arroyo. Cuando terminó y se cerraban las formalidades del trámite judicial, me acerqué a ella.

—¿Te acordás de lo que me contaste, que mamá le había sacado las mangas a una polera cuando empezó el calor?

—Sí, fue acá, acá donde estaban los bancos.

—¿Y te acordás de qué color era?

—Claro, era azul.

—La encontré —le dije y me puse a llorar como no lo había hecho hasta entonces, como si estuviera llorando sobre el cuerpo tibio de una mamá recién perdida, como si me hubieran cortado el hilo de mi última resistencia. Cristina me abrazó y sentí en su cuerpo la alarma de esa interrogación breve, un parpadeo, “¿Cómo?” dijo, pero no había pregunta sino exclamación, como si a ella también se le hubieran dislocado la historia y el tiempo y “la encontré” significara otra cosa y no ese retazo de tela deslucido que era una foto en mi celular.

“CIUDADELA: El 2 del cte. a las 03,15, personal de la Policia Pcial, sorprendió en calles Costas y Diaz Velez, a varias personas que se hallaban repartiendo panfletos refrendados por MONTONEROS; al dárselos la voz de alto, atacaron a la comisión policial con armas de fuego, repelida la agresión, resultaron abatidos dos N.N. masculinos y 4 N.N. femeninos. Se procedió al secuestro de dos granadas MK2 y MK—1; un revolver 38 largo, un revolver 32 largo; una pistola cal. 7,65; una pistola cal. 22; dos revólveres cal. 22 largo, y un automóvil Chevrolet rojo. Se hace notar que en un vehículo Opel color negro lograron escapar varios N.N. subversivos. SECCION ‘C’ Nro 367.—”

Libro diario, Dirección de Inteligencia de la Policía de la Provincia de
Buenos Aires, 1977

Fue Celeste, la arqueóloga de los ojos de agua, quien vino conmigo en busca de la última esquina que vio mi madre. Se lo había propuesto antes a Clarita, la hija del cura, y a ella se le ocurrió que podíamos dejar flores en ese lugar donde nació nuestro parentesco. Pero cada vez que le dije ahora, Ciudadela se le había hecho intimidante, un sitio al que no podíamos ir solas, un laberinto. Celeste, en cambio, tenía sus propias razones, quería ver el territorio que tantas veces había descrito en los papeles, su curiosidad científica era un estímulo y encastraba perfectamente con la mía, apasionada. La pasé a buscar cerca del límite de la ciudad y un rato después bajábamos de la General Paz como cayéndonos. La calle, las casas, el enjambre de cables que cruzan por el aire de vereda a vereda, el hollín de las paredes, las persianas cerradas, las rejas reforzando otras rejas; todo tenía un aire a abandono como si un tiempo mejor hubiera sido interrumpido y quedaran como testigos apenas unos cuantos detalles: techos de tejas a dos aguas, la chapa de un timbre lustrada como una joya, una mata de hortensias junto a una puerta. Entramos en la avenida Eva Perón a los saltos, capas sobre capas de asfalto se hundían siempre en el mismo lugar y por ahí pasaban decenas de camiones haciendo temblar sus carrocerías, sacudiéndose como hipopótamos que salen del agua, torpes, pesados. De algún lado venían y a otro iban esas moles rodantes, los galpones que nos rodeaban cubiertos con techos que no resistirían una lluvia de verano no pueden estar todos vacíos a pesar de los vidrios rotos, las vigas de hierro desnudas que claman al cielo esperando un piso más que nunca iba a construirse, los carteles comerciales de tipografía obsoleta

que amenazaban con desplomarse sobre la vereda. Sin embargo, parecían nada más que los restos de un futuro pujante que nunca fue, esqueletos rotos de organismos habitados alguna vez por obreros que ahora colgaban pasacalles ofreciendo comprar pelo, atendiendo maxikioscos que venden sándwiches de milanesa y choripanes asados en medios tanques de combustible, cobrando los honorarios de la señora que promete amarres permanentes de la persona amada en afiches pegados sobre los postes de madera.

Nos perdimos más de una vez presas de la observación encandilada de ese entorno, olíamos la violencia como si fuéramos perras con la referencia en la nariz de lo que habíamos ido a buscar.

Paramos en una estación de servicio, no sabíamos dónde estábamos y la voz españolada del GPS insistía en recalcular, redireccionar, pedirnos que giremos a la izquierda en contramano, que volvamos sobre nuestros pasos, que sigamos recorriendo la piel lastimada del conurbano sin llegar a ningún lado. Pero estábamos cerca. En el mapa que me había mandado Celeste el día anterior había seguido con el cursor de la computadora el camino posible desde la Brigada Güemes, donde mamá había estado cautiva, hasta la esquina de Costa 500, la dirección que figuraba en su partida de defunción. Camino de Cintura, un corto tramo por Rivera Indarte saliendo de la rotonda de San Justo y esta avenida en la que estábamos, derecho, más o menos tres kilómetros y el volantazo para meterse en el barrio donde las luces serían todavía un poco más mortecinas. A la madrugada y en 1977 no pueden haber tardado más de quince minutos en llegar, tiempo suficiente para que la ilusión de sobrevivir diseñe lo primero que se hará con la vida nueva. Tal vez lo que siguió fue rápido y no se dio cuenta.

Mi amiga Raquel, mi compañera de H.I.JO.S., dice que las balas no duelen. Una vez la atravesó una de pura casualidad y me juró que no

duelen.

El paisaje cambió cuando llegamos a la primera esquina de nuestro itinerario: Costa 500, la dirección que figuraba en la partida de defunción de mi madre. Un palo borracho en flor tapizaba la calle de pétalos rosados. Las casas tenían jardines adelante, se escuchaban pájaros y el rumor de una conversación entre vecinos a mitad de cuadra. Le saqué fotos. Merodeé por la esquina buscando no sabía qué. Frente a una casita baja como todas, gris como la mayoría, dos hombres conversaban en la vereda. Me hubiera gustado que fuera ahí, tal vez el aire de barrio le había dado una última esperanza, tal vez se había ido abrazada a ella.

—Disculpe, señor, ¿usted hace mucho que vive acá? —me animé a preguntar después de muchos rodeos a uno de los vecinos.

—Hace 65 años que vivo acá.

Me ilusioné. Le pregunté más, por los cambios en el barrio o en la numeración de la calle. Todo estaba igual. Pero no recordaba nada parecido al asesinato de seis personas en esa esquina.

—¿Es gente que conocías? —me preguntó.

—Mi mamá estaba entre las mujeres.

—Pucha, qué cosa terrible. Qué cosas terribles que pasaron, pero acá no fue. Estoy seguro.

No quería dudar de lo que tenía por verdad, la fecha y la hora de la muerte, la dirección, las balas. Sin hablarnos, Celeste y yo diseñamos el camino hasta la próxima esquina de las cinco donde tuvo lugar la retaliación por aquella bomba puesta en una comisaría de Ciudadela. Llegamos pronto a Falucho y Besares. De frente hay un descampado rodeado por un alambre tejido derruido, sobre el portón que parecía inútil desde hacía tiempo, un cartel comido por el viento y la humedad decía: “Campo de deportes Nuestra Señora de Fátima”. Del otro lado de la calle había unas cuantas casas y el inmenso paredón de ladrillo de una fábrica

de champú. No me detuve a pensar en nada, vi una vecina en la puerta y le pregunté. La respiración monótona de la General Paz se escuchaba cerca.

—Disculpe, estamos investigando un hecho que sucedió acá, en 1977, en el verano...

La mujer me detuvo con un gesto de su mano, se llevó el dedo a la boca como una enfermera. Alguien pasó hacia la calle por el pasillo que ella tapaba con su cuerpo. Esperó que el hombre caminara unos pasos y me habló como si me dijera un secreto.

—Sí, nena, los agarraron acá —dijo señalando un lugar impreciso de la cuadra— y los balearon contra esa pared. Todavía se pueden ver las marcas de las balas. Había mujeres, pobrecitas.

Después empezó a hablar de la inseguridad, de la necesidad de más policías, de una hija discapacitada que necesitaba traslado. Ni Celeste ni yo podíamos escucharla, nuestra atención estaba en el paredón, en los guardias que custodiaban la carga y descarga de cajas, en la constatación de lo fácil que era dar con un testimonio.

Ignoramos a los guardias y nos concentramos en la observación del paredón de ladrillo, vimos las marcas, las fotografiamos, tejimos hipótesis sobre su origen, sobre el tiempo de conservación de los materiales, cómo era posible que siguieran ahí todos estos años sin que nadie recogiera esas pruebas. Envalentonadas seguimos hasta la siguiente dirección: Santamarina y Chubut, tres mujeres y cuatro hombres habían caído ahí. Apenas estacionamos vimos el paredón, encerraba una fábrica de soda. Me acerqué a un vecino que estaba descargando su auto, se presentó como Pirila, así es como se lo conoce, así se lo puede encontrar; como su padre, él también arregla heladeras, nos dijo.

—Eran muchos, no sé cuántos porque no nos dejaron salir hasta muy tarde. Cuando se fueron, cuando se los llevaron, quedaron algunos zapatos en la calle y yo me di cuenta de que esas personas habían estado detenidas.

—¿Por qué?

—Eran zapatillas sin cordones. Antes, cuando te detenían, te sacaban los cordones.

Sentí la euforia anegándome la garganta, como si hubiera ganado algo, descubierto algo, vencido al tiempo, a mi propia incredulidad. Y había sido tan fácil como presentarme en el terreno y preguntar; las marcas estaban a flor de piel, eran la memoria del barrio, patrimonio común, ningún secreto.

Así como estaba señalada esa esquina, debía haber sido señalada la casa de donde se habían llevado a mi mamá, la misma en la que viví entre mis veintiocho y mis treinta y seis años. Los vecinos de la cuadra, el Gordo Ricaño, dueño del bar de la esquina, Carlos Jaureguito, separado de casa por un cerco de cañas, las panaderas de la vuelta, la papelera de la esquina. Todo estaba tal cual como cuando era niña, con todos cruzaba saludos y conversaciones banales, me conocían de chiquita, conocían a mamá de chiquita. Nunca les pregunté por ese día. Nunca indagué sobre lo que vieron, lo que escucharon, lo que sintieron. Nadie tampoco me preguntó nada, nunca. Como si no valiera la pena poner en común, como si el silencio hubiera sido un acuerdo cerrado dentro de mi casa que se expandía hacia afuera, círculos concéntricos dibujados en el agua después de que se tira una piedra y se clava en el fondo mientras se borra su estela. ¿Por qué me habría creído que era yo la única que tenía memoria?

La siguiente esquina era donde había caído la Gorda, la mamá de Tupac y Fidel, nos desorientamos al principio, no encontramos el paredón que esperábamos, había en cambio una parada de colectivos y una imagen en baldosa de la Virgen de la Medalla Milagrosa. Preguntamos en un kiosco por los vecinos más antiguos, toqué timbre y salió un hombre que rondaba los cuarenta.

—Sí, fue acá. En esa esquina antes había un descampado lleno de antenas y un paredón, ahí los dejaron.

—¿Pero cómo? ¿Vos te acordás?

—Yo no, pero sé, porque siempre se comentó en el barrio. Mi mamá me contó.

—¿Podría hablar con ella?

—Está muy viejita, no puede salir. Pero fue ahí, todo el mundo sabe.

Todo el mundo sabía. Era tan obvio que daba escalofríos.

Cada vez que volvíamos al auto hablábamos a la vez durante unos minutos. Nos atropellábamos para confirmar que no dudábamos de lo que nos decían, era increíble que fuera tan fácil despegar la historia del papel. Celeste había trabajado sobre los restos, había desenterrado las bolsas de huesos, había reconstruido las historias separando primero los fémures, los cráneos con sus maxilares, el resto de los huesos largos se habían asociado por ADN y por esa misma cadena les había devuelto los nombres, había visto cómo eran recibidos por los suyos, entramados otra vez en las familias.

Esas familias ahora entreveradas con la mía por el último suspiro de los nuestros.

—Cierra todo, es impresionante —dijo dibujando un círculo en el aire con el índice y el pulgar juntos.

Después hubo un breve silencio.

—Lo que no puedo creer es lo de tu mamá. Qué mala suerte.

Mala suerte, sí. Pero la certeza sobre los otros se mezclaba con la que yo buscaba, cada constatación era un tono de voz y el coro cantaba el *Himno a la Alegría*. Nunca se trató de una sola, aunque devolverle el nombre a su espacio individual, a ese cuerpo que había faltado, fuera como

modelar en arcilla apretando sus límites para darle forma humana, una sola es como polvo, es nada. Nada lo que sabían los vecinos sin que alguien pregunte, nada la memoria que no se contradice, se contrasta, se aviva o se refuta.

—Acá hay una calle “Acosta” —me dijo Celeste—. ¿Querés que vayamos a ver?

—Otro día, por hoy fue suficiente —dije y me apuré para llegar a buscar a Furio a la escuela.

La pala de punta se hunde en la tierra, el peso del pie en su borde la obliga. Saco el terrón y caigo hacia atrás, mi hija se ríe a carcajadas. Tiene nueve años, la cara tan perlada de sudor como la mía, en el mismo sitio, sobre el labio. Maniobra con una tijera filosa para cortar un plástico negro y duro que cubre las raíces del ciruelo que vamos a plantar. Es torpe con la herramienta y está apurada, tiene un sinfín de figuritas que pegar en su agenda y el sol la molesta. Antes de volver la pala a su tarea, levanto la vista, señalo una rama cargada de frutos de un árbol centenario.

—Ahí nos trepábamos para comer...

—Ya me lo contaste mil veces, mamá. No sé para qué querés plantar otro si ese te gusta tanto.

Porque se va a morir, pienso, pero contesto con otra palada de tierra.

—Es ridículo, uno al lado del otro, iguales. ¿Por qué no compraste un limonero? Yo odio las ciruelas.

Un sueño persistente se había metido en el día, lo llevaba atado como un perrito faldero, como si me hubiera vestido sin sacarme el camisón, sentado en mi hombro como un loro parlanchín, dictándome al oído que no es de la noche todo lo que en la noche se vive porque el sueño estaba ahí a plena luz, recordándome.

Había matado a alguien, nadie lo sabía, sólo yo que no había querido pero ya consumado el acto procuraba olvidarlo, probaba a vivir con el muerto archivado en la conciencia, pasaba del horror a la euforia de creer que no se descubriría; si no fuera por mí y la memoria encandilada que iba a volver como vuelve el mar que se retira con la luna llena. No importaba a quién había ultimado, yo tenía el olor de lo que había hecho, no se podía quitar. Lo que yo sabía me perseguía como un sabueso y me iba a alcanzar, era irremediable.

Me había despertado en ese punto porque había sonado el despertador. No hubo grito ahogado como esas veces en que quiero defenderme o atacar y mis manos son blandas y pesadas como una tonelada de algodón inútil. No había sentido la pesadilla pasando por el embudo de la vigilia hasta abrir los ojos agitada, buscando el consuelo de la conciencia. Era sólo un sueño que filtró su clima amargo en el día.

No lo conté, nunca se cuentan los sueños antes del desayuno porque podrían cumplirse. Y después ya no quise, no tenía gracia ni aventura, era sucio como caminar descalza por las veredas de Buenos Aires. Algún muerto debo tener en el ropero, me dije como si me mirara los pies, quién no tiene uno, pensé, como si me sacudiera del hombro la voz de pajarito

que me contaminaba el oído. “Bajo las matas/ En los pajonales/ Sobre los puentes/ En los canales/ Hay Cadáveres” y en todos los sitios donde Néstor Perlongher los delata en su largo poema, bajo mi cama y en mi sueño. Hay cadáveres.

Le mandé, de improviso, por impulso, un mensaje a mi hermano Santiago: “¿Se puso placa en donde enterramos a papá?”.

“La pone el cementerio, no te permiten personalizarla”, contestó enseguida. Nos habíamos visto hacía muy poco, recorrimos juntos la ciudad de La Plata para terminar un trámite que nos reconocía como víctimas directas del Terrorismo de Estado, no como hijos, sino como detenidos ilegalmente durante toda la noche en que los captores esperaron que mamá volviera a casa con su novio, el Negro Arroyo. Papá y mi tía Graciela estaban afuera, también cautivos dentro de los autos de la patota.

Yo había aprovechado ese viaje para pedir los legajos, ahora disponibles, que la Dirección de Inteligencia de la Policía de la Provincia de Buenos Aires tenía de mamá y de mí misma. Los tenía en mi escritorio, el de ella tenía cuarenta folios, el mío, dos, me tenían registrada como periodista y como integrante de la comisión de Prensa de H.I.J.O.S. a mitad de los 90. La burocracia de la muerte también había registrado el falso enfrentamiento del 2 de febrero de 1977 en el que cayó mamá. Había pedido los partes de diarios de esa fecha y ubicaban el hecho en la esquina de Costa y Díaz Vélez, a cuatro cuadras del palo borracho en flor que había fotografiado junto a Celeste. No le pedí a nadie que me acompañara a ver esa esquina, no quería testigos si lo que me tocaba era otra desilusión. Pero ahí estaba el paredón igual a los otros que habíamos visitado, detrás una fábrica de corchos que tenía la misma edad que yo. Hablé con tres personas, ninguna se acordaba.

Mala suerte.

Hay cosas que nunca voy a saber.

“¿Dice su nombre y las fechas?”, repregunté a Santiago.

“Sí.”

Papá había muerto en la víspera, unos meses antes de que cualquiera supusiera que Albertina y yo íbamos a casarnos, algunos más antes de la aparición de los huesos. Lo enterramos una mañana de mayo de 2010, con la cordillera nevada festoneando el horizonte y los ocres y rojos del otoño en Mendoza volviendo escandalosamente bello el paisaje del cementerio diseñado en donde lo cubrimos de tierra en una tumba prestada por la familia de su última exesposa; fue todo tan rápido que no tuvimos tiempo para tomar decisiones mejores. El diagnóstico de leucemia, la esperanza de que se curara, el tratamiento con quimioterapia; todo eso había durado apenas veinte días. Yo lo había ido a ver casi sobre el final y ni siquiera pude darme cuenta de que estaba en ese borde. Mis hermanos ya le habían quitado todo el pelo de la cabeza para que no encontrara sus mechones sobre la almohada, estaba flaco y vestía sólo el camisolín del hospital. Pero tenía las mañas intactas y yo apenas pude moderar las mías. Esa noche que compartimos, mientras una televisión muda transmitía las celebraciones del Bicentenario de la patria que yo disfrutaba y él criticaba por populistas, me preguntó si todavía salía a la calle ese diario en el que yo escribía porque él podría conseguirme un trabajo mejor, debería aprovechar para ir a ver las instalaciones de ese multimedios mendocino cuyas puertas abriría para mí aunque a nadie más le interesara que yo las cruzara alguna vez. Contesté con mi tono de maestra ciruela, ese que solía usar con él, expropiándole cualquier chance de pararse en el lugar de la víctima, exigiéndole voluntad para curarse, garra para tragar el helado de frutilla que me había convencido que tenía que darle.

Él tratándome de oportunidad perdida y yo erguida en mi soberbia, pidiéndole que hiciera lo que tenía que hacer. A lo mejor montó la escena para consolarme, para hacerme creer que no había nada excepcional que

habilitara otras palabras. Ahí estaba mi papá, peleándome, buscando entablar conmigo la relación que conocíamos, regalándome una escena cotidiana repetida, siempre la misma, una que habilitaba el futuro. Siempre había sido así y así seguiría siendo, sin esas rutinas que creemos inmarcesibles no se podría vivir, la muerte se nos vendría encima a cada instante. Espero haberlo mimado como merecía esa última noche. Espero haberle transmitido mi amor y no solamente mi juicio. Entre toses y bip bip de los instrumentos que medían la presión de su sangre, el ritmo de sus órganos, me acordé de un cuento que mi papá me leyó una noche, cuando yo dormía en la cucheta de arriba y Santiago en la de abajo. Era sobre un perro al que le crecía una flor en la cola, se llamaba Saverio. Mi cuento favorito, un *freak* adorable en busca de amor. Y sentí el sabor de la manteca salada que él untaba en vacaciones, del queso administrado por su autoridad en la cabecera de la mesa, su mano sosteniendo mi bicicleta antes de largarme a andar sin rueditas, de los libros policiales como primera lectura. Si hubiera sabido que era la última vez juntos hubiera puesto más empeño en hacerle sentir la corriente cálida de mi corazón. Estoy segura de haberlo abrazado y besado, de haberle dicho que lo quería mucho. Lo vi sobarse la mejilla maltratada después del adiós. Pero él había conseguido desorientarme, llegué a Buenos Aires creyendo que tendría padre para rato. Me equivoqué.

Cuatro días más tarde volví y sólo cuando estuve sentada en el avión supe que todo lo que quedaba era officiar los últimos ritos. Entré a la sala velatoria totalmente desconcertada como espectadora de la dramatización de la distancia entre nosotros. Junto a su cajón otra hija se me había adelantado, su pena era audible y llamaba al consuelo, tocaba la frente fría de mi padre, acomodaba la puntilla de su mortaja, no se movía de su costado. Era una prima, hija de uno de los seis hermanos de papá, iba a

extrañar sus llamados en el primer minuto de cada cumpleaños, los viajes que hacía él desde donde fuera para estar con ella en ese día.

A mí nunca me llamaba para mi cumpleaños.

Era como si me hubiera caído de la constelación de sus hijos para convertirme en una piedra opaca; conmigo podía tropezar y entonces me había esquivado para dejarme ahí anclada en el camino, siempre con la misma pregunta en la punta de la lengua. Porque yo sí quería saber qué había hecho él aquella noche, aunque no fuera quién para preguntar. Aunque nadie debiera preguntar nunca por qué sobreviviste.

¿O no era eso lo que quería saber?

¿O no creía en algún lugar inconfesable que él había elegido su vida por sobre la de ella? Aunque hubiera pensado en nosotros, aunque hubiera querido protegernos; ella también lo había hecho.

¿Cómo no me iba a esquivar si yo apuntaba desde mi lugar de víctima perfecta con ese dardo en la boca?

Del estudio que compartían mi papá y mi tía Graciela en el centro de Buenos Aires salió la patota con ellos tirados en el suelo de un auto. Alguien tuvo que dar la dirección de Moreno, alguien señaló el auto de mi mamá que siguió de largo cuando vio movimientos en la puerta. Graciela tiene sus papeles para dar cuenta de su relato. Mi papá nunca quiso volver a esa noche y lo no dicho se convirtió en una larva que se comía el corazón de las cosas, el centro más blando de nuestro lazo.

En el legajo de mamá de la DIPBA había treinta y ocho folios que daban cuenta del recorrido de un pedido de paradero por la Dirección General de Investigaciones, por la División Mesa de Entradas, por la Red Radioeléctrica, la jefatura del Departamento de Enlace, la Policía Federal División Búsqueda de Personas, la Dirección de Seguridad Interior Sur y después la Norte; la respuesta siempre negativa, con su retórica cansina, marcial y burocrática, recibió sellos de generales de Brigada, comisarios y

jefes entre 1979 y 1981, cuando se cierra finalmente el caso con la constancia de un pedido de Hábeas Corpus formulado por mi abuelo dos días después del secuestro y ninguna causa abierta por “PIL”, privación ilegítima de la libertad. Son los años en que se cursó el trámite de ausencia con presunción de fallecimiento para que se pudiera disponer de sus bienes —de los hijos, entonces, disponía sólo el padre—.

Me acordé de mi enojo cuando supe que eso había sucedido a mis espaldas, por eso sí podía acusar, por haberla declarado muerta cuando mi esperanza de que volviera estaba casi intacta. Y además por no haberla nombrado nunca sin que tuviera que arrancarle una palabra, un plazo de nunca jamás que él llamaba quince días aun cuando yo ya tenía treinta años y le dije que era hora que nos sentáramos a hablar, él y nosotros, sus cuatro hijos, y me pidió “dame quince días”. Habían pasado al menos 485 veces quince días desde la primera vez en que le había preguntado por mamá.

—¡Vos creés que yo tengo la culpa! —me dijo cuando esa reunión familiar finalmente se concretó, en una casa suya que no conocía, de la que me fui llorando frente al silencio de mis hermanos.

—No, papá. Los milicos asesinos tienen la culpa.

Podría haberme abrazado para cerrar ahí mismo el conflicto al que le tenía tanto miedo. Podría haberme dicho incluso que mi frase parecía una consigna y se le hacía difícil de creer. Pero no. Se volvió contra mí para darme un discurso sobre los errores políticos de los 70, para dibujar a mamá como una extremista fanática que había descubierto a los pobres a los treinta y cinco, para que tomara conciencia de todo lo que él había tenido que hacer para salvarnos de una muerte segura.

Si al menos una vez se hubiera mostrado vulnerable, en lugar de perfeccionar año a año el personaje del tipo que en la madurez desprecia sus ideales de juventud porque la única verdad está en el poder. Si hubiera

hablado de su herida, en lugar de socavarme el piso sobre el que quise crecer con esa mirada de pena hacia cualquiera de mis decisiones.

¿Papá me quería? No tengo duda. Pero me quería otra y eso era un tajo en mi corazón que bombeaba enojo. Una vez me corté el flequillo, tendría once, lo había hecho con el pelo seco y caía como palitos rectos sobre mi frente. Me quedé muy quieta sentada en el living esperando que papá llegara de trabajar para mostrarle mi aspecto. “Siempre soñé con verte así”, me dijo. La siguiente vez que me lavé el pelo y el flequillo se convirtió en un manojito de viruta bien arriba de las cejas supe que el sueño había terminado. Cuando empecé a trabajar como periodista y la mayoría de mis colegas me palmeaban la espalda, él me llamó el 7 de junio y me saludó por el “proyecto de periodista en el que te estás convirtiendo”. Mientras estaba internada en un cuarto compartido de un hospital público con mi diagnóstico de VIH positivo recién estrenado y un raro síntoma que me deformaba las piernas, me dijo que cada vez que veía a una presentadora de televisión que tendría más o menos mi edad se moría de pena porque yo no estaba en ese lugar. Diez horas antes de que yo cumpliera 40 años, me citó en un bar porque tenía algo importante que decirme y, sin hacer ninguna referencia a mi próximo aniversario, me dijo que había descubierto que sus problemas conmigo se debían a que a poco de nacer yo había muerto su padre y entonces la alegría por la primogénita se había convertido en un hilito de agua en el torrente de la tristeza. La suma de sus desplantes fue tan larga que cuando alguna vez quiso mostrarme aprobación yo ya no sabía cómo hablar con él.

Las últimas dos hojas del legajo de la DIPBA no eran específicamente sobre mi mamá sino el parte diario con que se completó su eliminación. Era tan burdo el argumento, tan escueta la descripción de los hechos, tan metida entre papeles, entre compartimentos, una pieza más, menor, del plan de exterminio del que fuimos víctimas. Tal vez hubiera sanado algo

haber compartido con él esos rastros que daban cuenta de una muerte sin épica en una esquina oscura de un barrio donde nadie se atrevió a abrir las ventanas. Tal vez hubiera reparado en el detalle de un Opel negro que se dio a la fuga. A él le encantaban los autos. Con Albertina, como si no pudiera moverse del guión de la pareja en la que yo era la chica, había hablado de las ventajas de los motores japoneses, de la calidad de su diseño, de su potencia. Mi esposa me había conquistado con una cupé Honda de los años 80 que todavía manejaba esa vez que se cruzaron.

Yo no fui tan generosa con mi papá como mi prima. Ella siempre se adelanta en dejar su recuerdo para él en las redes sociales cuando se cumple un aniversario de su muerte. Ahí escribió una carta pública donde le agradecía haberla visto tal como ella era, haberla escuchado siempre sin juzgar, reído de sus chistes, amado a sus amigos. Conmigo era capaz de decir que la crisis moral del mundo entero había empezado cuando las mujeres dejaron de criar hijos para salir a trabajar con tal de encenderme las mejillas de bronca y la mayoría de las personas que me rodeaban eran mediocres en su boca.

—Gracias, papá. Te quiero mucho —le dije con la última flor que arrojé sobre su féretro.

Pero era recién ahora, formalmente huérfana de padre y madre, que podía desprenderme de ese muerto, de ese enojo por sentir que siempre me había querido otra y no la que era. Hasta el final quiso mostrarse entero delante de mí que había visto su herida. Hizo lo que pudo. Y es todo lo que yo pretendo.

Tengo los pies de mi mamá, digo, pero no son los suyos.
Tengo sus piernas, pero son las mías.
Y los ojos más oscuros, pero como ella las pestañas.
Este es mi cuerpo, digo y no sé por qué la voz dice *mi*,
si son lo mismo
el que estuvo, el presente, el que puse donde no tenía.
El dolor se hunde en la materia
como se hunde el tiempo al costado de mi boca, sobre los labios, en los
párpados, los hombros, las manos; cada una de las partes blandas que de
ella
se han ido

Abrí los ojos y volví a cerrarlos, no había nada agradable en lo primero que había visto. La superficie fría, lisa y dura bajo mi cadera no me alcanzaba para ubicarme, no estaba en la cama, tampoco sabía dónde. Aspiré el olor de mis perras, nítido, fuerte, y ellas se movieron empujándome con el lomo como pidiendo lugar. Abrí los ojos de nuevo, hice foco en mi horizonte próximo: el límite del polvo que se acumula donde no llega el escobillón y un pedazo de algodón apelotonado y húmedo, las marcas de los dedos impresas, un costado negro como si se hubiera usado para sacar maquillaje. No sé cómo llegó hasta ahí, cómo se ubicó al fondo, debajo de un mueble junto a un caramelo con una maraña de pelos pegados, tesoros de quién serían esas porquerías que se salvaron de ser arrastradas a la basura. Mala ubicó su cabeza en mi cuello y emitió tres respiraciones seguidas haciendo notar su preocupación por mí. Mi hija le puso el nombre por una rapera española que le gustaba; Albertina y yo acordamos, cuando nos conocimos ella tenía un perro que me dejó una cicatriz de ocho puntos en el brazo, aceptamos ese nombre a modo de conjuro y lo completamos: “Mala, la perrita buena”. El primer ser que criamos juntas, ella no se iba a mover mientras yo estuviera quieta, no importaba cuánto tiempo. Favorita, con sus tres patas, ya estaba sentada, contoneándose ansiosa; para ella era suficiente, yo no debería estar ahí. Moví apenas los ojos, encontré una cucaracha con las patas para arriba y una sustancia blanca saliéndole como excremento. Se le movía una antena pero no estaba viva, varias hormigas rojas trataban tenazmente de arrastrarla, muerte que vuelve a la vida, al menos como alimento. La

arcada fue inmediata y me hizo doler el tórax, remedo de otras, las que me habían dejado durmiendo ahí no sabía desde cuándo. Tenía un balde cerca de mí, un almohadón bajo la cabeza y una manta encima; estaba en un lugar de paso, al lado del baño de las visitas y el agua sucia de los animales. El piso era de lajas lustradas, las patas de los muebles de madera, torneadas, las cortinas arrastraban un volado con borlas doradas. Ese color de falso lujo en una quinta alquilada me dio más náuseas que los platos de las perras tan cerca de la nariz con su estela de baba visible. Mi último recuerdo consciente era mi propio reflejo en el ojo de agua al fondo de la boca del inodoro y el hilo de bilis verde que caía después de una conmoción que me arqueaba hasta los pulgares. No quería dejar de abrazar la taza blanca, no podía irme lejos de ese cubículo estrecho donde podía devolver lo que ya no tenía al pozo ciego donde se acumularía con todos los restos despreciables de nuestros propios cuerpos. Tenía tanto que devolver.

—Déjenme, déjenme acá, pero no se vayan lejos, hablen de mí.

Eso había dicho antes de echarme en el piso como una perra más. Quería yacer ahí mientras alrededor seguía presente. Era tan burdo, tan obvio lo que decía, tan vergonzante mi propuesta. Déjenme ahí como si no estuviera pero no se olviden de mí, háganme lugar entre ustedes, sosténganme con el hilo de su charla, no dejen que me vaya del todo. Creo haber escuchado las risas de Albertina y de los dos amigos que nos acompañaban apenas pronuncié la frase. Iba a tener que remontar todo el día esa vergüenza, esa irrupción del inconsciente como un grano de la adolescencia que se explota frente al espejo y llega a mancharlo. No era tanto lo que había bebido, no era lo que había jalado, fue la euforia. El torrente de palabras, las letras deslizándose por la garganta como si se ordenaran solas siguiendo un plan maestro que no era el mío y que a la vez

sí, era el mío, era yo, la niña yo desbocada organizando un funeral postergado como si fuera una fiesta.

—Quiero que vengan todos, que estén mis amigos, sus amigos, la militancia; quiero que haya música, que traigan flores. Lo que yo quiero es que vengan todos.

—Vamos a ir, Martita, por supuesto —me decían poniéndome la mano en el brazo, como si así pudieran ubicarme de nuevo en la barra donde nos acodábamos, en esa casa inmunda, opulenta, plagada de ornamentos camperos mezclados con caireles dorados, tan ridícula como para ubicar el quincho a treinta metros de la pileta, techado y con ventanas tapiadas por enredaderas, con bancos sin respaldo en torno a la mesa. ¿Quién podía querer compartir algo en un sitio como ese? ¿Qué mejor antagonista de un asado que un quincho así, aun con su horno a leña, su parrilla redonda, su barra, todo a oscuras y escondido? No sabía qué clase de psicosis nos había llevado a alquilar un lugar como ese para terminar de pasar un verano que para mí estaba suspendido. El tiempo seguía enloquecido, mi ánimo no tenía devenir, estaba anclado entre lo que había pasado y lo que todavía no. ¿No era evidente que estaba de luto? ¿Y qué? ¿Me iban a pedir que me lo quitara porque se extendía demasiado? ¿Qué hacía yo todos los días yendo y viniendo con mi mal estilo de nado por una pileta olímpica que también, por supuesto, tenía una barra iluminada a su costado mientras Albertina se pasaba el día pegada a su teléfono preparando su próximo proyecto, tan lejos de mí como le era posible? Furio tenía a su niñera que lo paseaba por la hectárea de parque en un carrito, nuestros amigos tomaban tragos rojos a la sombra y yo me sentía como a los trece años, cuando después de conocer a la primera persona que tenía un familiar desaparecido, me mandaron a Suiza a una escuela de verano para que aprendiera francés y esquí. Era una compañera de colegio que estaba ahí, a mi lado en cada recreo, una con la que nunca habíamos hablado

hasta que una vez en el depósito, un lugar oscuro entre dos aulas donde se colgaban los abrigos, no sé por qué dijimos la palabra, desaparecido, y ella habló de su hermano, me dijo que su hermano también y yo la miré como si hubiera dicho el nombre de Dios. Ese encuentro se prolongó en días y noches sin separarnos, escuchando discos en la habitación de su hermano que había quedado intacta porque sus padres la querían así para cuando volviera, revisando sus papeles, tiradas en sus almohadones, leyendo sus poemas. Escuchamos cada uno de sus discos y los copiamos a casetes, directamente del parlante. Yo me despertaba y me acostaba con el grabador al lado. “Hombres de hierro que no escuchan la voz, hombres de hierro que no escuchan el grito, hombres de hierro que no escuchan el llanto. Gente que avanza se puede matar pero los pensamientos quedarán”, cantaba sobre el ruido a púa de la cinta y esperaba la hora de volver a pasar un rato en la habitación del ausente cuando salíamos del colegio y antes de que la madre de Laura, mi compañera, volviera del trabajo porque no estaba bien que estuviéramos desordenando esas cosas. *Escalera al cielo*, de Led Zeppelin, era mi otra canción de cuna, la hacía sonar muy bajito, lo suficiente para que la recibiera mi oído pegado al aparato grotesco con una manivela para avanzar, retroceder o poner play igual a la de un lavarropas; no tenía que molestar a la hija de la esposa de mi papá. Laura, mi compañera de escuela, se había convertido en una mala influencia para mí y era esa supuesta hermana la que siempre me delataba. Se burlaba de los dibujos que hacía en mis noches en vela, féretros voladores, ojos sangrantes, raíces exageradas, árboles secos, malas imitaciones de las tapas de Pink Floyd o del rock nacional de los 70. Empecé a faltar a las clases de Educación Física para quedarme sentada en alguna vereda fumando cigarrillos y hablando no sé de qué pero riéndonos mucho, cantando a capela, robando de vez en cuando algo del kiosco, probando la boca de los chicos del barrio. Me iba a quedar libre sólo por

esas faltas, pero antes discutí en Educación Cívica sobre la gracia de hacer un paseo al Congreso cuando no servía para nada en plena dictadura y llamaron a papá para avisarle que el año siguiente no me querían en el colegio, no querían siquiera que me acercara a la puerta porque una manzana podrida pudre a todo el resto. Laura también sería expulsada. Nos iban a separar y papá estaba de acuerdo, ni siquiera quiso escuchar la posibilidad de inscribirnos juntas en otra escuela. Él no quería una escuela pública para mí —se tuvo que resignar cuando las expulsiones siguieron sucediéndose, pero para entonces tenía dieciséis años y tampoco duré mucho en esa institución—. Yo me merecía otra cosa, por eso había pensado en el viaje a Suiza. No me entusiasmaba nada, lo único que sentía era una rabia efervescente frente a la injusticia que no sabía cómo calmar. Me dejé arrastrar por negocios en los que nunca había entrado para que me compraran un equipo entero de esquí, saqué el pasaporte, conseguí sonreír frente a las fotos del lugar a donde iba pero lloraba cada noche con el mismo abismal desconsuelo. Entonces papá vino a sentarse al costado de mi cama, en la casa de Flores, en el cuarto que había sido de los varones cuando vivíamos con mamá y que ahora era nuestro, de las mujeres; ellas, las hijas de Colacha, la esposa de mi papá, dos; yo, una. Debe haber sido una conversación a solas pero guardo la sensación de todos circulando por la casa, los siete que éramos, nosotros cuatro y los tres de Colacha —o Liliana, según quien la nombre—, las edades iguales por parejas: dos mujeres de trece, dos varones de once, un varón y una nena de siete, hasta llegar a Juan que flotaba solo como un punto que se había soltado de un suéter, un poco más a la intemperie que el resto, cinco años con muchos menos mimos de los que había merecido. Chicos y chicas que a veces nos llamábamos hermanos, pero la mayor parte del tiempo nos tratábamos con recelo; ellos no sabían por qué estábamos nosotros ahí, nadie se lo había dicho. Nosotros no sabíamos cuánto iba a durar. Ellos tenían a su papá y no

les gustaba el nuestro. Nosotros no teníamos a mamá y odiábamos a la suya; además, nos dábamos perfecta cuenta de cuán diferente los trataba a ellos. Entre los chicos, las cosas se dirimían con desprecio o con violencia. Yo creía que me entendía mejor con la violencia, hasta que quedé tendida en el suelo del hall de un cine frente a un montón de gente, porque mi medio hermano, el que tenía la edad de Santiago, me había dado una piña en el pecho que me dejó sin respiración. En cuanto al desprecio, el desprecio corroía mi autoestima como si guardara un animal de rapiña bajo la ropa. Abruptamente había dejado de ser la más linda de la casa, era desprolija, mersa, no tenía ropa suficiente y encima me desarrollé muy rápido y olía a chivo. Tenía sombra en el bozo y las cejas unidas si no me las depilaba. Todo mi mundo, mis amigas, los lugares a donde me invitaban a las primeras fiestas, el barrio en el que me había criado, la música que escuchaba, todo era grasa para mi hermana en paralelo; y su madre le daba la razón. Era todo eso lo que había dejado de importarme cuando encontré a Laura, cuando por poder decir esa palabra pude decir otras y entonces había un lugar para mí en este mundo. Papá se había dado cuenta, por eso vino a hablarme esa noche en esa casa superpoblada donde nos amontonábamos sin llegar a convivir.

—Hay algo que tenés que saber. Todo eso que dicen en el exterior, es cierto. En la Argentina no somos derechos y humanos. La violencia no se puede contestar con más violencia.

No lo miré, clavé los ojos en la manta de mi cama y empecé a sacar las bolitas que se formaban en la lana con la respiración contenida. Bajó la voz.

—Es verdad, hay desaparecidos.

—Como mamá.

—Sí, como tu mamá.

Me abrazó y yo me colgué de su cuello deseando que nunca le pasara nada, pobre papá, se creía que yo no sabía.

Al mes siguiente estaba en Suiza, rodeada de millonarios de Medio Oriente, de Brasil y un grupo de argentinos entre los que quise encajar mintiendo sobre casi todo: mi edad, el barrio en el que vivía, la música que escuchaba, el nombre del colegio al que ya no volvería; tratando de no ser mersa.

La amnesia, como un zumbido de mosca, vibraba con fuerza.

Me levanté y atravesé el cuarto en el que Albertina dormía en una cama en la que podríamos haber entrado seis de nosotras, entré al baño y puse a llenar el jacuzzi, tenía la esperanza de que ella se despertara y viniera a meterse conmigo. Que me sacudiera el cuerpo, que pudiera temblar de cualquier cosa que no fueran arcadas, quitarme esa gravedad insoportable. Los huesos de mi madre se habían transformado en un ancla, no me dejaban mover. No podía hacer nada con ellos todavía, mamá había vuelto a su limbo, no se había inscripto su muerte, no la había acompañado a ninguna morada; ni siquiera me había animado a verla. Yo estaba otra vez a la espera, con una cadena que desde adentro del cuello tiraba hacia el fondo, hacia esa angustia que no terminaba de nombrarse; ella había aparecido pero su muerte seguía desatendida.

El agua tibia me tapó hasta la nariz, cerré los ojos y estiré la mano en busca del botón que accionaría las burbujas; no funcionaba. Era obvio. Me quedé un rato de todos modos en el agua buscando un punto en mi cuerpo que activara alguna otra efervescencia, no tenía caso. Febrero estaba languideciendo, ya ni me tentaba la piletta. Escuché a Furio despertarse y lo fui a buscar, el silencio alrededor prometía un buen rato a solas para los dos. Ese año a él le gustaba jugar con indios y soldaditos de plástico, las

mismas imágenes anacrónicas de las que yo también tenía memoria, cuando era niña los varones jugaban con ellas: pieles rojas con coronas de plumas y unos contrincantes que podrían ser vaqueros o soldados de la guerra de Secesión, moldeados con los detalles mínimos y de un solo color, amarillos, azules, rojos. Aunque también compramos, sin darnos cuenta, una bolsita de figuras verdes que traía dos tanques con el escudito del Ejército Argentino, eran calcomanías que fueron despegadas de inmediato como si hubieran sido radiactivas.

Furio ordenaba sus muñequitos con prolijidad obsesiva sobre el piso de laja y se enfurecía cuando una rebarba de plástico le arruinaba el equilibrio de las bases planas. No había guerra, eran manifestaciones silenciosas bajo la mesa del desayuno que podían desarticularse en bandadas por un golpe impetuoso frente al primer caído. Y yo pidiéndole que no se enojara, tratando de convencerlo de que a los caídos no se los llora, se los reemplaza.

Vaya consigna estúpida.

Abrí mi cuaderno mientras tragaba una tostada con manteca atrás de otra, cada vez que tomaba la lapicera me decidía por el pan y volvía a dejarla en la mesa. Escribir se había convertido en un acto solemne, aun lo que nadie iba a leer, como si cada palabra que anotaba se pusiera en fila hacia el mismo camino, la construcción de un epitafio al que temía, no me daba respiro, me quitaba el alivio del necesario olvido, ese que funde la cicatriz en la piel y la convierte en una marca de estilo. Estaba presa de una presencia alucinada, constante como la luz de verano en las regiones polares, abriendo grietas entre las maderas del techo, esperando detrás de las cortinas, siempre clara, a veces brillante, el sol acechando sobre el horizonte sin nunca acabar de ponerse. No estuve ahí, pero sé lo que es una noche blanca.

Esta es la noche, encendida.

Esta es la muerte de mi madre, presente.

Ahí estaba el desatino, extender la intervención de la muerte, su fugaz parpadeo. Aun agonizando, nadie ha muerto hasta que murió y eso se escribe siempre en pasado. Los días de rito, los trámites burocráticos, la inscripción que señala, la fecha como un corte; nada de eso se había metido como una cuña en mi rutina infantil de escuela y visitas a lo de mis abuelos, pujando por un espacio donde acomodar la sorpresa: ahora late, ahora no.

¿En qué instante se detuvo el corazón de mamá? ¿Cuánto bombeó ese músculo la sangre derramada?

Su silencio se había acomodado a mi costado, sin irrumpir, sin detener ninguna melodía; un corazón mudo y su latido fantasma marcando el compás de espera de lo que nunca volvería como un metrónomo sobre el cascarón de un piano vacío.

La primera vez que me enamoré de una mujer fue durante su agonía. Un amor platónico y discreto que se abrió dentro de mí mientras sus huesos se volvían cada vez más nítidos bajo la piel y las cuencas de los ojos se hundían para volver su mirada todavía más salvaje. Tenía algo de bruja esa mujer, Liliana Maresca, una artista plástica a la que conocí cuando trajo a una muestra de arte erótico que yo organizaba una escultura pequeña, un perrito con un ojo en el culo. Me encandiló enseguida su energía vibrante y contagiosa y ella se ocupó de tender lazos para mí que todavía me sostienen. Ese ojo en el culo me escrutó como ninguna otra mirada, yo necesitaba un punto de vista que me diera vuelta y Liliana lo sabía antes que yo.

Siempre tuve la pulsión de observar a los muertos; en los velorios, aun en aquellos a los que asistir es una pura formalidad, me las arreglaba para llegar hasta el cajón y observar el cuerpo lívido, marmóreo, los labios unidos por el pegamento, el pelo que de inmediato, no sé por qué, se

convierte en paja. Otras madres, otras abuelas —las mías murieron después que la mayoría de los amigos que enterré—, víctimas de casos policiales que me tocó cubrir por mi trabajo; de todos me despedí como si importara, como si pudieran llevar un mensaje o dejarme a mí descifrar el suyo aun siendo una extranjera entre los deudos.

Liliana me cobijó para que yo pudiera observar con los ojos desnudos de toda extranjería. Fue un privilegio que me eligiera para participar de ese círculo de mujeres que la cuidamos mientras ella se encendía como una estrella un poco más antes del final.

“Que la pequeña luz deje de brillar no cambia nada/ Todo va a seguir igual/ El alimento se desvanecerá/ Alguna lágrima resbalará/ En el surco de alguna mejilla/ Y cada uno se dedicará por si acaso/ A vivir más su propia vida.” Tirada a los pies de su cama había leído esos versos en silencio, encabritada frente a lo que decía. Toda mi vida se transformaba bajo su resplandor, ¿cómo podía decir que no cambiaba nada? Pero tenía razón, todo lo que en mí mutaba era al calor de su vida, de los ojos de su amante que le sostuvo el deseo aun cuando apenas quedaba cuerpo para sostenerlo, de esa lenta y larga despedida que se organizó en torno de ella, sin solemnidad, sin drama, como si morir fuera dejarse llevar blandamente a la desembocadura del río de la vida sin ninguna agitación mayor que la que había tenido en otros tramos de su cauce. Disfrutando de la rica comida, mitigando el dolor tanto como fuera posible, dibujando y escribiendo en los paspartús que nos ocupábamos que tuviera a mano.

Liliana tenía sida y yo también.

La observaba alejarse lentamente de la vida y sentía que su muerte era algo que se podía desear. Llegaba a ella sostenida por las cuerdas que había tensado siempre: la del amor, la del arte, la de lo sagrado en un rayo de sol en la cara. Pero no me estaba enseñando a morir sino que me impulsaba a vivir con una garra que yo intuía pero no sabía que tenía.

—El cuerpo ya lo puse yo, Dillon, ya está —me decía como si adivinara que el mío estaba superpuesto con otro que me faltaba, que no había visto morir y me empeñaba en sostener en algún sitio, animado aunque fuera a través de mis dolores. Era como si me abriera los ojos y me dijera, mirá, mirá bien porque esto es todo. No hay más oportunidades que esta, nada que desear en el silencio perpetuo. “Entre bullicios/ gusanos me esperan/ seré su alimento/ y aquella parte más hermosa mía será perfume de magnolia...”

Fueron largos meses de dolor y pasión arrebatada. Hasta que se fue después de una noche a medias consciente en la que repetía la pregunta por su hija adolescente, una niña de dieciséis a la que yo nunca había podido mirar porque me daba pánico lo que ella sentía. “¿Y Almendra? ¿Y Almendra?”, insistía indagando en lo que no tenía remedio. Fue Lucrecia, su amante, la que la calmó, le dijo que estaría a salvo, que la cuidarían, que ella la iba a cuidar (y cumplió). Entonces se entregó, cruzó lo que ella en su delirio nombraba como un puente, entró en un sueño de unas horas hasta que irrumpió la sorpresa: ahora ya no late. Y entonces su cama se cubrió de pétalos de jazmines porque lo que allí quedaba se podía adornar; amar también, pero sólo como se ama a los objetos, sin recibir nada a cambio.

Al día siguiente, cuando la enterramos, entre aplausos y gardenias, yo estaba exaltada. Con una literalidad vergonzante, como si la palabra emergiera de mi inconsciente, como si se hubiera hundido a la fuerza una boya sin lastre para después soltarla, yo le decía “mamita”, se fue mamita. Había visto en mi amiga lo que me había sido robado, la ausencia de vida en cuerpo presente, la caricia sobre la piel rígida que corta el hilo de una relación, la tierra sobre el cajón, la tapa sobre el sepulcro, la constatación necesaria para que cada quien se dedicara, por si acaso, a vivir más su propia vida.

Ahora que se presentaba la constatación treinta y cinco años postergada, el latido fantasma del corazón de mi madre se detenía y en su lugar un ruido seco, a huesos rotos, me dejaba una superficie demasiado áspera para acariciar. ¿Cinco piezas óseas? ¿Era eso un cuerpo? Un cuerpo como era el de mamá cuando la recogieron en la calle y la dejaron como un residuo en la morgue del hospital Ramón Carrillo, un sitio helado que ahora huele a aldehído pero que entonces debía heder a corrupción porque sólo hay sitio para nueve y en febrero de 1977 se acumulaban veintiséis cuerpos acribillados.

—Si hace falta, se los pone en camillas —me dijo una mujer de ambo blanco parada frente a un cartel que rezaba “Anatomía patológica, mantenga la puerta cerrada”, aunque ella la dejó abierta para entrar y fijarse si quedaba algún registro de los hechos del 77, después de confirmarme que sí, que esa era la morgue.

Había ido sola, de mañana, siguiendo el impulso de hacer algo en ese limbo en el que habíamos quedado ese verano, ella y yo a la espera. Ví a la mujer entrar y salir de una oficina, convocar a otra que meneó negativamente la cabeza, dar un portazo y volver a mí para darme otro rodeo.

—Tenés que ir a Admisión y Externamiento, una cortinita verde que hay a la derecha de la entrada. Preguntá ahí.

—De todos modos, yo quería ver la posibilidad de hablar con alguien, alguien que se acuerde...

—Y no, ya pasó mucho tiempo. No creo...

—Pero ¿podría preguntar?

—No sé a quién preguntar. No hay nadie de esa época.

—¿Usted hace mucho que trabaja acá?

—Yo empecé en el 78, el año del Mundial. Pero ya le digo, del 77 no sé nada.

—¿Cambió mucho la morgue desde entonces?

—Está todo igual.

—¿Igual, igual?

—Igualito, no cambió nada.

—¿Cuántos cuerpos se pueden guardar acá? Digamos doce días...

—Tenemos nueve heladeras, no siempre funcionan. Pero si hace falta, se los pone en camillas. Igual, tantos días, no creo...

—¿Y cómo es el procedimiento cuando hay personas no identificadas?

—Tenés que ir a Admisión y Externamiento. Ahí te van a decir.

Detrás de la cortinita verde a la que me guió había otra mujer, su nombre me tocó en esa zona acuosa entre la garganta y el pecho, se llamaba Angélica, como mamá.

—¿Sabés si llegó muerta? —me preguntó después de escuchar mi breve relato. Era linda, tenía cara de india y un flequillo lacio y casi azul de tan negro.

—No.

—Porque si llegó viva, aunque sea unos minutos, la tenemos que tener registrada. ¿Cómo se llamaba?

—Marta Angélica Taboada. Pero entró como NN.

—Dejame que me fije, en una de esas...

Y mi corazón se puso a latir desbocado frente a la posibilidad, que hubiera llegado viva, que la hubieran atendido, que alguien la hubiera tocado.

—¿Qué año me dijiste?

—1977.

—Ah, no, de ese año no queda nada. Pero igual me voy a fijar, repéteme el nombre.

—Pero ¿a dónde van a parar esos archivos?

—Se queman, mirá lo que es esto —y su brazo señala la pila de estanterías detrás de ella sin mirarlas—, no se puede guardar todo. Tendría que haber pedido alguien que no se quemara, qué pena. Decime el nombre, a lo mejor, por alguna razón...

Y se lo repetí y otra vez el corazón latiendo en vano porque ella sabía que no había qué buscar aunque yo sentía la vibración de su pena, la empatía de su pena con mi corazón partido, el mío, el que ponía el ritmo, el que venía poniendo el ritmo todos estos años, conservando su silencio en el intervalo, guardando como un quiste en mi anatomía los fragmentos de ella que habían quedado dispersos.

Esperé a que Angélica volviera a la ventanilla a menear piadosamente su cabeza atemperando el no que ya sabía que recibiría. Me fui enseguida, si me quedaba corría el riesgo de ponerme a llorar a los gritos, como hubiera querido llorar alguna vez, como si nunca hubiese sido suficiente.

Como nunca.

Una apoteosis del llanto merecedor de consuelo.

Pero quién merece consuelo para una muerte treinta y cinco años atrás sucedida. Ni siquiera a los diez o a los cinco; la muerte tomaba cuerpo cuando ya no se esperaba más allá del milagro, cuando la ausencia era como la línea del horizonte, siempre ahí, fundida en el paisaje cotidiano, las más de las veces invisible, cuando el llanto desconsolado era disonante, una pantomima, un llamado de atención de la niña que había dejado de ser a fuerza de amnesia y silencio.

No, nadie consuela del todo las historias viejas ni el dolor de las cicatrices aunque supuren cada tanto, intempestivamente, y se desgarre la piel en llantos desordenados. Las cicatrices no deben doler.

Salí a la calle, al ruido del tránsito, a la luz del mediodía, al tiempo en el que estaba y del que me había perdido.

¿Acaso sabía qué tiempo era uno y cuál el otro?

Ahora mismo, ¿por qué no se movía?

Porque yo seguía atascada, la panza inflamada, el deseo dormido, los sentidos muertos, el cuerpo vivo buscando echar raíces en la tierra materna, donde había sido una sola materia ensoñada, como escribió León Rozitchner en sus últimos papeles, aprendiendo el lenguaje antes del lenguaje, cuando su voz me llegaba amortiguada por las aguas, cuando la rosa era la rosa rosa sin significante, “el uno sensible que se mantendrá como el secreto de la unidad imborrable con la madre, aunque la ‘realidad’ de los que sólo sueñan cuando duermen conspire para olvidarla”.

Mi cuerpo hablaba por ausencia del suyo, nunca aprendí del todo a separarme.

Y no encontraba eco para ese secreto.

La casa se despertaba, los amigos salían de sus cuartos en traje de baño hacia la pileta, Furio se había aburrido de sus figuritas de colores y me pedía que fuera yo la que empujara su carrito por el amplio terreno verde así como la vida me empujaba hacia la intemperie, donde los duelos tienen un término y era necesario optar entre ese presente que latía o ese pasado que ya no.

Pasto y hojas secas, un palo delgado sobre otro, nudosos, quebradizos
ramas como brazos por encima sin asfixiar el corazón de aire en el centro
porque sin aire la chispa

no es fuego

Los troncos se acomodarían después, cuando la llama arda y el calor haga
huir

los bichitos que viven en las vetas

uno junto al otro

uno sobre el otro

los cantos lustrados por donde pasó el filo

las cicatrices visibles de cuando el tronco fue árbol

todos ardiendo en una enorme pira que alimentaría

un día y una noche y otro día si fuera necesario

para que sus huesos se hagan cenizas, polvo en el viento mientras yo sudo

agua en la piel y en la boca

líquido en el cuerpo

sangre y fuego

agua y fuego

deseo y ocaso

una muerte una sola

una pequeña muerte

Una mancha oscura sobre la pantalla, unos reflejos de luz, los colores gastados de una vegetación que reconocía aunque no tuviera contorno definido, las láminas curvas de un agave sobre las que una vez escribí mi nombre y un sisal cincuentenario alto como dos hombres superpuestos. La sombra de un peral que todavía daba frutos y las flores de la orquídea patito en la punta de una rama delgada como un hilo. Debajo estamos los niños, somos dos nenas y un varón, otro más que apenas camina, el sol nos hace fruncir las caritas que igual sonríen sin posar; en el centro, entre nosotros, una caja de cartón es el tesoro que custodiamos, un racimo de uvas se mueve como un péndulo en una mano infantil, la proyección digital era totalmente muda, la luz y la sombra, el tiempo impreso en una serie de manchas que se superponen al follaje del árbol, la niña que soy ahí se corre un mechón de pelo de la cara con la palma de la mano, dentro de la caja se ven los plumones amarillos de unos pollitos que pían y se mueven uno sobre otro. Entonces ella entra en el cuadro detrás de nosotros, la mujer que yo era ahora sintió el agua acudir a los ojos, pero el foco no la busca, la deja ir sin pedirle una mirada para la posteridad. Tiene un cigarrillo en una mano y un vaso en la otra, esquiva la cámara, se tiende sobre una lona, apoya el vaso en el pasto, se ve su mano llevar a la boca el cigarrillo, sus muslos sobre el piso, las rodillas dobladas y los pies en un vaivén desde el piso hasta los glúteos, desde los glúteos al piso. Corte. Se abre la playa, la cintura de arena, el agua de un mar manso que apenas trae espuma a la costa, el horizonte es nítido, un barco de carga, dos, tres, vaya a saber qué poesía perseguía esa cámara que vuelve a la orilla donde un

bebé gordinflón golpea con sus manitos redondas como pasteles de queso el agua que viene a lamerle los pañales y hace volar las mismas gotitas que lo asustan y lo hacen reír, se para, escarba la arena como un perro, vuelve a sentarse con la contundencia de un cuerpo que todavía no termina de erguirse. Es mi hermano Andrés, lo reconocí por sus ojos chinos. Aparezco yo, el pelo en media cola, la sonrisa hasta las orejas, una bombachita por traje de baño, corro en el agua hasta que me detengo como si me hubieran llamado y me doy vuelta. El pelo de ella es una trama difusa —mi corazón dio un respingo, ¡ahora sí!—, vi la bikini hasta el ombligo, sus piernas gráciles, sus brazos que se extienden cuando se agacha, una ola alcanza al bebé y cuando quiere pararse, otra más, hay que levantarlo. Yo salgo de cuadro, ella también, ni antes ni ahora me mira. Corte. Otra vez la quinta de Moreno con sus plantas salvajes y exuberantes que parecen la selva y no los apenas cincuenta metros de fondo que para mí eran el mundo. Santiago con su flequillo hasta los ojos hunde la cara en una tajada de sandía, la carne rosada se le escapa de la boca mientras mastica y dos semillas negras quedan pegadas sobre sus cachetes. Detrás de él un par de piernas, el detalle de un dedo gordo con la uña pintada, un fragmento de una silla de director de madera y lona. Corte. Otra vez la playa, mi papá lleva sobre los hombros a Andrés, todo sonrisa y cachetes, las manitos se sostienen de los pulgares de papá que abre el resto de los dedos de su mano como un mago que muestra que no hay truco, es puro equilibrio de la espalda recta del bebé lo que sostiene su peso contra el cuello. Corte. Ellos dos, papá y mamá, de cuerpo entero y de lejos, tan lejos que diviso los barcos como paisaje de fondo, están increíblemente jóvenes, delgados, caminando de la mano, el viento de frente, él con esa pancita redonda de ningún ejercicio y las piernas flacas como palillos, ella ladea un poco la cara sobre su hombro, coqueta, el pelo la cubre, de su mano camina una niña rubia, la misma que comía uvas junto a los pollitos,

quiero creer que yo soy la gordita morocha que está del lado de papá. Contuve la respiración, fui capaz de escuchar el viento que no se escuchaba de ninguna manera, van a acercarse, mamá se retira el pelo de la cara pero todavía está muy lejos para verla, el horizonte azul, las sombrillas de colores, otros chicos correteando entre ellos. Ahí estaba, nítida y en movimiento aunque a la distancia, rogué que se sostuviera la imagen, que se acercara, que llegara al primer plano pero no, siguen de largo o caminan en círculo, no sé, es papá el que se adelanta, extiende su mano, el horizonte se invierte y una mancha rosada lo cubre todo. Corte. El bebé Andrés dentro de su cochecito mueve los brazos y las piernas como un reptil, el índice de una mano femenina le toca la boca, le baja el labio inferior como si quisiera hacerlo decir ajó, la cabecita se mueve rebelándose. El plano es largo y sólo sucede que hay ahí un bebé lleno de vida que no hace monerías, no se da vuelta, apenas las manos y los pies desplazando el aire frente a él, a la sombra de un día que adivino radiante. Corte. Mis rulos negros y apretados detrás de las piernas de mamá, todo lo que tengo de ella termina donde empieza su traje de baño y su mano impulsándome a salir de mi escondite, no lo hago, me agarro con las dos manitos de sus muslos, las piernas giran sobre su eje para delatarme, la cámara también gira, detrás las flores blancas y violetas de un jazmín del Paraguay, ella da unos pasos, yo meto todavía más mi cara de luna llena entre sus piernas, por encima de su entrepierna está el borde de mi pantalla, su palma se acerca al ojo que la mira, la mueve de un lado al otro con los dedos abiertos, saluda, la mano invertida dice chau y yo también. Corte, funde a negro.

Volví al principio, la secuencia comienza otra vez, las plantas, los pollitos en su caja que regalaba una empresa de papel higiénico a la salida del supermercado, ella, el cigarrillo —fumaba Virginia Slims—, la espalda curva de su traje de baño blanco con un festón azul marino en el borde; la

Playa Mansa, la arena en los pliegues del punto smock de mi malla, mi hermano Andrés como un buda, mi hermano Santiago y la cáscara verde llegándole a las orejas —la sandía calada se vendía en verano puerta a puerta—; mamá y papá de la mano —es fácil recordarlos de la mano—; mis manos en sus piernas, el refugio de sus piernas y su mano diciendo lo que no nos dijimos.

Insistí y se reveló el matorral de hortensias, los jazmines celestes, el estampado de la lona que recuerdo, los vasos dúrax, una reposera de madera; los rollos de grasa de las piernas de Andrés, las gaviotas en la playa, el sol que se pone en el mar en la costa uruguaya, los barcos como ballenas; el pasto largo en la quinta de Moreno, la escalera de la pileta atrás, el tilo sobre el ojo de agua; el pelo de mamá jugando en el viento, las manos entrelazadas de ellos dos; mi cara entre sus piernas y ese gesto que ocupa la pantalla, esta de ahora, adiós.

Una vez más, pero ahora adelante, fui directo a ella, hice un esfuerzo y vi que sonreía, inventé que tomaba vino con soda, el fragmento de mujer que se veía a su lado debía ser la madre de la niña rubia, esa familia llegó a tener once hijos, no quisieron volver a juntarse con nosotros después del divorcio, pero entonces eran amigas y usaban malla entera. Corte. Volví para atrás, ¿qué suponía la empresa de papel higiénico que íbamos a hacer con los pollitos?, ¿criarlos dónde? Los nuestros fueron muriendo antes de perder el plumón, a uno lo aplasté sin querer cuando me bajé de un salto de la higuera que había en el fondo. El sol brilla en su pelo, el cigarrillo y el vaso se ven más que a ella misma. Se termina. Volví para atrás y repetí la escena, eran cuatro segundos exactos, apenas un poco más de lo que se tarda para una inspiración profunda, el tiempo que toma encender una vela, cuatro segundos como una aguja que se clava en la piel y al quitarla, una gota de sangre mana. Adelanté, la busqué de la mano de papá, pasó tan rápido que me pareció que los cuadros se atropellaban en los mismos

exactos segundos que duró su aparición y mi desilusión porque no vi su cara, porque no me miraba, porque no veía lo que quería ver en ese disco que había llegado deslizándose por debajo de la puerta, un sobre blanco que dejó Santiago de paso por Buenos Aires aunque no nos reunimos, un sobre que tuve que buscar entre las facturas y las revistas institucionales que son la única correspondencia; un disco que hubiera ido a buscar a la luna cuando supe de su existencia pero que dejé reposar en mi escritorio cuando lo tuve en mis manos hasta que estuve lista para verla a ella, a ella en movimiento, a ella “viva” como dijo Andrés cuando lo recibió y se lo mostró a sus hijos y ni siquiera se vio a él mismo, no se reconoció o no sé qué pasó, pero tuve que decirle que era él ese bebé regordete de ojos chinos. Ella animada, en sus cosas —aunque no hay *sus cosas*, hay sus hijos, nosotros los buscados por la cámara porque el tiempo vuela para los niños y el olvido acecha, ¿cuándo perdió su primer diente?, ¿con qué le gustaba jugar?, ¿era tranquila de chiquita?—, de refilón, ella sin el discurso bien enhebrado del recuerdo, ella despegada del sedimento que dejó en cada quien.

La forma de caminar, de fumar, de pelearle al viento su peinado, ¿estaban ahí, en esos nueve segundos?

Diez, cien, mil veces podía volver a ver esas películas en súper 8 ensambladas por mi hermano, legadas a él por mi padre que las había guardado vaya a saber dónde y a salvo de qué. La misma ternura me reblandecía y la misma ansia me devoraba, ¿qué, a quién iba a poner en la urna cuando llegara el momento?

¿Ese era su cuerpo?

El que sería entregado por los otros; los verdugos que habían comido de él, desovado en él, partido entre ellos a la corrupción del anonimato para que no pudiéramos decir nosotros, los suyos, *este, este es su cuerpo*.

¿Y quién tiene un cuerpo que puede decir suyo? (quién, acaso, puede decir *yo*).

Yo no tuve uno hasta que creí que iba a morir y dije ni loca, este cuerpo es mío y va a tener que vivir y entonces empecé a escuchar las pequeñas señales, no las orgánicas, las del deseo. Como si pudiera distinguir tan claramente unas de otras, como si el primer deseo no hubiera sido que el enjambre de órganos, músculos, nervios y sangre se mantuviera en silencio y no turbara mi propia voz subterránea alentándome, vamos, que ahí está mi hija esperando por su leche y los secretos del jardín ofreciendo su manera de marcar el tiempo, los capullos insinuándose, las hojas perladas de rocío, la alternancia de las flores; las cuatro almendras y los tres dátiles que comía por día, la cáscara de huevo triturada sumergida toda la noche en el jugo de limón que tomaba a la mañana, el arroz yamaní bien cocido y la ingesta de puras frutas un día a la semana porque atravesaban mi cuerpo sin drama, un proceso completo de aprovechamiento y desecho bien ejecutado según el plan y la indicación naturista; la caminata al trabajo después de dejar a Naná en la escuela, la tarea administrativa y desangelada que me daba de comer, las charlas con amigas y amigos, puntuales, cotidianas; la sed de amor y de sexo animándome, vamos.

El deseo de sobrevivir y el cuerpo presente.

Yo mi propia dominatrix, someténdome a una disciplina de comidas, ejercicio y amores, constante y templada, sin estridencias, sin altibajos, convencida de que así, en ese medio tono, en la restricción, estaba la chance de controlar los microorganismos que se reproducían en mis células destruyéndolas, invisibles pero marcando el compás del tiempo que resta.

Sin embargo, en las interrupciones aparecía el éxtasis —una noche embriagada, una descarga de besos en un baño cualquiera amparada en el

silencio de mi diagnóstico, la grasa animal deshaciéndose en la boca— y me entregaba cada tanto a mis pulsiones porque volvía de ellas al control sintiéndome poderosa, omnipotente; vamos.

Pensaba mucho en mamá entonces. En cuánto habría medido sus acciones, cuán presente había estado la muerte a su costado en los últimos días. Con cuánta conciencia había puesto el cuerpo. Con cuántos titubeos se había dejado abrazar por la terrible esperanza de dar vuelta el mundo como un guante.

Ese último año nos fuimos una vez de campamento, no recuerdo a dónde, a la orilla de un río seguro, creo que en la provincia de Buenos Aires. Estaba el Negro Arroyo con sus hijas, las mellizas Eva y Sofía, mamá y nosotros cuatro. Guardo imágenes sueltas de esa salida. El agua del río era oscura, mi hermano Juan se cayó y por un instante de pánico dejamos de verlo hasta que mamá se sumergió vestida y lo trajo de nuevo a la superficie mientras yo lloraba como si ya lo hubiera perdido. Me acuerdo también de las cañas de pescar y de las líneas armadas con tanza y anzuelos, de la competencia a ver quién trepaba más alto a los árboles — siempre ganaba yo—, de montar las carpas, de la noche a cielo abierto, de una cantidad infinita de estrellas que igual no se comparaban con las que ella me había mostrado en un alto en ese viaje a Uruguay que hicimos las dos para sacar a una amiga suya del país.

¿Qué hacíamos todos ahí pescando y encendiendo el fuego para cocinar cuando el aliento de los captores ya enturbiaba la vida cotidiana?

¿Por qué parar en la boca de lobo de una ruta de ripio después de haber dejado a una persona buscada al otro lado de la frontera sólo para mirar el cielo?

Alguna vez pensé que ella ignoraba el olor de la matanza alrededor, que por alguna razón se sentiría a salvo, que no sabía *exactamente* lo que le podía pasar.

Y cómo podía saberlo, quién puede advertir una muerte segura cuando se está tan viva —y cuándo se está más viva que con la muerte en los talones.

Yo no creo que ella haya dado la vida. Creo que miró por el resquicio para buscar esa raja de luz de la diminuta chance de sobrevivir y deslizarse por ahí obstinadamente, sin claudicar su deseo, sin abandonar a sus compañeros. Sin dejarnos a nosotros que la seguíamos como pollos a la gallina, siempre bajo su ala, en torno de ella, sin saber pero sabiendo que el tiempo del abrigo se estaba descontando.

A veces, cuando volvíamos a casa, después de haberla esperado más de la cuenta en la puerta de la escuela, nos tirábamos todos en la cama a saltar fatigando el pobre elástico vencido y ella se hacía la desmayada, se quedaba tendida en el medio con los ojos cerrados mientras la sacudíamos y le gritábamos, ¡mamá!, ¡mamá! Hasta que el tono se desquiciaba y entonces ella los abría otra vez muy grandes y nos abrazábamos y rodábamos todos en el colchón o conseguíamos arrancarle una promesa para la cena.

¿Qué clase de ensayo era ese?

Sabía que era un juego, pero era cruel. Mi voz siempre alcanzaba la nota de la desesperación antes de que lo desarmara. Ahora creo que puedo sentir su cansancio, la cantidad de energía que debería desplegar para mantener amarrado todo lo que quería, para atravesar cada día sin dejar que se filtrara el miedo. Porque si ella lo sintió, yo apenas me di cuenta.

Me acuerdo de una carta que llegó de España, era de su amiga Laly, la que había sacado del país. La leí a escondidas porque no era para mí; en un tramo, el único que recuerdo con precisión fotográfica, decía: “Cuidate, vos sabés que estás en peligro”. Y yo pensé: ¿mamá está enferma?, ¿qué es lo que no me está diciendo? Pero nunca se lo pregunté a ella ni a nadie. Para qué, si yo escuchaba las penas de muerte que se anunciaban en la tele

a través de comunicados numerados y leídos con voz marcial que atendía sin pararme nunca de frente a la pantalla, evaluando para mí si alguna de las variables nos correspondía a nosotros sin estar nunca del todo segura porque apenas podía distinguir las palabras “incitare”, “alentare”, “protegiere” y a qué o quiénes les tocaría la reclusión o la muerte que nunca se aplicó institucionalmente.

Un par de meses antes del final viajamos a Salta, a la casa de su abuela, la abuela Lola. Era un rito de vacaciones de invierno y lo cumplimos como siempre, subiendo el auto en el último vagón del Estrella del Norte y manejando ella el tramo entre Tucumán y Rosario de la Frontera. Desde allí hicimos una escapada a Jujuy, a ver a la madre de su compañero, el Negro Arroyo. Después pasamos por Salta capital y nos encontramos con sus primos, los Rodas.

—Llegó intempestivamente, la vi desaliñada, descuidada en su persona, preocupada —me dijo Bubi Rodas, a quien encontré hace poco por la guía telefónica—. Cuando se despidió fue triste, porque había cierto presentimiento; la vimos irse como si no fuera a volver.

¿Qué quería decir desaliñada? ¿Que tenía el pelo revuelto, que ya no se maquillaba tanto, que había dejado de usar su tapado de piel de potrillo celeste? Yo la veía más hermosa que nunca, me gustaba ese pelo salvaje, era mejor que el lisito y con las puntas para adentro que le quedaba después de la toca.

Yo la reconozco mejor en otros relatos, los que la describen audaz y generosa, llevando al teatro a los militantes clandestinos que jamás habían ido a uno porque no se podía esperar al triunfo de la revolución para disfrutar de lo que merecía ser disfrutado. O abriendo su cartera llena de panfletos frente a un milico encandilado por su caída de ojos y su capa negra con forro rojo en un operativo sorpresa en un bar de Barrio Norte. No, no quiso ver lo que ella le ofrecía con ese aire Coca Sarli de

sensualidad inocente y las dos amigas respiraron aliviadas esa tarde que debe haber transcurrido en la primera mitad de 1976.

En la segunda mitad del año, después de que habíamos dejado nuestra casa de Flores para irnos con lo puesto a Moreno (“Vestite como para ir a lo de tus abuelos y vamos, ¡ahora!”), ella me regaló un acto de arrojo. En la urgencia de la salida yo no había previsto que un mes más tarde iba a necesitar el uniforme de verano de la escuela, iba todos los días con el de gimnasia, que yo creía que disimulaba bastante bien porque siempre tenía alguna clase especial de handball o pelota al cesto. Hasta que las monjas me pararon en el medio del patio de la escuela, frente a toda la primaria, para mostrar el modelo de desastre que era, sin uniforme, llegando tarde todos los días, con el guardapolvo manchado. No le conté a mamá ese escarnio, me daba perfecta cuenta de que no lo necesitaba. Pero se acercaba la presentación de coro y no iba a poder cantar sin la pollera de verano; eso sí me parecía el fin del mundo.

—¿Por qué andás con esa cara de carnero degollado?

Era una de sus expresiones favoritas, esa y la que describía la distracción: estar pensando en la inmortalidad del cangrejo.

Se lo dije, monté mi pequeño drama y vi un rayo de terror cruzar por su cara.

—¿No le podés pedir prestado a alguna compañera?

—No, todas van al acto, pero no importa...

Me puse a llorar sin poder evitarlo, sin saber cómo explicarle que no era por la bendita pollera, que yo no quería... las lágrimas hacían barro bajo mis pies, me hundía.

Me secó la cara con la palma de su mano, vi cómo su gesto se componía, me prometió que lo íbamos a solucionar, ya lo íbamos a solucionar, la seguridad que emanaba de ella me asustó más todavía. ¿Cómo?, ¿cómo lo iba a hacer? Si yo sabía por qué nos habíamos ido de

casa, sabía que había *caído* Mario, yo misma había ido al bar de la última cita para ver si llegaba más tarde y cuando volví salimos de la casa las mujeres y los niños como si se fuera a incendiar.

La pollera estaba en el auto, unos días después, cuando me fue a buscar a la escuela. Me esperaba en el asiento de atrás, hecha un bollo entre otras cosas que había sacado a las apuradas, nunca el celeste fue tan refulgente. Me colgué de su cuello, la llené de besos, ella sonreía sin mirar atrás. Su compañera Kela estaba sentada a su lado.

—Espero que sepas lo que tu mamá acaba de hacer por vos —dijo.

—No seas tarada —la recriminó mamá. Y las dos empezaron a hablar atropelladas, riéndose, contando el pequeño trabajo de inteligencia que habían hecho, lo raudas que entraron y salieron, las dos poderosas, omnipotentes; vivas.

Una nota de culpa quedó haciendo eco en mis oídos. Las miraba desde el asiento de atrás, abrazada a mi pollera, tratando de aplazar la conciencia sobre lo que acababa de pasar y a la vez evaluando el tamaño de su alegría.

—¿No estás contenta? —preguntó mamá mirándome por el espejo retrovisor.

—Sí —dije y me incorporé para que mi cabeza quedara a la altura de las de ellas, en el medio, apoyada como un molde de peluca sobre el respaldo del asiento de adelante para escucharlas mejor, para verlas mejor.

Esa era mi mamá, lanzada hacia adelante por la propulsión de un corazón ancho como el mar.

Hay una foto de mi hija que me lleva directo a aquel momento, veo en sus ojos mis ojos de hija. Está recién despertada, con su ropa de la escuela, recostada en el asiento de atrás de nuestro auto, la cabeza apoyada sobre una radiografía de mi tórax —el inicio de un diagnóstico de tuberculosis,

enfermedad marcadora del sida— y una mirada melancólica que ve más allá de lo que tiene alrededor. Naná tiene siete años en esa imagen, yo todavía no le había dicho que tenía Vih porque aunque me convencía a mí misma todos los días, no tenía ninguna certeza de sobrevivir. La sacó una amiga, Adriana, y cuando la reveló, me llamó y me dijo: “Ella lo sabe”. ¿Y qué podía hacer yo con eso más que seguir con nuestra vida de todos los días? Organicé unas vacaciones memorables, sin embargo. Acampamos durante un mes y medio en diferentes lugares, desde Buenos Aires hasta el norte de Chile, de ida y de vuelta. Naná y la amiguita de ella que nos acompañó contaron 63 pueblos en nuestra recorrida. No tengo una sola foto del viaje, esos recuerdos se imprimieron en otra superficie. Yo recién había aprendido a manejar, lo hacía rápido como desafiando al tiempo y mi hija me recriminaba, le daba miedo. Apenas oía su súplica, la maternidad es una demencia si una no conserva algo de egoísmo y yo quería el viento en la cara, sentir el poder de estar llevándonos a donde queríamos, hoy aquí, mañana allá, eufórica como una amputada que aprende a correr con su prótesis.

De mamá tampoco hay fotos del último tiempo. En la única que tengo está agachada, mirando a Juan y entre los dos hay un vaso de plástico en el aire, nítido, flotando, el parpadeo del obturador como un mago clavando un dardo en el devenir del tiempo. Un objeto volador como una aparición, un fantasma, una advertencia. Como si la imagen estuviera diciendo a los gritos que eso que está ahí retenido es tan fugaz como la chance de vencer la ley de gravedad. Todo va a caer, como el vaso en el instante siguiente a la toma.

Pero mientras tanto, mientras tanto todo está en movimiento, la danza cotidiana entre la persecución y la militancia, las tarjetas de cumpleaños y

los compañeros caídos, mi acto escolar y esquivar las pinzas militares que alguna vez nos obligaron a dejar el auto en cualquier lado y seguir camino en tren, la polenta con queso y los documentos falsos, la fantasía de ir a las Cataratas de Iguazú —¿estaba planeando un cruce a Brasil? Me acuerdo de los folletos, Turismo El Sol existió hasta muchos años después porque siempre seguí mirando sus anuncios y los precios a Cataratas— y su amor resplandeciente.

La incertidumbre que la sigue como su sombra y el reclamo perentorio de estar contentos, a nosotros que esperábamos todo de ella.

El sueño eterno de la revolución y la certeza siempre repetida de que ella no la vería consumada pero nosotros sí.

Yo había escuchado eso, yo sabía.

Mamá también.

Y cómo ser madre cuando se palpita la posibilidad del abandono.

(¿Entregando un último acto de arrojo? ¿Organizando la vida desde las sombras como la mamá de Albertina en esas cartas que logró filtrar desde su cautiverio por el capricho de los captores devenidos dios? Que Albertina aprenda a nadar, que jugara mucho con sus primas, que las hermanas mayores leyeran, pidieran ayuda, fueran a terapia, compraran la lista de libros que les mandaba... “me siento tan culpable por no poder estar con ustedes”. Esa voz que no cesa, esa voz de madre que todavía arrulla a mi compañera, disculpándose por hacer una muñeca a las apuradas que debía llegar el día de Navidad y no llegó porque fue entonces cuando fraguó la ausencia que todavía dura; esa voz es un zarpazo en el pecho.)

Ojalá le haya alcanzado el egoísmo, ese núcleo duro que hay que proteger a pesar de ser también la tierra donde se alimentan las raíces de los hijos.

Ojalá las alegrías y las luchas del pueblo latinoamericano se hayan sostenido firmes y vívidas en la sala de tortura.

—Recibí un mensaje a fines de diciembre de 1976 que me decía: “Marta está hablando, negando pertenecer al grupo del Negro Arroyo y diciendo que perteneció al nuestro”. Trató de despegarse. Pero lo que te puedo decir es que no cayó nadie de los nuestros, ni siquiera los que habían tenido más contacto con ella.

Nada más escucharlos, los gerundios me rechinaron entre los dientes como si me hubieran escupido arena en la boca. No le pregunté a su amigo Eduardo, el marido de Laly, cuál era su fuente, no pregunté casi nada porque él habló de corrido de los ojos melancólicos de mi madre, de su crecimiento político, de su inteligencia “natural”, de su generosidad en los momentos más difíciles, del inmenso cariño que se tenían. Lo había ido a ver, como había visto antes a su esposa, siguiendo sus rastros entre quienes la vieron ser, convocándolos a la vez a lo que vendría.

—Creo que ella estaba fascinada con el Negro; en última instancia era un obrero, ese obrero que las mujeres burguesas querían encontrar, además, con formación marxista. Estaba enamorada pero con componentes que tenían que ver con la militancia.

Tampoco dije nada sobre su comentario paternalista. Mamá había sido la apoderada legal de Eduardo cuando nadie más quería serlo; muy valiente y muy generosa pero *una minita*. Son los riesgos de buscar, ahora tenía una escena en presente continuo de la tortura y un menosprecio a su amor por ese hombre sobre el que me había pedido aprobación formal — como si yo hubiera podido dársela— con el sonrojo de una adolescente.

Después de escuchar a Eduardo me esperaba Marcelo, su hermano, para contarme que había sido amante de mamá cuando él tenía 23 y ella diez más, poco después del divorcio. Me encantó esa anécdota inesperada, imaginar a esa mujer herida de amor envuelta por unos brazos más

jóvenes, alejándose de nosotros para correr a sus cosas, sus secretos, devuelto su cuerpo al placer y la aventura.

—Una vez llegó con el auto haciendo un ruido infernal. “Me parece que se me trabó la bocina”, me dijo; pero era el ruido del motor que estaba a punto de fundirse porque jamás le había revisado el agua.

Me reí, sería otra el agua que la reclamaba con urgencia.

Le pregunté más a Marcelo, dónde se encontraban, con qué frecuencia, si tomaban vino juntos, o whisky o cognac. Ningún detalle me pareció suficiente. O tal vez era la influencia de Naná, que estaba conmigo y me retó apenas terminada la entrevista.

—Mamá, no te podés creer todo lo que te dicen. ¿No te das cuenta de que quiere hacerse el protagonista?

Mi hija ubicándome en mi lugar, desempañando mis ojos de huérfana arrobados.

Pero yo veía perfectamente a mi madre en aquellas anécdotas.

Igual que la había intuido en el relato de mi tía Graciela, cortando el cerco de la quinta de Moreno, apenas adolescente, para espiar a los muchachos que pasaban por la calle, rodeada de “candidatos” que no iban a convertirse en novios porque ella esperaba conocer al único, al que se entregaría en cuerpo y alma, el padre de sus hijos. Y a ese guión se ajustó el tiempo justo antes de la asfixia.

Cinco años separaban las imágenes filmadas por la cámara súper 8 de la instantánea que capturó el vaso antes de la caída.

Ella era otra en la última foto.

Lo sabía, pero no terminaba de verlo.

Otra es con su vestido de casamiento, en las fotos en la nieve de su luna de miel, tal vez en las capturas de la luz del invierno de 1966, las instantáneas de mi primer paseo en cochecito. Pero después de su cuarto embarazo, algo salvaje y sensual se había consolidado en su cuerpo. Ya

habían muerto sus hijas mientras ella pujaba por alumbrarlas. La voluptuosidad de los partos coronando su incipiente vida sexual entre sangre y heces, la vida y la muerte en contraste flagrante, poniéndole un pulso al tiempo, una urgencia consciente a los días.

Esa era mi mamá.

Volví a mirar las imágenes animadas de mi madre, esos pequeños fragmentos, esa chica tan joven que supo albergarme tan bien como para ser todavía el continente de la mujer madura que soy.

Todo lo que veía ahora era el gesto de su mano saludando a la cámara, su mano agitándose como si me estuviera haciendo una venia, ya es hora, Martita, ya es hora.

Zombie, zombie, zombie/ levanta de tu tumba/ que tienes que comerte/
el cerebro, zombie/ levanta de tu tumba/ que tienes que comer el cerebro a
alguien de una vez/ tintin tintin/ zombie, zombie levánta/ de tu tumbá

Rap de Furio, 2014

Excitada como una adolescente, los aros largos como caireles tintineando en cada saltito que daba sobre el parquet, mi amiga Alba entró en casa como una tromba y tuvo que forzar el equilibrio para no caer de bruces sobre la caja de cedro laqueada en blanco que Albertina había mandado a hacer.

—¿Esta es la urna? ¡Ah! ¡Es un dos ambientes, me encanta! —dijo mientras las mejillas se le encendían de emoción.

—Probá levantarla, fijate lo que pesa —me jacté.

—¡Como un muerto! —gritó y lo subrayó con una carcajada.

—Mejor que la urna sea grande —dijo Silvia, la única de las diez amigas que llegarían esa noche a casa que conoció a mi madre—, no saben lo que me pasó con mi abuelo.

—Pará, pará, ¿es bueno o malo? —se anticipó Josefina, espontánea encargada de prensa de la Comisión Familiares y Amigos de Marta Taboada.

—Si estaba muerto, no puede ser tan malo —terció Raquel, mi *velocity planner*, según el título que ella se había impuesto.

—Qué sé yo, es exótico. Tuve que sacarlo del cementerio de Avellaneda y llevarlo al de San Justo, iba en el auto con los huesitos haciendo traca traca porque el fémur, que nunca había entrado en la urna, sobresalía y golpeaba contra la tapa. Así que paré, lo saqué y cuando llegué al nicho lo puse al costado, adentro de una bolsa de nylon.

—¿Y el otro? —yo siempre preocupada por la integridad de los cuerpos.

—Era rengo, tenía una pierna más corta.

Nos reímos. Nos íbamos a reír a carcajadas toda la noche. Desde que el entierro tenía fecha, mi cuerpo era la caja de resonancia de unas risas cristalinas que sonaban a cada rato como perlas sueltas de un collar cayendo por una escalera de mármol interminable. Vibraban las notas de las tareas pendientes que empezaban a ejecutarse, era música esa faena tardía y yo me dejaba atravesar por su ritmo; me sentía tan liviana que hubiera podido bailar con zapatillas de punta. Había rasgado el velo de la cordura para caer de rodillas como una iluminada frente a su presencia incandescente.

Ahora era nítido, mamá estaba volviendo.

Aunque fuera por el segundo en que un rayo cruza la noche y la convierte en día, iba a estar entre nosotros.

La íbamos a acompañar en el viaje desde el anonimato hacia el territorio de los muertos recordados, ahí donde podría seguir diciendo por sí misma aquí estoy, en este tiempo supe lo que era la primavera, fui madre, fui hermana, estos son mis deudos. *Siste viator, detente ante la estela de mis restos, he sido asesinada, mi existencia negada, pero los míos arrebataron mi cuerpo de las sombras, desde aquí doy fe de la doble masacre de las vidas y de los cuerpos.*

Era más escueta la placa que había encargado, pero daba cuenta del recorrido. Su nombre, sus vínculos, la fecha de nacimiento, del secuestro, del asesinato y del día en que dejaríamos lo que quedaba de ella detrás del mármol testigo, en la bóveda que compartiría con su papá y su mamá, ya convertidos en huesos dentro de sus preciosos féretros.

La vida y la muerte se entrelazaban como zarcillos de una enredadera que socavan el muro que la enamora. Los límites eran difusos. Su retorno me abrasaba.

Encendida de ansiedad, preparaba su ajuar como el de una novia.

Dispondría de su ropa —esos guiñapos—, tendería su cuerpo —los pocos huesos— en un lecho que mis amigas y yo convertiríamos en cuna de oro.

Pieza por pieza en esos días desarticulaba el dolor, ponía en suspenso un duelo que comenzaba pero que nunca había cesado.

Mamá había inspirado el quehacer que ahora convocaba a todas esas mujeres en complicidad con mi locura. Como una espiritista me había transmitido la idea una amiga de ella, sentada en un bar de Palermo, expandiendo con su relato los laberintos de mi memoria.

—Marta no era abogada, era artista —dijo y lo escuché como una revelación, como si no hubiera sabido que sus manos estaban dispuestas siempre a transformarlo todo. ¿O no había convertido su polera en una remera de verano cuando vivir era menos que una utopía? Ella como una Sherezade oponiéndole a la muerte un modelo nuevo para atravesar el verano.

Cuando terminé la entrevista llamé a Alba, me había acordado de ella mientras me describían a mamá convirtiendo tuercas en collares, caracoles en botones, cualquier trapo en un vestido que después salía a vender para sostener a su prole. Alba es así.

—Tenemos que transformar la urna de mi mami en un alhajero, te necesito —le dije y ella se comprometió entre risas, sin preguntas, sabiendo ella, hija de un hombre y una mujer desaparecidos, que lo que yo tenía era una joya.

Después se sucedieron los llamados a mis otras hermanas de H.I.J.O.S., a otras amigas que transitaban conmigo el sinuoso camino de los años. La polera azul sería nada si mamá no hubiera puesto manos a la obra sobre la ropa de sus compañeras. Mi vida sería un páramo sin esas mujeres con las que me reí, lloré, perdí la conciencia y la recuperé, cuidaron a mis hijos, sostuvieron la charla, arrastramos la cola de nuestros tapados sobre la

vereda para dejar el orín en la calle, nos apañamos entre nosotras, nos queremos. La ceremonia que imaginaba tenía que ser colectiva, la urna de mamá la llevaríamos entre muchos brazos, por eso era tan pesada.

Así, como si la desenterrara, como si desplazara el polvo con un pincelito de los huesos bajo tierra, se fueron develando las exequias. Cuando fui a buscar a la Cámara Federal la inscripción legal de la muerte civil de mi madre todavía fantaseaba con cremarla, pero no en un cementerio, no, con mis propias manos, con mi esfuerzo físico en algún lugar donde las estrellas no se opacaran por las luces urbanas, donde las chispas pudieran llegar al cielo y yo pudiera sentir el calor abrasador de sus restos desintegrándose para tomar conciencia de que se había ido; que sus cenizas flotaran en el aire y se posaran después sobre las cosas, sobre mí también, de cara a la Vía Láctea, recibéndola.

—Esta mujer me vuelve loca, ¿cómo se te ocurre? —se alarmó Pato Bernardi en esa oficina de los tribunales de Comodoro Py a la que me había acompañado—. ¿Cómo lo vas a hacer? ¡No es tan fácil! Además los restos son prueba.

Cómo no iba a saber ella que los huesos son tenaces en su resistencia si restos calcinados había rescatado en Tucumán muchos años después del fuego con que los verdugos de la dictadura se ilusionaron en hacerlos desaparecer, aun a costa de guardar en su memoria el olor de la carne quemada que ojalá siga contaminando su recuerdo y sus narices. Fragmentos mezclados, identificaciones con muy poco para restituir a las familias, pero abriendo espacio entre los vivos de todos modos, ofreciendo una victoria entre tanta derrota.

Era una fantasía mi fogata de amor, una imagen de ese instante en que todavía estaba aferrada a esos huesitos como una nena que abraza su peluche antes de dormir. Sin animarme a reconocerlos, sin haberlos acariciado.

¿Y por qué no permitirme una última poesía concreta para mi mamá? Poner el cuerpo otra vez antes del final, tiznarme de hollín para transformarla en pura energía. Que arda de una vez la llama, que abraza la parte de mí que se iría con ella y que no haya después rescoldo sobre el que soplar ni más preguntas que hacer ni sitios donde buscarla porque ya no quedaría nada salvo mis pies sobre la tierra, en trance junto al fuego los pasos regulares, el baile ritual, las riendas desbocadas, la memoria dormida; las banderas, los papeles y los talismanes, todos a la hoguera. Dejar de ser hija en una alquimia incandescente y que el gozo de la libertad me envuelva porque ya nos habríamos dado todo, ella a mí, yo a ella, cada quien en su tiempo, cada una a su sustancia, mi nombre en el papel, el suyo en el cielo; ya no un fantasma sino un ancestro.

Pero no podía y no era nada más que un deber de Justicia que sus restos tendrían que cumplir para acusar a quienes los habían negado. Era que antes de desprenderme necesitaba hacerla irrumpir entre nosotros, entre estos cuerpos sólidos que somos, capaces de desplazar el aire a nuestro paso. Cuerpos concretos que amparan en su consistencia la amnesia de que un día también seremos nada para no perder el equilibrio, alumbrando esa certeza cada tanto, cuando los órganos chillan, en el instante en que alguien deja de latir para listar enseguida las razones por las que no sería nuestra hora. Ella era también sólida aun desarticulada y sus fragmentos no hablaban de fragilidad sino de resistencia. Su regreso interpelaba y clamaba por un plural, no habría adiós sin nosotros agitando la mano desde la orilla.

El cristal sonando con los brindis, las risas como tildes sobre cada frase, la masa de las pizzas levando en la cocina —no había amasado yo, en casa nadie amasa, sino Alejandra, la exquisita pintora que organizaría la tarea —, el fuego encendido en nuestro hogar y el acarreo de los leños que lo iban a alimentar, el copal haciéndose humo sobre unas brasas, las cámaras

de Albertina dispuestas para guardárnoslo todo, la mesa llenándose de colores y la foto de mamá vestida de novia junto a su padre iluminada por tres velas en nuestro altar pagano, rodeada de guerrilleras zapatistas, catrinas, santos populares, indios y piedras. Detrás de ella, enmarcándola, un corazón recortado sobre un libro abierto de Corín Tellado que le había regalado a Albertina en nuestra primera Navidad juntas era su custodia.

Todo estaba dispuesto para el primero de los últimos ritos. Faltaba una semana para la fecha fijada y la iba a transitar en esta demencia en la que no había tierra ni cielo; ni infierno alguno que me pudiera sofocar.

Silvia había traído brillantina, piedritas de ojo de tigre, la gema que cobija a las nacidas bajo el signo de Leo, y una petaca de grapa miel de la que nadie más tomó. Josefina una pastafrola, su incandescente sonrisa y unos botoncitos de perla como los que tenía el saquito de la comunión que tomó cuando llegó a casa de sus abuelos después del secuestro de su mamá, en remera y bombacha, con hepatitis. Lucila, la que a fuerza de querer una foto con su padre desaparecido había inventado para todos la forma de crear esa imagen deseada, puso sobre la mesa unos diminutos muñecos coyas tejidos, calcomanías y más piedras. Alba desplegó sus lanas y un rollo de zigzag “de los 70”, esa cinta ondulada que festoneaba entonces los volados de las polleras campesinas. Liliana llegó con su voluntad siempre lista de ponerse a disposición, su humor ácido y un whisky. Raquel ya estaba martillando azulejos de colores para enhebrar con esas cuentas una palabra; no trajo nada que recordara a sus desaparecidos, ella siempre lo está inventando todo. Lucrecia entró y me llamó aparte, me hizo mirar dentro de un sobre de papel, ahí estaba uno de sus tesoros más preciados: un poema manuscrito de Liliana Maresca y un puñado de los pétalos que habían perfumado su cama cuando dejó de respirar.

—Los pétalos van a la urna, pero el poema no. Si lo querés regalar, es mío —le dije y ella sonrió, cerró el sobre y lo puso con su mano en mi pecho sabiendo que esa amante moribunda también había sido mía.

—Bueno, bueno —terció Albertina—, no empiecen ustedes dos a hablar de a quién se cogieron y a quién no porque me aburren.

La abracé entre risas como iba a abrazarla toda la semana, rota de amor, recompuesta entre sus brazos. Había hecho bien mamá en llegar para la boda, como le había dicho nuestra amiga Liliana a mi esposa cuando nos preparábamos para la fiesta, debe haber bailado en su cajita de cartón, la pierna quebrada, la mandíbula loca, el brazo que resta y el coxal que no existe, *ahí está mi hija enamorada y su compañera, permítanme una pieza de ese vals que no comprendo*. Y nosotras la recibimos pero no dejamos de ceñirnos, hay lugar para tanto en nuestro abrazo.

Como si hubiéramos ensayado la coreografía, de un momento a otro, cada una había tomado con su arte un fragmento de la urna y mientras la luna subía la cuesta de la noche la superficie blanca se fue poblando de imágenes y deseos, de mensajes, de clamores, de consignas; una forma se entrelazaba con la otra como se enhebran las experiencias para, en un momento alucinado, creer que la vida tiene una razón, como si estuviéramos conjurando las primeras preguntas que nunca dejan de formularse, por qué, por qué yo, por qué vivo —y por qué escribo. Nadie las enunció —son inconfesables. Pero ahí estaba la urdimbre y éramos nosotras y nuestras voces los hilos que la atravesaban para formar la tela que a todas nos abrigaba.

—Amor producciones.

—Huesitos punto com, ¡para toda América Latina!

Raquel y Josefina proponían nombres para la empresa que podríamos fundar, ofreceríamos servicios que estábamos poniendo en práctica:

customización de urnas, música para entierros, panegíricos para el aparecido, acompañamiento ineludible.

—Y si hay mucha necesidad de huesos, asaltamos la oficina del EAAF y recuperamos las costillas de tu mamá para la causa, yo te hago todo — insistió Raquel.

Mientras enhebraba canutillos de mostacilla blanca que había traído Silvina, una amiga de Albertina que ya era nuestra, para hacer una escarapela, conté mi último, fulgurante hallazgo. Había encontrado a Susi, esa adolescente que vivía con nosotros y nos cuidaba cuando mamá no estaba en casa. La había buscado durante meses rastreando en las redes sociales, preguntando a mis tíos que por un tiempo habían seguido en contacto con su familia —su madre había trabajado en la casa de mi abuela—. Hasta que recorrí la guía telefónica y cuando llamé a la última Susana Herrera, me atendió una chica que después de escuchar mi presentación me pidió un minuto y volvió al teléfono azorada.

—Mi mamá está llorando, te conoce.

Fuimos a su casa con Albertina, llegamos de noche después de perdernos mil veces y en esa penumbra de una cuadra del oeste del conurbano la reconocí en la puerta antes de bajarme del auto y el tiempo perdió otra vez todo acuerdo razonable. Se había casado con el novio que yo conocía, mamá había amadrinado esa relación que la mamá de Susi prohibía, toda su familia sabía de nuestra historia, apenas si pudimos hablar sin atropellarnos.

Susi y su marido lloraban a cada rato sin ninguna vergüenza.

—Yo estaba en el cuarto de tu mamá con Juancito, escuché disparos, el golpe de la puerta rota y entró un tipo apuntándome con un arma, le pedí por favor, tengo un bebé en brazos —me contó en un momento. Lo tenía que decir porque a mi hermano Juan lo estaba protegiendo con su cuerpo.

Julio, el entonces novio de Susi, había llegado el día siguiente a verla. Se encontró la sangre en el piso, los agujeros de las balas en la pared, la casa destrozada y mi perro Saverio ladrando desesperado. Lo llevó con él.

—Hubo un momento genial —les conté a mis amigas—. Una de sus hijas, Diana, me dice muy solemne: “Mirá, si hay algo que tu mamá le enseñó a la mía”, y yo pensé que me iba a decir a ser solidaria, a entender la política, cualquier cosa trascendente. Pero no: “Las cremas, los perfumes, a maquillarse, a cuidarse. Qué sé yo, a quererse”.

Y había que ver cuántos afeites había en el baño de esa mujer que a los quince pesaba ochenta kilos y a los dieciséis veinte menos porque mamá la sacaba a caminar después de dejarnos en la escuela, hablándole de lo importante que era cuidar el cuerpo, justo ella que lo dejó en el camino.

Susi tenía una foto que nunca había visto, sacada en el zoológico por unos de esos fotógrafos que obligan a la toma para vender el recuerdo. Estamos nosotros cuatro, ella, la Gorda y sus hijos, Tupac y Fidel. Para ellos es la única foto que tienen con su mamá y la recibieron arrobados, como el tesoro que era, apenas tenían recuerdos de algún paseo infantil con ella.

La caja de Pandora estaba abierta, mamá convocaba al diálogo y cada vez éramos más en su mesa.

—Tu mamá dudaba, si se tenía que ir, cómo —me había contado Susi—. Yo quería que se fuera, no por mí, por ella, pero me miraba con esos ojos que tenía y me decía: “Si me voy, te tengo que dejar a vos. ¿Cómo me los voy a llevar a todos?”.

El encuentro me había reblandecido y mientras lo relataba la misma ternura me llenaba la boca, como si paladeara otra vez Baybiscuits mojados en leche Cindor, la merienda de los días felices. O pescado frito robado del puerto de Mar del Plata, donde mamá nos llevó una vez con su amiga Kela para después irnos sin pagar.

—¿Podés creer que mi papá hacía lo mismo? ¡Por qué! —gritó Alba después de escuchar la anécdota.

—Querían hacer la revolución, pero mientras tanto algunas acciones directas: Todos los niños del mundo tienen derecho a comer cornalitos a la orilla del mar —Josefina llegaba a mover la mesa riéndose de sus propios chistes.

—¡Ah, no! Con esa Evita Montonera vamos a hacer roncha —dije yo alabando la pintura de Alejandra en un extremo de la urna.

—¿Le ponemos unas piedritas amarillas en el pelo? —preguntó Silvina —. Como una lluvia de meteoritos...

—Yo pensaba que podíamos hacer un útero por acá... —dijo Silvia señalando.

—¿¡Un útero!? ¿Quién se va a dar cuenta de que es un útero? Va a parecer una bolsa de agua caliente —terció Liliana.

Unos fusiles rellenos de cuentas rojas, la hoz y el martillo, la leyenda ¡Hasta la victoria siempre!, después de discutir si no sería bueno actualizarla y escribir “Lucha ama a Victoria”, un mar con su playa sobre la tapa y en ese mar mis diminutos barquitos de papel hechos con un dibujo de Naná cuando era chica, otro de Furio y un retazo de papel de diario que tenía impresas palabras mías. En uno de ellos pusimos a mamá representada en una figurita de plomo también diminuta que me había regalado Albertina una vez y en la costa otras cuatro figuritas para representarnos a sus hijos. En la punta de la urna, como un timón, iba un marco filigranado sostenido por dos angelitos, adentro, la foto de Marta Taboada flanqueada por sus dos hijas muertas.

—¿Ya avisaste en el cementerio? —preguntó Lucila.

—Sí, fue un delirio. Fui con Naná, nos morimos de risa.

—¿Por qué?

—Primero, porque la bóveda está a nombre de mamá y no entró en ninguna sucesión. Después, porque el tipo quería saber quién había hecho la reducción de los huesos y qué cochería la iba a trasladar.

La reducción la había hecho el tiempo y el maltrato a sus restos, la cochería sería un camión militante rodeado de nuestras banderas, las de H.I.J.O.S., la de Madres y Familiares, las de las agrupaciones políticas. Así lo habíamos dispuesto. Raquel, como mi *velocity planner*, me había ayudado a soltar mis brazos de todo lo que creía mío. Había hablado con mis hermanos y con mi tía para preguntarles sobre sus deseos. Nadie lo tenía demasiado claro. Mi hermano Santiago, sobre todo, clamaba por una mamá en singular, la única que quería recordar, siempre con una sonrisa en los labios. Pero yo no podía cumplir ese deseo, esta madre era cosa pública, tenía que reponer su lugar en la historia, el valor de un corazón generoso para mover al mundo.

—¿Adentro qué le van a poner?

—Yo, polenta —dijo Albertina como recordando que en la última carta su mamá pedía comida para Navidad.

—Con todo el dolor del mundo le voy a dar este espejo, que era de ella y estaba en su cómoda —era de plata, estaba abollado, siempre había estado conmigo— y lo que quieran poner mis hermanos.

Las fotos de sus hijos, un rosario que le habían regalado a Santiago el día en que murió papá, un trago de whisky, picantes; lo que ella hubiera querido y lo que a nosotros nos daba placer. Todo eso se iba a sumar en su hora.

Cuando el día disputaba con la oscuridad las primeras luces, su cofre era más que un alhajero, era una nave madre preñada de signos, historias, rastros y fantasías. Todo lo que le hubiera contado si hubiera podido sentarse conmigo una vez y acariciarme la cabeza con sus dedos largos.

Antes del final tomé un pincel y lo mojé en acrílico negro. Escribí su nombre en el frente y en el costado dejé impreso como pude algo de ese perfume de magnolia que impregna más allá de la muerte, la estela de su vida, un recorrido que siguió sin ella, a pesar de ella: “mamá, abuela, bisabuela, hermana, amiga, amante, compañera”.

Huiría de esta hoja en blanco para no desmerecer la mirada que me devolvieron las cuencas vacías de sus ojos.

La contemplé y vi cómo sobre ella se reflejaba el Universo.

Toqué su calavera con la yema de los dedos, puse la mano en su costado para que la mejilla descansara en mi palma. Me incliné para besarla; no estaba fría, ardía con mi fiebre enamorada.

Se hundió después en su lecho, entre almohadones, al abrigo de su ropa, apenas ladeada la cabeza contra la sábana blanca.

Mi hermano Juan la cubrió con la tapa enjoyada.

Mi hija sabía, ella me lo había dicho, es el silencio lo que cabe.

La velamos en casa, sus cuatro hijos y una botella de whisky, Albertina y Laura, la compañera de Andrés desde que eran adolescentes. Apenas dormimos esa noche en que rodeamos sus restos apoyados dentro de su nave sobre un escritorio, muy cerca de donde ahora escribo. Hablamos de ella, sumando cada uno el fragmento que había guardado, como artesanos haciendo triquiñuelas para unir lo sólido y lo ausente. Pero sobre todo hablamos de nosotros, esos huérfanos ajados por el tiempo que logramos mantenernos juntos tendiéndonos las manos unos a otros sobre los abismos que no pudieron separarnos. Algo hicieron bien mamá y papá, nos dijimos, que nunca perdimos la tenacidad en este amor que no se acaba. Abrimos la urna para dejar las ofrendas que faltaban, cada uno de nosotros dejó su última caricia, ya no volveríamos a verla.

A la mañana, cuando abrimos la puerta de casa, una veintena de amigos nos esperaban para salir en caravana hacia Moreno. Mis hermanos pusieron la urna en el baúl de nuestro auto entre aplausos, Furio quería subirse con ella.

—No, mi amor, ahí va la abuela, no hay lugar —le dijo Albertina.

Nos perdimos, por supuesto, aunque transité ese camino tantas veces que debería haberlo hecho con los ojos cerrados, nos perdimos y con nosotros la caravana. Cuando llegamos a la plaza de Moreno, apenas pudimos abrir la puerta del auto. Amor producciones había hecho bien su trabajo, más de trescientas personas nos esperaban, con banderas y flores bajo un cielo gris plomo que se contuvo y no cumplió con el pronóstico de lluvia. Mamá viajó en una cureña hecha con un carro de cartonero y

cubierta con una bandera argentina hasta la puerta de la que había sido su casa, la habían construido los familiares de desaparecidos de ese extremo oeste del conurbano bonaerense, los mismos que nos ayudaron a hacer las baldosas que pusimos en la vereda en honor de ella, del Negro Arroyo, de Gladys Porcel. A su paso se sumaron los vecinos, cientos de manos dejaron a su lado claveles blancos y rojos. Me hubiera gustado que hubiera jazmines, pero el invierno es esquivo con esas flores carnosas que perfumaban nuestra casa cuando éramos niños. Nos turnamos para empujarla entre los hijos, su hermana, mis primos, los hijos y las hijas de sus compañeros de militancia. Raquel se tomó su tiempo para organizar el primer acto, habíamos esperado treinta y cinco años, no se podían retacear minutos a todas las voces que se tenían que oír. Nadie se movió aunque tensamos la paciencia. Mis hermanos asistieron por primera vez a la reconstrucción de su retrato que hicieron los compañeros de los años de esperanza y derrota. Esa ninfa rubia para siempre, joven y audaz como la Evita Montonera que engalanaba su ataúd. Dijimos tantas veces presente con el puño cerrado y al cielo, con los dedos en V de victoria, que de verdad lo desafiamos. Marchamos hacia el cementerio después, un cura villero dijo amén, shalom, axé y saludó a los ateos mientras la urna reposaba en el pasto entre los hilos desnudos de las ramas de los sauces llorones; la inmensa bandera de H.I.J.O.S. la protegía. Cantamos juntos después de haber caminado, cantamos dame tu mano y vamos ya porque aunque hayamos envejecido el dolor parece recién nacido. Naná no se despegó de mi lado, sus dedos en mi espalda fueron mi columna vertebral.

Sobre los hombros de mis hermanos viajó el último tramo hasta la boca abierta de la bóveda. Y entonces sí el tiempo se detuvo y los plañidos sonaron por fin a la vez.

Me retiré del coro para esconderme en el abrazo de Albertina, mis hombros encorvados se agitaron una vez, dos.

Después me di vuelta:

—El vino se toma en casa —dije, y nos fuimos.

AGRADECIMIENTOS

A mi compañera, mi amor, Albertina Carri, por sostenerme, abrazarme, darme tiempo, construir conmigo la tribu de la que nos erigimos en cacicas. Por todo lo demás.

A mi hija Naná, por el amor y la paciencia, porque es tan linda persona que me consuela de todas mis faltas.

Al Equipo Argentino de Antropología Forense, especialmente a Maco Somigliana y Patricia Bernardi. A Celeste Perosino, que allí se formó y ahora sigue otro camino. Gracias por el trabajo, la constancia, el compromiso, por todo lo que todavía ni siquiera sabemos de cuánto repara su tarea.

A María Moreno, por el aliento, la lectura y el ojo crítico.

A Flor Monfort y Roxana Sandá, mis amigas y compañeras de “Las 12”.

A mi tía Graciela, por tantas veces que me dio cobijo.

A mis hermanas, que en esa palabra está todo: Alba Camargo, Josefina Giglio, Raquel Robles.

A Alejandro Ros, el padre de nuestro hijo, por la tapa de este libro; por las fiestas y la paciencia.

A H.I.J.O.S., por tanto.

A las amigas y a los amigos; todxs saben cuánta falta me hicieron en este tiempo y cuánto les debo en esta vida. Especialmente a las que hicieron conmigo la urna para mamá: Alba, Josefina, Raquel, Alejandra

Fenochio, Silvia Maldonado, Silvina Maddaleno, Silvina Messina, Lucila Quieto y Liliana Viola.

A Cristina Comandé, por haber sobrevivido, por la tenacidad en el testimonio.

A cada persona que compartió conmigo sus recuerdos compartidos con Marta Taboada.

A todas y todos lxs que caminamos juntos, ese sábado nublado de agosto de 2010, para acompañar a mamá a su último destino. Gracias.

Cubierta
Portada
Dedicatoria
Epígrafe
Aparecida
Agradecimientos
Créditos
Sobre la autora

Dillon, Marta

Aparecida. - 1a ed. - Buenos Aires : Sudamericana, 2015

(Biografías y Testimonios)

EBook.

ISBN 978-950-07-5259-6

1. Biografías. I. Título

CDD 923

Edición en formato digital: junio de 2015

© 2015, Penguin Random House Grupo Editorial

Humberto I 555, Buenos Aires.

Diseño de cubierta: Alejandro Ros

Foto de cubierta: archivo familiar

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin permiso previo por escrito de la editorial.

ISBN 978-950-07-5259-6

Conversión a formato digital: Libresque

www.megustaleer.com.ar



MARTA DILLON

(Buenos Aires, 1966) empezó a trabajar como periodista a los 16 años en la traspase de Radio Nacional Mendoza. Formó parte de la sección policiales del diario *Nuevo Sur* (1989/1991), fundó y dirigió *El Libertino* (*mensuario de relatos eróticos*, 1992/1994). Publicó *Santa Lilita*, *biografía de una mujer ingobernable* (2002), *Vivir con virus, relatos de la vida cotidiana* (2004) y *Corazones Cautivos, la vida en la cárcel de mujeres* (2007, Aguilar). Desde 2002 dirige el suplemento de mujeres, “Las12”, en *Página/12*.

Entre 2008 y 2012 codirigió, siempre en el mismo diario, el suplemento de diversidad sexual “SOY”. Publicó crónicas y cuentos en diversos medios, culturales, políticos y pornográficos. Junto a su esposa, Albertina Carri, fundó Torta La Productora, en donde aprendió a idear y guionar algunas aventuras audiovisuales: *Visibles* (2011), *La Bella Tarea* (2012) y *23 pares*.